
LOS DIAMANTES DE LA EMPERATRIZ
SISSI INVESTIGA
FRITZI VON WAHL
Grijalbo

FRITZI VON WAHL

SISSI INVESTIGA

LOS DIAMANTES DE LA EMPERATRIZ



Traducción de
Marta Mabres Vicens

Grijalbo

Índice de personajes

Sissi o **Isabel:** Isabel Amalia Eugenia de Wittelsbach, duquesa de Baviera, emperatriz de Austria.
Franz o **Francisco José:** Francisco José Carlos de Austria, emperador de Austria.
Rudi: Archiduque Rodolfo, príncipe heredero.
Ildikó, condesa de Pallavicini: Dama de compañía de Sissi.
Coronel Meinradt: Jefe del Servicio Secreto.
Carl: Gato de Sissi, originario de Possenhofen.
Alfredo: Príncipe Alfredo de Sajonia-Coburgo y Gotha, duque de Edimburgo, segundo hijo de la reina Victoria.
Deneth Horváth: Profesor, erudito y filósofo de la corte de la reina Victoria.
Consejero de la corte Gütersloh: Anatomista.
Alois Hofer: Su ayudante.
Alexander Köchert: Joyero de la corte imperial y real.
Ignaz Rozet y Franz Karl Fischmeister: Antiguos joyeros de la corte.
Baronesa Suzanna von Petrova: Dama de compañía de Sissi.
Conde Gyula Andrássy: Magnate y político húngaro de la monarquía dual austrohúngara.

Lugares de la acción

Castillo de Windsor: Residencia oficial de descanso de la reina Victoria de Inglaterra.
Palacio de Schönbrunn: Residencia de verano en Viena.
Palacio Auhof: Palacio de caza del emperador.
Castillo de Edimburgo: Residencia del príncipe Alfredo, duque de Edimburgo.
Palacio de Gödöllö: Antigua residencia de Isabel de Baviera, emperatriz de Austria y reina de Hungría.



PALACIO
DE WINDSOR

1

Un árbol caído se interponía en el camino de Sissi. A galope tendido lo salvó de un salto. Una rama se le enredó en la falda; en el último instante apartó la tela a un lado.

—¡Bien hecho! —le gritó a Merry Andrew, su caballo.

Continuó por praderas de un verde intenso siguiendo el curso del río. Disfrutaba de la primavera inglesa. En la fría Austria era impensable atisbar brotes nuevos antes de Pascua, pero allí los narcisos ya florecían. Montada en una silla de amazona, Isabel había dejado atrás a los ingleses. Quería llegar a la siguiente colina, pero para ello tenía que vérselas con un muro que flanqueaba un prado.

—¡Atento! ¡Ya!

Merry Andrew superó el obstáculo con un salto formidable; al otro lado se abría una zanja. Sissi aflojó las riendas para que el animal viera por sí mismo por dónde saltaba. La emperatriz alcanzó sin contratiempos la orilla opuesta.

Las últimas lluvias habían formado un gran charco. Metió el caballo de lleno en él. ¡Cómo salpicaba el agua! ¡Cómo chapoteaban los cascos! Reía de puro placer.

Cuando llegó a la cima de la colina, de pronto se encontró sola. Hasta donde alcanzaba la vista no había un alma. La partida de caza debía de haber tomado otro camino. ¡Se había librado de ellos! Nadie la observaba ni la servía ni la reconocía; una situación tan rara como valiosa. Nunca podía estar sola; cientos de personas se encargaban de procurarle comodidad, entretenimiento y estímulos intelectuales. Allí no había nada de eso. La emperatriz de Austria había ido a parar a algún lugar del condado de Berkshire y decidió disfrutar de aquel privilegio. Cabalgó hasta el tocón de un árbol, desde donde pudo desmontar sin ayuda; se arregló las faldas y se sentó en la hierba. ¡Qué maravilla dejar vagar la mirada sin más! Los bosques seguían en parte desnudos; solo los abedules anunciaban la

nueva estación. El río tenía un aspecto gélido y cristalino. A lo lejos se divisaba una casa de campo y un pueblo; salía humo de las chimeneas.

De pronto, un destello. A media ladera un centelleo. Sissi sabía qué eran aquellos destellos, los conocía de sus cabalgadas por el Bosque de Viena. La Policía secreta austriaca velaba por su seguridad. Aunque permitían que la emperatriz cabalgara campo a través, nunca la perdían de vista. Tras esos destellos se ocultaban los prismáticos de quienes vigilaban todos sus pasos.

Se levantó de un salto, furiosa. ¡No había viajado hasta Inglaterra para que también allí la acecharan! ¿Quién tenía la osadía de seguirla? ¿Quién era capaz de igualar siquiera sus habilidades ecuestres?

Chasqueó la lengua y Merry Andrew acudió al instante. El estribo estaba muy alto, así que tuvo que dar varios saltitos hasta poder agarrarse a la crin y encaramarse a la silla. Cuesta abajo, espoleó a Merry Andrew hacia los avellanos donde se ocultaba el fisgón.

El hombre vestido de negro comprendió que lo habían descubierto, guardó algo en el bolsillo y echó a correr. Delante de él se extendía la pradera. En campo abierto no tenía ninguna opción de escapar. Isabel fue acortando distancias. Él volvió la cabeza. Tenía la piel muy sonrosada y apenas cabello. Mientras corría, movía los brazos adelante y atrás como los émbolos de una máquina.

—¡Alto!

El hombre cambió de pronto de rumbo y se dirigió hacia un pinar. Sissi intentó cortarle el paso, pero debía tener cuidado con las zarzas: las espinas podían lastimar al caballo. Sorteó la maleza… y vio cómo el hombre desaparecía entre los árboles. Merry Andrew no podía abrirse paso entre los pinos plantados tan juntos. Isabel habría querido rodear el bosquecillo y atrapar al desconocido en el otro lado, pero no conocía el terreno. Al cabo de un rato tiró de las riendas. Lo había perdido.

—Debemos poner sobre aviso al coronel Meinradt, majestad —dijo la condesa Pallavicini.

La emperatriz no la oyó. Permanecía sumergida bajo el agua de la bañera, con la nariz tapada y los ojos abiertos. Al cabo de un rato, el tiempo suficiente para que cualquiera empezara a inquietarse, salió a la superficie con un resoplido.

—¿Y? ¿Qué tal? —preguntó.

—El coronel Meinradt —repitió la condesa.

—No me interesa. Pero, dime, ¿cuánto? —Se llevó la larga melena al pecho y la escurrió como si fuera una sábana—. Vamos, ¿cuánto tiempo?

La condesa miró el cronómetro.

—Un minuto y cuatro segundos.

—No está bien —refunfuñó la emperatriz—. Tengo que conseguir aguantar noventa segundos sin respirar.

—Enviaré un telegrama al coronel Meinradt —empezó a decir Pallavicini por tercera vez.

—Si lo haces, te destierro… al Burgenland —repuso Sissi, incapaz de imaginar un lugar peor.

—El coronel y sus hombres deben ser informados del incidente. Ha estado en peligro, majestad. No había nadie para protegerla, y ese hombre… ¿Cómo se le ocurrió ir tras él a caballo?

—Quería darle un azote con la fusta. —Sissi salió de la bañera levantando consigo un borbotón de agua—. ¡Bajo ningún concepto vas a enviar un telegrama al coronel Meinradt! Y no se lo vas a contar tampoco a nadie. Te lo prohíbo.

La condesa hizo una reverencia a la vez que procuraba mantenerse fuera del alcance de las salpicaduras de la empapada emperatriz.

—¿La ayudo a vestirse, majestad?

La doncella se acercó con la toalla.

—Ya no merece la pena. —Sissi se secó con energía—. Dentro de dos horas tendrás que ayudarme a vestirme para la cena.

Con un gesto rápido se puso una bata larga hasta el suelo con un estampado de flamencos.

2

—No vas a marcharte —le había dicho el emperador la semana anterior.

—Me voy a marchar —había replicado la emperatriz.

—Sissi, quédate.

—Me han invitado. ¡Y llámame Isabel!

—Solo te marchas a Inglaterra para demostrarme que eres libre. ¡Libre, libre, libre! Para ti todo gira en torno a eso.

—¿Desde cuándo piensas eso?

—Desde que te vi por primera vez en Bad Ischl.

—De eso hace casi diez años —respondió ella sorprendida.

—Hace exactamente diez años, ni un día más ni un día menos. —Franz, en su despacho, se acercó a ella—. Aquel día en Ischl fue el más importante de mi vida.

En ese momento, Sissi estaba muy enfadada con Franz. Pero al verlo plantado ante ella —no era especialmente alto ni guapo, y el pelo le clareaba— no pudo evitar recordar al joven cazador con el que se había topado en el bosque de Ischl y que no había sabido reconocer como el emperador de Austria.

Los sentimientos en Sissi eran bávaros, y por eso echó mano de su lengua materna.

—Estás hecho un *Gaudiwutzi*, Franz.

—Nadie ha oído jamás esa palabra —replicó el emperador—. Podría ordenar que te arrestaran por ofensa a la Corona.

—Un *Wutzi* es alguien muy querido. Y un *Gaudiwutzi* es alguien que te hace reír.

—Entonces, ¿me quieres mucho? —repuso el marido, incapaz de abandonar su rigidez, su frialdad, su incapacidad para mostrarse desenfadado.

—Si hasta ahora no te has dado cuenta de eso, es que eres un caso perdido, Franz.

Ella lo abrazó y lo besó.

Cuando el emperador iba vestido con el uniforme, a Isabel le molestaban todas las condecoraciones que llevaba en el lado izquierdo del pecho: la Orden de María Teresa, la Gran Cruz y la Orden del Toisón de Oro. El vestido se le quedó enganchado a ellas.

—Disculpa.

El emperador se apartó con cuidado.

—Sabes que no puedo rechazar una invitación para ir a Inglaterra —repuso Sissi.

—¿Por qué no?

—Porque ya he enviado mis caballos a Windsor.

—Así que, como tus caballos van a Inglaterra, ¿tú también tienes que ir?

—Todos los años he participado en la muestra ecuestre Victoria Open Seasons.

—Y yo cada año te he echado de menos.

—Acompáñame, Franz. Y echamos una carrera a caballo, como antes.

—En una carrera de obstáculos contra ti nunca he tenido la menor opción. —Dio unos pasos, pensativo—. El príncipe Alfredo, el hijo de la reina, está enamorado de ti, lo sabes, ¿verdad? Se desvive por ti.

—Majestad, ¿eso que oigo son celos o me ofreces una misión diplomática?

—De hecho, sí hay algo que podrías hacer por los Habsburgo con tu encanto.

—Entonces, ¿me permites que me marche?

—¿Acaso tengo otra opción?

—¡Franz!

Ella se abalanzó sobre él y lo abrazó por el cuello.

—¿Cómo me has llamado hace un momento?

—Gaudiwutzi.

—A partir de ahora ostentaré ese nombre como si fuera un título honorífico.

La pareja imperial se quedó mirando el parque de Schönbrunn. En principio, la residencia debía superar incluso al palacio de

Versalles, pero aquel plan fracasó a causa de los enormes gastos. Pero, aunque Schönbrunn era más pequeño, el palacio y el parque ofrecían unas vistas encantadoras: a la glorieta, las ruinas romanas y a la fuente del obelisco.

El despacho del emperador no tenía unas vistas tan magníficas. Era oscuro, situado en el ala lateral, muy acorde con el personaje, que se consideraba a sí mismo el máximo funcionario de su imperio. Dentro no había más que un sencillo escritorio para trabajar de pie, símbolo del centro del poder de la monarquía, un tintero y varias plumas colocadas sobre una base de cuero. En ella estaba grabada el águila bicéfala imperial y real.

A Isabel le pareció que ya llevaba tiempo suficiente en aquella cueva oscura de su marido, se despidió y atravesó corriendo el palacio para llegar al otro lado.

A pesar de llevar una década viviendo allí, no se había acostumbrado a que, en cada estancia habitada, en cada salón y en todos los pasillos hubiera lacayos para abrir las puertas a la familia imperial. Schönbrunn tenía mil cuatrocientas cuarenta y una habitaciones: era inconcebible la cantidad de lacayos que se ocupaban de ello. De todos modos, en realidad, apenas se utilizaban cincuenta estancias.

«Majestad». ¡Esa palabra! ¡Esa odiosa palabra! Si los lacayos, con sus uniformes de color amarillo pálido, estaban obligados a vigilar todos los pasos de Isabel, ¿por qué, además, tenían que pronunciar su título a cada rato? ¡Ella ya sabía que era la emperatriz! ¿Para qué lo repetían sin cesar?

Isabel llegó a las estancias del heredero al trono. La intuición le decía que debía entrar ahí a despedirse de su hijo. El sentido común, en cambio, le desaconsejaba hacer tal cosa. Rodolfo tenía seis años y estaba acostumbrado a que su madre se ausentara a menudo por sus viajes; sin embargo, cada nueva despedida le entristecía. Aquel otoño el pequeño iba a ingresar en la academia militar, puesto que Franz había decidido que aquel muchacho sensible recibiera ese tipo de formación desde el principio.

En ese instante, Isabel sintió una pena profunda por el heredero al trono. Sobre sus hombros recaía el peso de una dinastía

centenaria. Tenía la obligación, *la obligación*, de ser emperador algún día.

Un lacayo le abrió la puerta del dormitorio del pequeño.

—Majestad.

—¡Rudi! —exclamó ella al entrar en la enfilada de habitaciones.

Un niño de pelo oscuro y mirada seria asomó desde un rincón. Para acostumbrarlo a su futuro, ya entonces llevaba el uniforme a medida de capitán de la flota.

—Estás pálido, Rudi. ¿Qué te pasa?

—Nada, mamá.

—¿Cuándo ha sido la última vez que Rodolfo ha salido al aire libre? —preguntó Sissi a la niñera, una tal baronesa.

—Hoy todavía no lo ha hecho, majestad.

—¡A vestirse y al aire libre se ha dicho! —ordenó ella.

—Tengo frío —se quejó Rodolfo—. Además, está lloviendo.

—Eso no es lluvia, es solo un exceso de humedad. —Se inclinó hacia él—. Solo entrarás en calor si te mueves.

Lo tomó de la mano y lo hizo girar tres veces sobre sí mismo. El pequeño tropezó y estuvo a punto de caerse.

—¿Lo ves? Seguro que ahora ya no tienes tanto frío.

Sissi se alzaba sobre su hijo. Le dieron ganas de llorar; se compadecía del niño, que, como su padre, no podía escapar de su destino.

—*Mit kérsz születésnapodra?* —preguntó de pronto.

—¿Qué?

La niñera intervino:

—Hay que decir: «¿Cómo dices, por favor?», alteza imperial.

—¿Qué me has preguntado, mamá?

En lugar de responder, Sissi exclamó:

—¡Que venga la baronesa Károlyi! Este niño tiene que mejorar el húngaro.

—El húngaro es difícil —se lamentó el pequeño—. No me acuerdo de esas palabras tan raras.

—Algún día serás rey de Hungría, Rudi, y por eso, esas palabras tan raras tienen que convertirse en tu segunda lengua. Te he preguntado que qué vas a querer para tu cumpleaños.

—¿Para mi cumpleaños…?

Una de las cosas que más mortificaban a Sissi era que en ese castillo, en ese reino, ¡todo iba a una lentitud exasperante! No lograba acostumbrarse a la parsimonia de la monarquía austrohúngara, ni siquiera en lo que concernía a su hijo. Se dio la vuelta y se acercó a la puerta.

—¡Piénsatelo con calma, Rudi! Ah, por cierto, voy a estar unos días de viaje —exclamó por encima del hombro.

—¿Otra vez?

—¡Cuando sepas qué quieres de regalo, ya estaré de vuelta!

Se apresuró a grandes zancadas hacia sus aposentos y entró en la sala de ejercicios. Isabel practicaba gimnasia todos los días. Como en su vida cotidiana no se le permitía hacer nada por sí misma y era objeto de atenciones constantes, su cuerpo reclamaba esfuerzo y retos. Para los hombres era natural realizar actividad física; en el caso de las mujeres, se temía que eso les hiciera perder gracia y delicadeza.

Sissi había mandado colgar unas anillas en un marco de puerta; había, además, unas paralelas y una barra de equilibrios. Mientras pasaba junto a ellas exclamó: «¡Fuera la ropa!».

La doncella acudió al instante y comenzó a desabrochar los corchetes del vestido de la emperatriz.

—¿Le preparo el baño, majestad?

—No. La cinta métrica.

Ya sin el vestido se colocó frente al espejo en corsé y bragas. Sentía que la ropa le apretaba la cintura. Pero eso, en realidad, era imposible, porque su cintura medía cuarenta y seis centímetros. La criada le rodeó el cuerpo con la cinta métrica.

—Aprieta más.

—No puedo apretarla más, majestad.

—¿Qué marca ahí?

La muchacha se inclinó hacia la cadera de la emperatriz.

—Son… son… —balbuceó.

—Dilo.

—Cuarenta y ocho centímetros, majestad.

—¿Acaso has perdido la cabeza? —Colocó el dedo en la cinta y

ella misma lo leyó—. Cuarenta y ocho… ¡Qué horror!

Se precipitó hacia las anillas y, ayudándose con ellas, elevó el cuerpo.

—Dile al chef que esta noche habrá pescado —gritó—. Ni carne ni patatas… ¡Y nada de postres!

La doncella se apresuró a cumplir la orden.

—¡Y llama a la condesa Pallavicini! ¡Hay que preparar el equipaje!

Esa noche Sissi tuvo para cenar un *tartare poisson*, tartar de pescado, acompañado con unas croquetas aplanadas de pescado sobre un lecho de caviar. Se dispuso a compartir el plato con Carl. Como el caviar era salado, se lo sirvió todo para ella. Carl parecía preguntarse inquieto si iba a tener que conformarse con una croqueta como cena.

—No temas, que hay segundo plato —le dijo para tranquilizarlo mientras que, por la dieta, apartaba las rebanadas de pan tostado.

El plato principal era lenguado con salsa de pollo, naranja y aguacate. Mientras esperaban a que lo sirvieran, Sissi dejó que Carl se encaramara a la mesa.

—Pero nada de corretear entre los platos. Si me molestas, iré más lenta.

Carl era un gato *british shorthair* que había traído consigo de Possenhofen cuando aún era un cachorrito. Eso lo convertía en el único bávaro de pura cepa de todo Schönbrunn. Ella le había puesto el nombre de su hermano favorito.

—Esta será nuestra cena de despedida —le dijo ella mientras Carl se dedicaba al lenguado—. No voy a llevarte a Inglaterra conmigo. Está demasiado lejos, es un viaje demasiado agotador y, además, serán solo unos pocos días. Luego nos volveremos a ver.

—Mau —dijo Carl. No miau ni tampoco un miaaau lastimero. Era una simple constatación, un breve e inequívoco mau.

Sissi partió en plena noche. Tres carruajes la condujeron a ella, a su séquito y al equipaje hasta la estación Franz-Joseph, donde el tren de salón aguardaba en una vía especial. En otros tiempos, habría

necesitado cinco días enteros para llegar a Inglaterra; ahora, en tren, apenas eran dos. Esta velocidad vertiginosa era obra de Franz. Cuando el Gabinete Imperial le había exigido aumentar el presupuesto para el Ejército, el emperador había preferido ampliar la red ferroviaria.

Poco después de partir, Isabel comió algo ligero y bebió un té de saúco. A la condesa Pallavicini se le permitió tomar algo de vino.

Después de pasar Linz, la emperatriz dijo:

—Me voy a acostar. —Dirigió una mirada a la jarra de vino, que estaba medio vacía—. ¿Debería preocuparme, Ildikó?

—No tiene por qué, majestad —respondió Ildikó Pallavicini—. Duermo mejor tras tomarme dos copitas de Tokay.

—Buenas noches.

—Que duerma usted bien, Sissi.

Aparte de la familia de Isabel, la nieta del general Pallavicini —vencedor junto con las tropas austriacas en la batalla de Ragasdz— era la única a quien la emperatriz le permitía llamarla por aquel nombre tan querido: Sissi. Un nombre ligado a la infancia junto al lago Starnberg, al bosque, los ciervos y a su padre, el duque Max de Baviera, que era un amante de la buena vida. Una vida que se había visto truncada a los quince años. A Isabel le había costado años de esfuerzo consumar su transformación en la corte de los Habsburgo. Consideraba ridículo el protocolo español de la corte, pero no tenía sentido pasarse la vida rebelándose contra aquella institución. Así que seguía el juego de forma superficial y se tomaba sus libertades en cuanto se alejaba de Viena.

Después de que la ayudaran a desvestirse, Isabel hizo unas cuantas dominadas en la barra del tren de salón y se acostó. Durmió tan profundamente que no se despertó ni cuando, durante el trayecto, levantaron el tren de las vías y lo colocaron sobre una estructura especial. El ancho de vía de la red ferroviaria no era uniforme en todos los principados alemanes.

Las relaciones de los Habsburgo con Francia eran tensas, y por eso el tren no tomó la ruta más corta a través de Normandía, sino que pasó por Colonia y Bélgica hasta llegar a la costa del canal de la Mancha. Para Sissi, el embravecido y frío mar del Norte fue el primer

gran momento del viaje. Comparado con él, el Adriático, que era donde le gustaba pasar el tiempo, era como una bañera de agua tibia. Ya en Dover les esperaban los carruajes del príncipe Alfredo, que llevaron a la emperatriz al castillo de Windsor.

Mientras que la despedida con su hijo había sido fría, el reencuentro con Merry Andrew estuvo lleno de afecto. Llevaba tres años montando aquel purasangre y había encargado al caballerizo jefe de la Escuela Española de Equitación que adiestrara al animal. Sissi ejecutaba el *piaffe* y el *passage*, y también la *levade* a nivel de competición. Además de la doma clásica, le entusiasmaban las cabalgadas a toda velocidad por el campo. La caza de acoso en los alrededores de Windsor brindaba una excelente oportunidad para ello.

El príncipe Alfredo de Sajonia-Coburgo y Gotha, duque de Edimburgo, era el segundo hijo de la reina Victoria y, por lo tanto, se encontraba en la envidiable situación de no tener que prepararse para el trono británico. En Schönbrunn, Sissi tenía que lidiar con tantos cortesanos estirados que no podía sino admirar su carácter despreocupado.

—¡Alfi, te estás poniendo fondón! —dijo ella a modo de saludo en la cámara de Waterloo, donde Alfredo corrió a su encuentro vestido con el uniforme de oficial de la Marina.

—¡Sissi! —Al ver la mirada severa de Isabel, añadió con un guiño —: Si tú me llamas Alfi, entonces yo te llamaré Sissi.

—Estás hablando con una emperatriz —respondió ella en broma.

—Una emperatriz que recorre miles de kilómetros para escapar de su imperio. Bienvenida, ¿cómo estás?

—Ya he podido saludar a Merry Andrew, así que estoy estupenda. ¿Cuándo empieza la caza?

—¿No quieres descansar antes?

—No he hecho otra cosa durante el trayecto. Ahora lo que quiero es montar.

Alfi la miró con una sonrisa.

—¡Mira que eres peculiar, majestad! Pero, como quieras: la partida de caza está lista.

Atravesaron tranquilamente la sala pasando junto a los retratos

de los generales que habían derrotado a Napoleón en aquella batalla decisiva hasta llegar a los archivos reales, donde Isabel tuvo que contenerse para no ponerse a hojear entre los cientos de miles de libros.

—Por cierto, enhorabuena.

—¿Por qué?

—Ahora eres teniente de navío.

—Ah, bueno —Se tocó la charretera—. Eso solo lo hacen para poder colgarme aún más adornos. En fin, lo dicho: la partida con los caballos será en una hora.

3

Sissi no le había hablado a nadie de su perseguidor, ni al príncipe Alfredo ni a ninguna otra persona. De hecho, en ese momento estaba molesta con el príncipe. Le había prometido una cena informal, cuando, en realidad, le había organizado un auténtico baile.

—¿Y de qué otro modo si no habría podido bailar contigo? —se justificó Alfi.

—Si quisiera que la gente me mirara con estupor, me habría quedado en Viena —dijo Sissi, llevándose el abanico a la cara para que no la reconocieran de inmediato—. ¡No mereces que los lleve! —le espetó a Alfredo.

—«¿Los lleve?». ¿Qué llevas? —le preguntó él con fingimiento.

—Los diamantes.

La emperatriz Isabel había pedido a su peinadora que le trenzara las estrellas de diamantes en el pelo. Aquella joya constaba de veintisiete piezas que podían lucirse por separado o a modo de diadema. Además, el emperador de vez en cuando expresaba su deseo de que Sissi luciera su regalo de boda, pero ni él ni Alfi podían imaginar lo que llegaban a pesar esas joyas. Isabel tenía que mantener la cabeza exageradamente erguida para que no la doblaran hacia atrás.

El príncipe contempló admirado la larga melena de la emperatriz y las famosas estrellas.

—¡Te quedan de maravilla!

—¿Quién te ha dado permiso para copiar ese retrato mío con las estrellas de diamantes?

Él sonrió.

—Soy el hijo de la reina de Inglaterra y simplemente me he tomado esta libertad. Además, ese retrato debe de colgar en otras cortes reales, seguro que más de un príncipe se ha quedado

embelesado ante él.

Le tendió el brazo a Sissi.

A la señal de Alfredo, el lord Chambelán anunció:

—Damas y caballeros, ¡Su majestad imperial y real, Isabel, emperatriz de Austria y reina apostólica de Hungría!

Del brazo de su anfitrión, Isabel entró en el salón del trono de la Jarretera. Llevaba un vestido ajustado de color azul oscuro, sin cola ni velo. A Sissi le gustaba esa sala porque contrastaba agradablemente con la pompa recargada de Schönbrunn. Las ventanas góticas, los paneles oscuros y la decoración sobria del techo abovedado proclamaban que el poderío mundial de Inglaterra no necesitaba de adornos para impresionar.

Las damas invitadas hicieron una reverencia cortesana y los caballeros se inclinaron hasta donde su edad les permitía. Alfi hizo una señal a la orquesta y esta empezó a entonar el *Vals del emperador*.

—¡Oh, no! —suspiró Sissi—. ¿Es necesario? —preguntó mientras Alfredo la acompañaba a la mesa.

—¿No te gusta lo que tocan?

—¿Tienes idea de cuántas veces he tenido que bailar este maldito vals? Y encima es terriblemente largo.

La emperatriz tomó asiento. Le mostraron el menú.

—Huevos escoceses, *toad in the hole*, solomillo Wellington… Uf, esta comida es muy pesada. Yo tomaré pescado.

—Pensé que después de montar estarías hambrienta.

—Pero si me como todo eso, mañana lo pagaré en la báscula.

Viendo que ninguno de sus planes era del agrado de Isabel, suspiró.

—De acuerdo, pues, pescado para su majestad.

Empezó entonces esa parte de la velada de la que a Sissi más le habría gustado zafarse: la hora de la conversación. ¿Por qué tenían que hablar tanto personas que no tenían nada que decirse? ¿Por qué se empeñaban en hablar con ella? Durante la cena, la situación fue bastante llevadera, ya que Alfi resultaba divertido y, sentada al otro lado de ella, había una prima de la reina medio sorda que se atiborraba de comida sin decir palabra. Sin embargo, en cuanto se

retiraron las mesas, la emperatriz quedó expuesta y desprotegida. La alta nobleza inglesa se abalanzó sobre ella. «¡Qué maravilla verla por aquí, majestad!», «¿Le gusta Inglaterra, majestad?», «¿Cuánto tiempo piensa quedarse?», «¡Qué bien le quedan los diamantes, majestad!».

—¿Ha leído la traducción de la *Ilíada* de Alexander Pope?

¿Y eso? ¿Quién acababa de sacar a colación uno de sus temas favoritos? Sorprendida y curiosa, se volvió hacia la persona que le había preguntado, un hombre en la flor de la vida de pelo oscuro y rizado y mirada apasionada. Como el príncipe Alfredo estaba ocupado con otros invitados, el lord Chambelán presentó al caballero:

—Majestad, tiene ante usted al profesor Deneth Horváth, erudito y filósofo de la corte de la reina Victoria.

Isabel tendió la mano al erudito.

—He leído la epopeya de Homero sobre la guerra de Troya en lengua original, no en la traducción de Alexander Pope.

—¿Y conoce la ilustración de Pope que representa fielmente la ciudad de Troya según la descripción de Homero?

—¿Qué Troya? Hubo varias. ¿Acaso la de Homero es la auténtica?

—Esta es una pregunta a la que no puedo dar una respuesta rápida, majes…

—No hace falta que lo haga —lo interrumpió ella—. Sería una pérdida de tiempo. Como parece que usted no tiene una respuesta rápida, sino una interesante, ¿por qué no nos sentamos en esa otomana, en la que por suerte solo caben dos personas?

Sissi se dirigió hacia ahí.

Antes de seguirla, Horváth le indicó con unas pocas palabras a una mujer que no tenía tiempo en ese momento.

Sissi se dio cuenta.

—¿Su esposa?

—Mi hermana Sophie.

La emperatriz tomó asiento.

—Deneth… es un nombre poco común. ¿De dónde viene?

—Fue idea de mi padre, que es arqueólogo. Dénesch viene de

Dioniso.

—Así pues, Dionisio Horváth.

Sissi sonrió.

—Nuestra familia es de un pueblo cerca de la frontera con Hungría.

—Entonces, en cierto modo, ¡somos compatriotas! Dígame, profesor, ¿qué sabe usted de la Troya auténtica?

Aunque de ese baile había esperado lo peor, Sissi estaba disfrutando de una velada encantadora. El profesor Horváth dibujó a la emperatriz aquella ciudad antigua, describiéndole el fondeadero de los griegos, el campo de batalla y las murallas inexpugnables de Troya con el monte Ida al fondo.

De nada sirvieron los esfuerzos del resto de los invitados por atraer la atención de Sissi. Ella se atrincheró en la otomana con ese erudito, pidió que les sirvieran vino y Horváth la acompañó.

Nadie se sintió más decepcionado que el príncipe Alfredo al ver lo intratable que se mostraba la emperatriz. Como antes no había acertado con la música de Johann Strauss, hizo que sonara una polca de Sullivan y se presentó ante ella.

—Para mí sería una muestra de su favor que vuestra majestad me concediera el honor de este baile.

—Será un placer, Alfredo.

Se encaminó a la pista de baile del brazo del príncipe, cumpliendo así con su deber protocolario de inaugurar el baile. Sin embargo, al cabo de tres bailes, regresó a la otomana junto al profesor Horváth.

—Apenas hemos tenido tiempo para estar juntos —protestó el príncipe—. El profesor está acaparando toda tu atención.

—Es al revés: yo acaparo la suya. Es una rareza dar con alguien inteligente en un baile. —Al ver la mirada ofendida de Alfredo, añadió—: Alfi, tú eres de la realeza, no necesitas ser inteligente.

Aunque el hijo de la reina tenía sentido del humor, aquella ofensa le pareció excesiva.

—Disculpe, vuestra majestad —dijo con tono glacial—. Se me está haciendo tarde. Que se divierta usted con el profesor y esa inteligencia suya.

El príncipe abandonó el salón sin darle tiempo a ella para enmendar el error. Isabel se reprochó su lengua suelta. Se propuso compensarle al día siguiente, durante su paseo matinal a caballo.

El invencible Aquiles cabalgaba hacia el glorioso Héctor. Este saltaba entonces del carro de combate y se enfrentaba al mayor de los guerreros griegos. Sissi contemplaba la lucha de ambos desde las almenas del castillo troyano.

Cuando se despertó, el calor del Egeo aún titilaba en su mirada somnolienta. ¡Qué sueño tan maravilloso! No había querido abandonarlo. De hecho, ¿qué era lo que la había desvelado? Un chirrido, fino y agudo, de metal contra metal.

La luna sobre Windsor bañaba el dormitorio en una luz azul y misteriosa. Isabel se levantó de la cama en camisón, buscó a su alrededor con la mirada y abrió la puerta. Sus aposentos daban a un patio interior. Junto a la fachada de ventanas de enfrente, se deslizaba una silueta.

Perseguirla no era una opción, como tampoco lo era despertar a la condesa por eso. Isabel regresó a su dormitorio. Pero, como no iba a poder conciliar el sueño tan pronto, encendió una lámpara. Tenía sobre la mesa el diario; ahí había anotado la descripción que el profesor Horváth había hecho de Troya. Después de que él se retirara de la fiesta con su hermana, Sissi no se había quedado mucho tiempo más.

Se metió en la cama. Ya bajo las sábanas, dejó vagar la mirada por la estancia. En la estación fría, en Windsor las habitaciones aún se caldeaban encendiendo las chimeneas. En Schönbrunn, Isabel había mandado instalar calefacción. Antes de que ella fuera emperatriz, solo había agua corriente en la cocina. El emperador era una persona sencilla; por las mañanas se contentaba con tener la jarra y una jofaina. Ella, en cambio, quería tener agua corriente fría y caliente a cualquier hora del día.

En la chimenea aún ardían unas pocas brasas. Sintió que el sueño volvía a apoderarse de ella. De repente, abrió los ojos de par en par. No muy lejos de la chimenea había algo que no encajaba con

el estampado de la pared. Sacó las piernas de debajo de la manta, agarró la lámpara y se acercó ahí. Había algo escrito: ¿unas letras? No estaba en alfabeto latino, eso era griego antiguo. Comenzaba con una épsilon, luego había el número dos en árabe, una alfa, una pi, un siete, una omega… y así seguía. Cuando Sissi se apoyó en la pared, retiró los dedos sin dar crédito: los tenía húmedos. Hacía muy poco que alguien había pintado esas letras allí.

4

—¡No está! —gritó la condesa Pallavicini.

En lugar de té, Isabel se estaba tomando su tercera tacita de café a la turca.

—Es imposible que haya desaparecido.

—Compruébelo usted misma.

La condesa acercó a la emperatriz el estuche de las joyas. En el terciopelo azul había un hueco para cada estrella de diamantes y uno estaba vacío.

—Se habrá caído al suelo —supuso Sissi.

—De ser así, la doncella se habría dado cuenta al desvestirla. No puede ser una coincidencia —exclamó la condesa, tan reservada por lo general—. ¡Ayer un hombre acechó a vuestra majestad, y hoy, una joya que desaparece!

«Y por la noche alguien había escrito alguna cosa en la pared de mi dormitorio», se dijo Sissi. Había permanecido hasta el amanecer intentando descifrar el significado de esas letras; para ello, las había transcrito en su diario. Pero esos caracteres no seguían ninguna secuencia lógica ni tampoco formaban palabra alguna.

—Debería haber telegrafiado al coronel Meinradt —se lamentó la condesa, señalando el estuche—. Su majestad tendría que informar al príncipe del robo.

De hecho, por la noche, Sissi había sopesado la posibilidad de hacérselo saber a Alfi. Pero si sacaba a relucir los hechos, su visita a Inglaterra se echaría a perder. El príncipe entonces recabaría la ayuda de la policía de seguridad y habría que interrogar a todo el personal y a los demás huéspedes. Además, las autoridades británicas notificarían de lo ocurrido a sus colegas austriacos, esto es, al coronel Meinradt. Entonces, el jefe del servicio secreto de su majestad enviaría una delegación a Windsor para recoger a la emperatriz. ¡No! Eso no podía ocurrir. Estaba en Gran Bretaña

porque quería libertad, y no se lo contaría al príncipe porque… Sí, ¿por qué? En honor a la verdad, estaba muy intrigada. ¿Quién podía entrar en el dormitorio de la emperatriz para pintar unas letras inconexas en la pared y, sobre todo, con qué fin? ¿Como pista, como advertencia…, o por motivos religiosos?

—No vamos a hacer nada —le dijo a la condesa—. No quiero armar ningún revuelo.

—Pero los diamantes…

La emperatriz hizo callar a su dama de compañía con la mirada.

—Eso es todo, condesa. Si no se encuentra la estrella, nos lo guardaremos para nosotras.

—Majestad —la condesa avanzó hacia Isabel—, es el regalo de boda del emperador. No podemos marcharnos de aquí sin…

—Es mi voluntad. —Al percibir la obstinación sumisa de Ildikó, añadió—: Y mi orden.

Pallavicini hizo una reverencia cortesana.

—Majestad.

—Ve a ver si el príncipe ya se ha levantado. Me gustaría disculparme por mi actitud de anoche.

Una hora más tarde, Isabel y Alfredo jugaron al tenis. Alfi aceptó de buena gana las disculpas de Sissi; no quería estar enfadado con ella. Isabel le ganó sin dificultad en dos sets. El príncipe luego mandó ensillar los caballos y salieron a cabalgar. Almorzaron juntos y después se tomaron un descanso por separado, un tiempo que Sissi aprovechó para recuperar parte del sueño perdido durante la noche. Más tarde, dieron un segundo paseo a caballo, en el cual Alfi le mostró a Isabel unas ruinas celtas. Durante la cena, ella planteó el ruego diplomático de Francisco José, una cuestión económica relacionada con el elevado precio del acero, un asunto que a ninguno de los dos les interesaba especialmente. Alfredo prometió apoyar a los Habsburgo en la medida de sus posibilidades.

Llegó el último día, y los carruajes estaban dispuestos. La despedida tuvo lugar en el patio interior del castillo de Windsor, donde el séquito del príncipe se colocó a una distancia prudencial.

—¿Nos volveremos a ver en otoño? ¿En las Highlands? —preguntó Alfi.

—En Escocia te pasas el rato disparando a los pobres ciervos. Eso no me gusta.

—De todos modos, por lo general no suelo acertar. Vamos, Sissi, ven a Edimburgo.

Ella le tendió la mano y el príncipe la acompañó hasta el carruaje. Al subir, Sissi saludó con la mano a los presentes.

¡Y allí estaba! ¡El hombre de la colina! Calvo, piernas cortas, expresión decidida. No cabía ninguna duda. Era él, y nadie más, quien había seguido a la emperatriz. Llevaba el uniforme de mayordomo; así pues, formaba parte del séquito de Alfredo. De pronto, Isabel se sintió indefensa, expuesta en un país extranjero. Sintió el impulso de preguntarle a ese hombre por qué la seguía, pero guardó silencio y subió al carruaje.

El viaje de regreso se le hizo interminable. La conversación con Ildikó enseguida se agotó, ya que con ella Sissi no podía hablar de lo más importante: ¿qué significaban esos caracteres? ¿Quién había cometido el robo? ¿Qué misterio ocultaba aquel mayordomo de Alfredo?

Al llegar a Schönbrunn el emperador no salió a recibirla. Eso la decepcionó. Esa noche no quería quedarse sola. Quería ver a Franz. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no tenía ganas de volver a verla?

La condesa Pallavicini le dio la respuesta:

—Su majestad pasa la noche en el Hofburg.

—¿Precisamente hoy tiene que dormir en ese nido de fantasmas?

Construido en 1230, el Hofburg se había ido ampliando con los siglos hasta convertirse en lo que entonces era una especie de ciudad dentro de la ciudad. Los aposentos imperiales se encontraban en la parte más antigua, la medieval, la zona a la que Sissi llamaba el «nido de fantasmas».

—Nos vamos a la ciudad —decidió.

—Majestad… —Tras varios días viajando en tren, era evidente que la condesa anhelaba tener una noche de descanso—. Acabamos

de llegar. ¿No preferiría que mañana…?

—Quiero ver a mi marido. Que nadie desenganche los caballos del carruaje. El equipaje se quedará en Schönbrunn.

Entre el personal del Hofburg hubo un gran revuelo cuando la emperatriz quiso darse primero un baño y luego mandó decir al emperador que la esperara. Dos hombres encendieron la estufa del baño hasta que sus paredes de acero quedaron al rojo vivo. Entretanto, Sissi mandó a la cama a la condesa contrariada. Para el baño utilizó un aceite aromático que se había traído de Corfú, se aseó con leche de lavanda y se hizo peinar y trenzar el cabello de nuevo.

Los aposentos de Francisco José e Isabel no eran contiguos. El emperador tuvo que recorrer varios pasillos hasta llegar a donde ella se encontraba. Se había cambiado el uniforme azul de diario por uno blanco, más elegante, y se había perfumado la barba con agua de agujas de pino. Así dispuesto, se presentó ante la puerta de Sissi y llamó al timbre. Como el Hofburg recibía a diario a cientos de visitantes, esa medida de precaución era necesaria: nadie debía entrar sin más en los aposentos de la emperatriz. El timbre sonó. El emperador volvió a llamar una segunda y una tercera vez. Por fin un lacayo abrió la puerta.

Isabel esperaba al emperador tumbada en la cama, con el corpiño desabrochado.

—Por fin llegas.

—He llamado tres veces al timbre.

—Ven a la cama, Francisco, tengo frío. —Al ver que él vacilaba, ella preguntó—: ¿Acaso no te alegras de que haya vuelto?

—Por supuesto que sí, pero yo… Bueno, es que hoy no te esperaba todavía.

Ella dejó caer la manta que le cubría el pecho.

—¿Y que yo esté aquí es una sorpresa buena o mala?

—Una buena.

—¡Qué mal mientes, Franz! —se rio ella.

Él se desabrochó la chaqueta del uniforme.

—Es solo que… Acabo de comer, ¿entiendes? No sé si ahora…

—Ven aquí.

Cuando él se sentó en la cama, ella olisqueó el aire.

—¿Y este olor?

—Agujas de pino. Al parecer, huelen al frescor del bosque.

—La próxima vez, no te molestes.

Ella le acarició el pelo, tan poco espeso.

—¿Qué tal te fue el viaje, Isabel?

—Luego, Franz, luego te lo cuento todo.

Le quitó el cuello rígido de la camisa y le besó el pecho.

—Pero es que a mí me gustaría charlar un ratito.

—Pues habla, Franz, habla.

Sissi no permitía que nada interrumpiera sus besos.

—Mañana tengo audiencia con dieciséis embajadores, uno tras otro, y estoy seguro de que no voy a saber quién es quién.

Isabel lo fue besando mientras lo desvestía.

—Dieciséis embajadores, ¡qué barbaridad! —Lentamente, hizo que el emperador se inclinara hacia atrás—. Cuéntame, Franz, no pares.

A Sissi como más le gustaba el emperador era desnudo. Franz tenía una piel delicada, como la de un niño. Una piel tremendamente blanca, ya que nunca salía al sol. ¿Acaso podía desnudarse en alguna parte para broncearse? En cambio, en la lluviosa Inglaterra Sissi había adquirido un poco de color.

—He conocido a alguien.

Él le acarició la línea de la cintura.

—¿A quién?

—A un erudito.

—¿Un profesor viejo?

—Al contrario. Es joven, de pelo negro y mirada apasionada.

—¿Debo preocuparme? —preguntó Franz con una sonrisa.

Sissi se recostó sobre él con todo su cuerpo.

—Me gustaría volver a verlo, aquí, en Viena.

—¿Qué tiene ese profesor que lo hace tan interesante?

—Sabe mucho sobre Troya, sobre los asirios y sobre Egipto. ¿Te parecería bien que lo invitara?

Franz cruzó los brazos detrás de la cabeza.

—¿Es que en la corte no hay suficientes mentes brillantes?

—Este profesor es diferente. No solo transmite conocimientos, tiene visión de conjunto.

—Desde luego, ese inglés te ha impresionado mucho.

—Su familia es de origen húngaro —dijo mientras le besaba las entradas de la frente—. ¿Sabes cuando hablas con alguien a quien no conoces, pero lo que dice te resulta familiar?

—Me parece que eso es más bien una habilidad propia de ti, Sissi: cuando hablas con desconocidos, tienen la sensación de que eres capaz de ver en su interior. Transmites confianza. Es un don especial. A mí y a la Corona eso nos beneficia mucho.

—¿Por qué dices la Corona?

Un brillo triste asomó en su mirada.

—Cuando hablo con la gente, en inauguraciones o celebraciones, me ven como un funcionario. No quieren tener como emperador a alguien así, porque ellos mismos ya lo son. Mi madre intentó convencerme de que había nacido para ser monarca, pero no es cierto, Sissi. Yo solo hago mi trabajo. Tú, en cambio, eres una verdadera emperatriz. A ti la gente te quiere, mi pueblo te adora.

Ella se estrechó contra él, inmersa en una sensación de calidez y comodidad.

—En cambio, yo no quiero que la gente me quiera tanto. Resulta bastante abrumador.

Él la besó con una sonrisa.

—Eso es lo que los antiguos llamaban un dilema: haber nacido para ser amada.

—Pero yo solo quiero que tú me ames, Franz.

—¿Acaso en esta última hora no te ha parecido que lo hago?

—Hace un ratito has dicho cosas realmente subidas de tono, Franz. —Soltó una risita—. Eso me ha gustado.

Empezó a mover la pelvis sobre él.

—Ah, no, Sissi. Imposible. No puedo más. Tengo que dormir. Mañana vendrán…

—Sí, lo sé, dieciséis embajadores.

Ella apagó la luz.

En la oscuridad, el emperador dijo:
—Bueno, pues, invítalo.
—¿A quién?
—A ese profesor de mirada apasionada.



SCHÖNBRUNN

5

—Su majestad debería haberme informado.

La mirada del coronel Meinradt era la más glacial que Isabel había visto jamás. Era un hombre alto, gigantesco, casi. A ella le llamaba la atención que el coronel siempre se mantuviera encorvado en presencia del emperador, para no sobresalir por encima de él.

—¿Cómo ha sabido usted esto, coronel? —preguntó Sissi, sin ofrecerle asiento.

—La condesa Pallavicini se toma muy en serio sus obligaciones. —Meinradt agarraba con fuerza la empuñadura de su sable—. Le inquietan los incidentes ocurridos en Inglaterra.

—¡Menuda bocazas! —musitó la emperatriz—. No pasó de ahí. ¿Para qué molestarle a usted y a su gente?

—¿No pasó de ahí? Lo he consultado con la Cámara del Tesoro. La estrella de diamantes robada tiene un valor de veinte mil coronas.

—¿Tanto? —respondió Sissi sorprendida—. No me extraña que pesen tanto. ¿Y qué va a hacer ahora, coronel?

—En primer lugar, pedirle las demás joyas.

—¿Para qué?

—Para llevarlas a la cámara del tesoro. Unas piezas tan caras aquí no están a salvo.

Sissi se enderezó en el asiento.

—Yo decido dónde se guardan mis joyas, coronel.

Meinradt miró de soslayo un retrato del joven emperador.

—¿Acaso usted también sabe dónde está la caja fuerte?

—Es mi obligación saber esas cosas. Si me lo permite, majestad… —Meinradt se acercó al cuadro y lo abrió por un lado gracias a una bisagra. Detrás había una cerradura discreta—. No es una caja fuerte en sí; más bien se trata de un compartimento secreto que se abre con una simple llave. —Volvió a cerrar el cuadro —. Por supuesto, deberé informar a su majestad de lo ocurrido.

Isabel se puso en pie.

—¿De verdad es necesario? Franz va a pensar que he sido descuidada con las joyas que me regaló.

El silencio del jefe de la Policía secreta le dio a entender que él compartía esa opinión.

—Coronel, ¿no sería mejor que informara usted a los británicos para que inicien una investigación?

Una sonrisa condescendiente.

—Ya me he ocupado de ello.

—¡Qué concienzudo es usted, coronel Meinradt! Siempre tres pasos por delante. Se lo ruego, no hable de esto con el emperador.

—¿Por qué?

—Ya lo haré yo.

—¿Cuándo piensa informar a su majestad?

A Sissi la actitud de Meinradt le parecía impertinente, pero él tenía la sartén por el mango.

—En todo caso, en los próximos días no voy a llevar las estrellas de diamante. Hablaré con su majestad cuanto antes.

Meinradt sacó una cartera de documentos.

—Su majestad ha expresado el deseo de enviar una invitación. —Abrió la cartera—. A un tal profesor… Deneth Horváth. ¿De quién se trata?

—Es un erudito de la corte de la reina Victoria.

—Horváth no es un apellido británico. Antes de concederle acceso al palacio, debo recabar información sobre él.

—Hágalo, coronel.

—Pero hay un problema: ha anunciado su llegada en el curso de una semana.

—¿Horváth va a venir? —exclamó Sissi, alegremente sorprendida.

—Le informaré de que posponga la visita.

Por debajo de la falda ella dio una patada en el suelo.

—Coronel, usted no hará tal cosa. Deseo su compañía y… —Odiaba estar a expensas de los caprichos de ese hombre—. ¡Y el emperador también la desea!

Meinradt se enderezó.

—Majestad, por incómodo que esto le pueda parecer, todo lo que hago es en aras de la seguridad de Su Altísima persona. Su majestad ha sido víctima de un robo en Inglaterra. La condesa Pallavicini me informó de que alguien la había seguido estando sin escolta. Vivimos tiempos convulsos. ¿Acaso debo recordarle el atentado contra nuestro emperador en 1853? Los miembros de la casa imperial están en primera línea de la monarquía. Juré por mi vida preservar su seguridad a cualquier precio, y pienso seguir cumpliendo ese juramento.

A Isabel le rondaban muchas cosas que decir, pero con ese hombre expresarlas en voz alta habría sido en vano.

—Puede retirarse, coronel.

—¿Cuándo voy a poder recoger las joyas, majestad?

—Se lo haré saber a su debido tiempo.

Él hizo una breve reverencia y se marchó.

Sissi se preguntó cómo podía deshacerse de su enfado lo antes posible. Se impulsó a las barras paralelas y realizó unos cuantos ejercicios. Al cabo de unos minutos se volvió a soltar de un salto, pues aún le quedaban algunas cosas por hacer. Se secó la frente y las axilas, se echó una capa encima y abandonó sus estancias.

Al poco rato, la condesa Pallavicini lloraba arrodillada en el suelo ante ella. Sissi la había convocado en el capricho arquitectónico en forma de ruina romana que había en el parque del palacio. No se fiaba de que las paredes del palacio no oyeran lo que tenía que decir.

—Servir a vuestra majestad es mi misión en la vida.

Pallavicini permaneció inclinada ante ella sollozando.

—Tus lágrimas no sirven de nada, Ildikó, así que deja de llorar. ¡Yo en Schönbrunn no tengo a nadie! ¿Lo entiendes? Mi familia está muy lejos y vivo rodeada de almas en pena. Lacayos cortesanos que no piensan más que en su propio beneficio. Gente que me considera rebelde, inmadura, ingrata; a sus ojos soy una mocosa bávara malcriada a la que, lamentablemente, han convertido en emperatriz de Austria. —Sissi dio unos pasos agitados—. ¡No elegí nada de todo esto! Me enamoré de Franz y, por desgracia, él también de mí. Si se hubiera casado con mi hermana, todo habría sido más fácil. Helene

habría sido perfecta, lleva en la sangre las tareas de representación de la Corona.

El llanto a los pies de la emperatriz se había detenido.

—Tal como estoy, lo que necesito es una amiga, una cómplice, alguien con quien hacer travesuras, ¿lo entiendes? Una persona que me apoye de manera incondicional, digan lo que digan esas almas en pena del palacio, ¡sobre todo frente al coronel Meinradt!

—Pero el coronel tiene buenas intenciones.

Sissi se inclinó hacia Ildikó.

—¡Ese mal bicho se cree la eminencia gris de la corte y se piensa que complacerá al emperador manteniendo a raya a la emperatriz chiflada! ¿A eso le llamas tú tener «buenas intenciones»? —Sissi negó con la cabeza—. Me temo que no voy a poder quedarme contigo, Ildikó.

—Por favor, majestad…

Las lágrimas volvieron a asomar.

—Parece que no hayas entendido lo que significa gozar de mi confianza. Yo a una amiga le exijo que esté a las duras y a las maduras, y que no vaya corriendo a Meinradt por cualquier nadería. —Sissi alzó la barbilla de la dama llorosa—. ¿Lo has entendido?

—Sí, sí, majestad. No sabía que esperara esas cosas de mí. Creía que los deberes de una dama de la corte…

—Aún espero más.

Pallavicini tragó saliva.

—¿Y qué es?

—Lo que tengo pensado es absolutamente impropio de una emperatriz, al menos a ojos de todos en la corte. Pero lo haré, debo hacerlo. De lo contrario, acabaré muriéndome de aburrimiento entre estas paredes polvorientas. Voy a llegar al fondo del enigma de ese escrito secreto. Esclareceré el robo de las joyas y el incidente del falso mayordomo.

—Pero, pero ¿qué escrito secreto…? ¿Qué mayordomo? —balbuceó Ildikó, abrumada.

—Pero para eso necesito libertad de movimiento —dijo Sissi, sin hacerle caso—. Vamos, levántate de una vez.

Mientras la condesa se incorporaba con un crujido de rodillas tras

permanecer largo rato en reverencia, Isabel vislumbró a una mujer que paseaba por detrás de la ruina romana. Al reconocer a la emperatriz, hizo una breve reverencia, pero no se detuvo.

—¿Quién es esa?

—La baronesa Von Petrova —respondió Ildikó.

—¿Quién?

—Una de las damas de compañía. ¿Su majestad no la conoce?

—Oficialmente tengo treinta y dos damas de compañía. —Sissi suspiró—. ¿Cómo voy a recordarlas a todas? —Miró a la mujer que se encaminaba hacia el castillo—. ¿Tienes alguna relación con ella?

—A veces coincidimos en el palacio.

Sissi miró pensativa a la condesa Pallavicini.

—¿Debo echarte o vas a ser una cómplice útil, Ildikó?

La condesa hizo acopio de todo su valor.

—Si su majestad es una tormenta que azota el país, yo solo soy una brisita. Si su majestad es el águila que sobrevuela nuestras montañas, yo, en el mejor de los casos, soy un gorrioncillo. No sé si seré capaz de cumplir con lo que espera de mí. Pero daría mi mano derecha con tal de que me permitiera seguir a vuestro lado.

Sissi sonrió.

—Un gorrión astuto es más útil que un águila orgullosa. —En un impulso, abrazó a su abrumada dama de compañía—. Ildikó, a partir de ahora, sé un gorrión. Sé astuta, pasa desapercibida, pero, sobre todo, sé mi gorrión. Y cuando se acerque el coronel Meinradt, aléjate volando lo más lejos posible.

6

Si alguien podía ayudar a Sissi a descifrar los caracteres del griego antiguo sin que se llegara a saber en Schönbrunn, esa persona era el profesor experto en la Antigüedad Deneth Horváth. Sin embargo, antes la emperatriz tuvo que poner a prueba su paciencia, ya que no pudo recibir al erudito hasta tres semanas después. Con todo, esa espera también tuvo su recompensa, ya que entretanto estalló en Viena la primavera más maravillosa. El aroma de las lilas era tan intenso que parecía que la ciudad había sido perfumada. Los castaños floridos exhibían sus brillantes candelas, y las flores que decoraban el palacio no podían ser más embriagadoras.

Primero Sissi mostró al profesor Horváth algunas estancias del palacio, aunque de hecho lo que a ella más le apetecía hacer era salir con él de Schönbrunn y disfrutar de los anocheceres primaverales, como hacían todos los vieneses en esa época del año.

Franz se encontraba en Pula, donde estaba la base de la armada de los Habsburgo. Aunque parecía absurdo, la flota mediterránea estaba llamada a intervenir en la guerra austro-prusiana contra Dinamarca y, para ello, tenía que circunnavegar toda Europa. Los daneses habían incorporado los ducados de Schleswig y Holstein a su territorio, algo que a Sissi le parecía perfectamente comprensible por razones geográficas. ¿Para qué los Habsburgo querían gobernar precisamente el lejano ducado de Holstein?

La condesa Pallavicini había entendido lo que se esperaba de ella y le había pedido prestado un vestido a Elsie, la doncella de Isabel. La muchacha, de dieciséis años, tenía una figura similar a la de la emperatriz. Sissi se cambió de ropa, e Ildikó tapó el rostro de Isabel con un velo de gasa.

—¿Eso servirá?

Pallavicini le bajó un poco más el velo.

—En una taberna, a la luz de las velas, su majestad pasaría

perfectamente por una criada normal y corriente.

—Excelente.

El carruaje, sin el emblema del águila bicéfala, estaba dispuesto.

—Profesor, creo que va usted demasiado elegante —le comentó Sissi a Horváth en la entrada de proveedores.

—Pero si es la levita más vieja que tengo.

—Sí, pero el alfiler de la corbata es de plata. ¿Me permite?

Antes de que él pudiera protestar, Sissi le desató el nudo de la corbata y se lo volvió a atar haciendo un lazo enorme.

—Listo. ¡Parece usted Franz Schubert! —dijo riéndose.

El carruaje salió del parque del palacio y dobló por Rechte Wienzeile.

El profesor miró las pequeñas callejuelas nocturnas.

—¿Qué es todo esto? Nos estamos alejando de la ciudad.

—Así es. En una noche como esta en el centro de Viena hay demasiada gente con la que no quiero encontrarme. Tenemos que ir a los viñedos, donde está la gente de verdad.

El profesor se quedó mirando en silencio a la emperatriz.

—¿Qué le pasa, profesor?

—Me esperaba muchas cosas, pero no que su majestad…

Enmudeció.

—¿Que yo qué?

—Que tenga tanta sed de vida.

Isabel, impresionada, se dejó caer hacia atrás.

—Nadie hasta ahora lo había expresado con tanta claridad como usted. Así es, se podría decir que estoy sedienta de vida auténtica. —Levantó la mano—. Soy plenamente consciente de mis privilegios, profesor, pero de vez en cuando… —Señaló hacia el exterior, donde los viñedos se alzaban detrás de las últimas calles—. ¡De vez en cuando necesito esto!

Las vides comenzaban en el valle y se extendían hacia lo alto, en dirección al crepúsculo, como un saludo ondulado de tono verde. En medio de ellas, refulgían los campanarios, las casas de viticultores con tejados rojos y las nubes, que poco a poco se iban tiñendo de rosa.

—Así debe de ser adentrarse en el cielo —dijo Horváth.

—De hecho, en Grinzing hay una calle que incluso se llama así, Im Himmel, «en el cielo».

Tras disfrutar un rato del paisaje, él preguntó:

—¿De qué vamos a hablar hoy, majestad? ¿Otra vez de arqueología?

Ella se inclinó hacia delante.

—Primero, a partir de ahora vamos a dejar lo de «majestad». Cuando entremos a la taberna, yo seré Sissi. Y usted no será el profesor Horváth, sino que le llamaré, le llamaré… Schani.

—¿Schani? ¿Qué nombre es ese?

—Es Johann.

—¿Y cómo se pasa de Johann a Schani?

—La lengua cortesana de los Habsburgo sigue siendo el francés y los vieneses, que se las saben todas, han tomado muchos préstamos de ella; así Johann, que en francés es Jean, se ha pasado a Schani.

Se adentraron en las colinas. El cochero chasqueó el látigo. Había muchas parejas dirigiéndose a pie a Grinzing que se apartaban al paso del carruaje.

—Su…, quiero decir, Sissi, antes ha dicho «primero». Tiene que haber un segundo punto, ¿no?

—Segundo, necesito su ayuda lingüística.

—¿En qué idioma?

—Luego, luego. —Fue la primera en apearse de un salto del carruaje—. Antes quiero tomar un vino.

Sissi entró en la taberna Zum Fuhgasslhuber. El establecimiento estaba rodeado de castaños, los rosales formaban rincones apartados de las miradas y había una fuente con bomba de manivela. Las camareras se apresuraban de un lado a otro con bandejas llenas y los clientes pedían a gritos sus comandas. Sissi encontró dos asientos bajo un nogal. La familia que había se hizo a un lado para que ellos pudieran sentarse.

—¿Y tú quién eres? —preguntó el padre de familia, un hombre con sombrero y que fumaba pipa.

—Yo soy Sissi, y este es Schani.

—Hola, Sissi. ¿Tú y Schani sois pareja?

Ella se rio con coquetería.

—Eso está por ver. Schani es más bien tímido.

—Pues a mí me da que tú eres de las que no se lo piensan dos veces en cuestiones de amor. —El cabeza de familia se dirigió al profesor—. Con una chica tan guapa, Schani, no deberías ser tímido. Tienes que lanzarte antes de que lo haga otro. Si yo tuviera veinte años menos…

Sissi le dio un codazo en el costado.

—¡Querrás decir treinta!

Su familia se echó a reír, y la esposa del hombre de la pipa estrechó la mano a Sissi.

—¿Qué te parece, Schani? —preguntó Sissi—. ¿Te apetece ser mi amorcito?

Saltaba a la vista que al erudito inglés esa situación le incomodaba, y Sissi no quiso ponerlo en evidencia. Con un gesto, llamó a la camarera y pidió un litro de vino blanco, bretzels y pasta de queso Liptauer para untar.

—Tengo que comer algo sí o sí —explicó ella—. De lo contrario, la bebida me subirá a la cabeza demasiado rápido.

—Para la pasta Liptauer, entra tú misma en el local y sírvete —dijo la camarera.

—Cierto, aquí hay que servirse uno mismo. —La emperatriz arrastró consigo a Horváth hasta el bufet frío.

El profesor sirvió el vino.

—No es un escrito en el sentido habitual. Por mucho que se ordenen las letras, no es una palabra. Los números entre los signos indican que se trata de un código.

—Es lo que había pensado. Pero ¿qué significa?

Era tarde y el local se estaba vaciando. Sissi y Horváth eran los últimos bajo el nogal.

—No me extrañaría que fuera un cifrado por libro.

Ella asintió con vehemencia.

—Como son letras en griego antiguo, seguramente el libro debe de estar en griego antiguo.

—No necesariamente. —El profesor señaló los caracteres—.

Épsilon, omega, alfa… En la Antigüedad a cada una de estas letras se le atribuía un significado mitológico.

—No lo sabía.

—Alfa representa al rey, la letra épsilon se relaciona con una soberana, y la omega…

—¿Sí?

—La omega representa la muerte. Los números, por su parte, indican el número de capítulo o el de página.

Sissi clavó la mirada en la secuencia de caracteres.

—Pero ¿de qué me sirve un código cifrado por libro si no sé a qué libro se refiere?

—Las posibilidades son infinitas. Solo se podrían delimitar si…

—¿Sí?

—Si supiera quién lo escribió. Por ahora lo único que sé es que esto ocurrió en su primera noche en Windsor.

Isabel le habló del ruido que la había despertado entonces y de cómo luego había encontrado los caracteres escritos en la pared.

El erudito negó con la cabeza, sonriendo.

—Discúlpeme, pero me parece exagerado eso de que alguien se colara en el dormitorio de la emperatriz para escribir algo a oscuras en la pared.

—¿Y también le parece «exagerado» que desde esa noche falte uno de mis diamantes?

—¿Cómo dice? —Claramente esa noticia lo pilló desprevenido—. ¿Está usted diciendo que hubo un robo… en el castillo de Windsor?

—Fuera quien fuese el ladrón, no solo escribió eso en la pared, sino que además robó una joya valorada en varios miles de coronas.

—¿Y por qué su majestad no informó de inmediato al príncipe?

—Tenía mis razones.

—Pero eso… —Horváth se apartó el pelo de la frente—. ¡No tiene sentido! ¿Por qué iba un ladrón a dejarle un mensaje en clave? ¡Quien haya escrito esto es una persona culta, no un ladrón de joyas!

—Pero Schani, ¿por qué se altera usted de este modo?

—Es que no le veo relación.

—Yo sí. Tengo una sospecha. Antes del baile celebramos una

caza de acoso y yo me separé del grupo. Me quedé sola, y descubrí a un hombre que me acechaba. Fui a su encuentro con el caballo, pero él logró escapar. Al llegar el día de mi partida, descubrí que ese mismo hombre era un mayordomo del príncipe Alfredo.

—¿Un mayordomo de Windsor? ¿Y qué dice el príncipe a eso?

—A él ya se lo contaré en otra ocasión. Antes debemos averiguar qué significan estos caracteres.

—¿Debemos?

—Sé que solo va a estar usted aquí unos días, profesor, pero esperaba…

Horváth dio un largo trago.

—La inscripción, los diamantes, el príncipe Alfredo… Y eso que me está contando, parece…

—Sí, sí, ¿qué parece? ¿Una conspiración, una confabulación? ¿Qué le parece, Schani?

—¡Última ronda!

La camarera se acercó a la mesa.

Sissi se sacó el reloj del bolsillo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó con espanto—. ¡Tenemos que regresar de inmediato!

7

Lograron llegar al palacio justo antes del cambio de guardia de la noche. El guardia de servicio, que estaba al corriente de todo, se encontraba ya muy nervioso.

—¡Gracias a Dios! —dijo el hombre cuando entraron—. Diez minutos más tarde y habría tenido que avisar al coronel Meinradt.

—Lo siento. Pero como ve, hace una noche preciosa.

El guardia se mantuvo en actitud firme.

—Sí, majestad, la noche es magnífica.

El carruaje llegó a la entrada lateral, donde la condesa Pallavicini aguardaba con igual impaciencia.

—Buenas noches, Schani —dijo la emperatriz al despedirse—. Mañana seguiremos hablando.

La condesa indicó al profesor el camino hasta el ala de invitados. Sissi regresó sola a sus aposentos, dejó que Elsie la desvistiera y le devolvió sus prendas.

—¿Le ha ido bien, majestad?

—Me aprieta un poquito por la cadera, debería hacer más ejercicio.

Mandó a Elsie a dormir, se lavó los dientes, se acostó, decidió no leer más y apagó la luz. De pronto, Sissi notó algo que se revolvía sobre el edredón de la cama.

—Pero ¿a quién tenemos aquí?

—Mau.

Carl se le acercó sigilosamente a la cara, ronroneó y se frotó contra su mejilla.

—¿También has salido? Nosotros hemos estado en una taberna. Ha sido una gran velada. Debería hacerlo más a menudo.

Carl respondió con un ronroneo aún más fuerte.

—¿Qué te parece? ¿Vamos a dormir?

Lo colocó junto a ella. Carl dio algunas vueltas sobre el edredón

hasta que encontró la posición adecuada. Sissi se durmió muy animada.

La noche primaveral envolvió Viena y comenzó a descender sobre el palacio de Schönbrunn, titilante y ligera. El primer rocío humedeció las tejuelas que cubrían los tejados. En el del ala oeste había una trampilla abierta, apenas un poco, era fácil pasarla por alto. Daba a un desván que en verano amortiguaba el calor vienés. Desde allí se podía acceder a las plantas inferiores a través de una puerta de hierro.

Normalmente esa puerta solía estar cerrada. Una llave giró en la cerradura. Mientras la brisa de la noche atravesaba el desván, la puerta se abrió lentamente dejando oír un ruido metálico al golpear contra el marco, aunque fue demasiado discreto para que se oyera en la planta del servicio, que quedaba justo debajo.

Una escalera bajaba desde el desván hasta el sótano, la arteria que atravesaba todo el castillo, y una persona fue descendiendo a la vez que otra entraba por la trampilla del tejado. Pasaron varios minutos. El palacio estaba sumido en un sueño profundo.

En los aposentos imperiales nadie oyó los quejidos, los gemidos, los objetos que caían al suelo. Eran las cuatro de la madrugada. Afuera ya amanecía cuando la guardia del palacio oyó el primer grito. Un grito inolvidable, un alarido que anunciaba la certeza de que después de él no habría ninguno más. Fue un grito agónico, infinito, hasta que solo quedó un gorgoteo espantoso. Y luego, un silencio aterrador, anuncio de que algo irreversible había sucedido.

En el dormitorio de la emperatriz, Carl levantó la cabeza. El gato se acercó con sigilo al borde de la cama y saltó. Miró a su alrededor. «Mau».

Isabel dormía profundamente. El animal se coló con sigilo en el baño, pasó luego a la sala de gimnasia y siguió avanzando hasta el salón. Allí vio a alguien que no pertenecía a ese lugar. Carl no atrajo la atención hacia sí mismo, se limitó a observar a esa persona que hacía gestos rápidos con las manos, con un sigilo tan grande como el del propio animal.

Diez minutos después, la condesa Pallavicini entró a toda prisa en el dormitorio.

—Majestad, tenemos que levantarnos.

—¿Qué pasa? —murmuró Sissi.

—¡Os lo ruego! ¡Su majestad debe vestirse!

Isabel se restregó los ojos. Al otro lado de la puerta se oyeron pasos de botas. Antes de que el coronel Meinradt llegara hasta el dormitorio, Carl se deslizó entre sus piernas y saltó a la cama.

—¿Qué ocurre, coronel?

La emperatriz se incorporó.

—Buenos días, majestad.

—¿Qué ha pasado?

—Se ha producido un intento de atentado.

Isabel, sin pensarlo, atrajo a Carl hacia ella.

—¿Un… intento?

—Se ha evitado que el criminal, un hombre, llegara hasta su majestad.

—¿Qué tipo de hombre?

—Lamento tener que informarle de que se trata de su invitado, el profesor Horváth.

—¿Horváth ha…?

Volvió la vista hacia la condesa.

—¡La bata!

Pallavicini corrió al vestidor.

—¿Qué alega el profesor ante una acusación tan tremenda?

La emperatriz dejó a Carl a un lado y se levantó.

—Me temo que no está en condiciones de decir nada.

—¿Por qué?

—Ha sido neutralizado a tiempo.

—¿Está herido?

—Está muerto.

—La bata, majestad. —La condesa ayudó a Sissi a ponérsela.

—¿Quién lo ha matado?

—Aún no lo sabemos. El que neutralizó a Horváth sigue sin aparecer.

Sissi se abrochó el cinturón.

—Quiero verlo.

Meinradt se interpuso en su camino.

—Eso es imposible, majestad.

—Coronel, el profesor Horváth era huésped de la emperatriz de Austria. ¡Quiero ver su cadáver ahora mismo!

Sin vacilar, Sissi apartó a un lado al corpulento coronel y salió a toda prisa de la estancia.

Al parecer, nadie encontró una camilla para trasladar el cadáver, ya que, cuando Isabel llegó, lo estaban colocando sobre un banco tapizado junto a la pared. La llegada de la emperatriz puso a los guardias del palacio en una situación difícil: por un lado, se disponían a aupar el mueble con el cuerpo sin vida, pero al mismo tiempo tenían que permanecer firmes ante su majestad. Abrumados, dos de ellos dejaron caer el banco y adoptaron la posición de firmes. Así pues, el cadáver resbaló y cayó a un lado con el rostro vuelto hacia la emperatriz.

Sissi se sobresaltó y se llevó la mano a la boca. Horváth tenía los ojos muy abiertos, con la mirada despierta y amable. Tenía el pecho de la camisa teñido de rojo sangre.

—¿Cómo ha muerto, coronel?

Meinradt se colocó detrás de la emperatriz.

—Majestad, la verdad es que no debería…

—Quiero saber cómo lo mataron.

Sissi miró a Meinradt con determinación.

—De una puñalada en el pecho.

—¿Han encontrado el arma?

—La hemos incautado —respondió Meinradt, desconcertado por el nuevo tono de voz de la emperatriz.

—Muéstremela.

El coronel hizo una señal a un teniente. Este desplegó ante Isabel un paño que instantes atrás debía de ser blanco. Se trataba de una daga. Ella reparó en la curvatura inusual del filo.

—¡Más luz!

Un lacayo se acercó con un candelabro.

Isabel se estremeció. La empuñadura de la daga estaba adornada con una serie de caracteres. Comenzaba con: épsilon – 2 –

alfa – pi – 7 – omega.

Sissi se tambaleó.

—¡Traigan un asiento para su majestad!

—No es nada. —Isabel miró de frente al jefe de la Policía secreta —. ¿Adónde llevarán el cadáver?

—Al Instituto de Medicina Legal de la Policía.

—¿Dónde está?

—En el distrito 8, Josefstadt.

—¿Quién es el director?

—Anatomía Patológica está a cargo del consejero de la corte, Gütersloh, desde hace cuarenta años. Pero ¿por qué…?

—Gracias.

Sin que nadie pudiera impedirlo, la emperatriz se inclinó sobre el cadáver de Horváth, le acarició el rostro con la mano y le cerró los ojos.

—Este hombre no quiso asesinarme. Este hombre me protegió. Es posible que me haya salvado la vida.

8

Por primera vez, Isabel sintió miedo. Lo ocurrido en Inglaterra la había alcanzado, la había seguido hasta Viena. Había dejado de girar en torno a un escrito misterioso, un mayordomo fisgón y unos diamantes robados para ir en torno a su persona. Por ella una persona extraordinaria había dado la vida.

Aunque a simple vista no lo pareciera, el palacio de Schönbrunn era una fortaleza. Hasta entonces se había creído que nadie podía entrar ahí y llegar hasta la puerta de la emperatriz sin ser visto.

Como medida prioritaria, el coronel Meinradt duplicó la guarnición del palacio y ordenó el traslado ahí de un regimiento de francotiradores. Además, telegrafió al emperador. Francisco José interrumpió la inspección naval de Pula y se dirigió hacia Viena en un tren especial.

A la mañana siguiente Sissi supo cómo había entrado el intruso. El desconocido había superado la verja que rodeaba el recinto del palacio y había llegado hasta el edificio principal. Debía de tratarse de un escalador magnífico, ya que se había encaramado por la fachada hasta alcanzar el tejado; las huellas en las cornisas y los canalones hablaban por sí solas.

Sissi estaba sentada en su salón. A su izquierda, la puerta de doble hoja que daba al comedor, contiguo al salón de recepciones, estaba abierta. Solo desde allí era posible acceder a los aposentos de la emperatriz. A la derecha, estaba la sala de ejercicios, luego el baño y, por último, su dormitorio. Quien quisiera llegar hasta ella tenía que atravesar cinco habitaciones. El profesor había sido apuñalado antes, fuera, en el pasillo. Pero si lo que él quería era proteger a Isabel, ¿por qué se había detenido ante la puerta?

—Mau —oyó Sissi.

—Ahora no puedo jugar contigo, tengo que pensar.

Carl se sentó a sus pies. La miró con sus ojos grises de mirada

inteligente.

—Mau.

—¿Quieres ayudarme? Entonces, escucha. De hecho, todo podía haber ocurrido de un modo totalmente distinto. Puede que el profesor Horváth no impidiera la entrada del intruso, sino que lo sorprendiera cuando regresaba.

Carl miró a Sissi con atención.

—De ser así, no se trataría de un asesino como tal, sino…, simplemente, de un ladrón.

—Mau.

Algo en el tono de Carl le dio a entender a Sissi que estaba de acuerdo con ella.

—¿Y qué objetivo suele tener un ladrón?

En vez de responder, el gato saltó sobre el canapé y se quedó mirando a lo alto de la pared. Sobre aquel mueble colgaba un retrato del emperador. Había sido pintado cuando Francisco aún tenía una cabellera abundante. Sissi se levantó, se acercó a la pintura y la abrió a un lado. La cerradura parecía intacta, no forzada. Aun así, extrajo la llave de su escritorio y abrió la puerta. Carl observó con curiosidad lo que estaba ocurriendo ante él.

Isabel sacó el cofre más grande y lo llevó a la mesa.

—Ahora se sabrá todo.

Le temblaban las manos. Levantó la tapa.

Los diamantes habían desaparecido. Alguien había robado todas las estrellas de diamantes de la emperatriz. Durante unos segundos Sissi se quedó con la vista clavada en el terciopelo vacío. Hiciera lo que hiciera a continuación, eso iba a desencadenar eventos imprevisibles.

El coronel Meinradt había acertado con su advertencia: habría sido mejor llevar las joyas a la cámara del tesoro.

Un pensamiento le sobrevino, uno que Sissi habría preferido no tener: ¿cómo había sabido Horváth que se iba a cometer un robo, y que alguien iba a llevarse los diamantes? Como invitado, su habitación estaba al otro lado del palacio. ¿Por qué se encontraba ante los aposentos de Isabel y cómo había detenido al ladrón? ¿Acaso era él mismo? Pero, de ser así, ¿no habrían estado las joyas

en su poder?

Isabel sabía sobre todo una cosa: tenía poco tiempo. En cuanto el emperador llegara a Viena, impediría cualquier otra actuación por su parte y cualquier acción quedaría en manos de la policía. Si Sissi quería responder por sí misma a todas esas preguntas tan acuciantes, tendría que hacerlo de inmediato. Avisó a la condesa mediante el llamador de cordón.

—El carruaje —dijo en cuanto entró Pallavicini.

—¿Su majestad quiere salir a dar un paseo en un día como hoy?

—Tengo que ir a Josefstadt.

—Y supongo que no debo informar de ello al coronel Meinradt.

—En este caso, da igual. En cuanto haya atravesado la gran puerta, el coronel lo sabrá igualmente.

—¿Y si le prohíben abandonar el palacio?

—¡A ver quién se atreve a detener a la emperatriz!

El consejero de la corte Gütersloh era una persona insustancial y muy peripuesta. No solo lo delataban sus efluvios perfumados, sino también su verborrea. Prácticamente se envolvía en sus propias palabras.

—¡Qué honor, su majestad en persona! De haber sido informado con antelación de que su excelencia deseaba visitar nuestro instituto, habría dispuesto los preparativos oportunos para su majestad, ya que para mis colaboradores habría sido el mayor honor de su vida poder expresar su admiración por su…

Mientras seguía hablando, Isabel reparó en que la verborrea del consejero se debía a que el hombre no estaba del todo sobrio. Prueba de ello eran también las venitas reventadas de su nariz.

—Muchas gracias por dedicarme su tiempo —dijo ella interrumpiendo la perorata.

Estaban en el despacho del anatomista. Ahí no era donde Sissi quería estar.

—Sin duda, sabe usted que en Schönbrunn ha ocurrido un asesinato.

—Una desgracia, majestad, una auténtica desgracia. No sé cómo

expresar el dolor que me embarga…

—Señor consejero, dígame, ¿qué será ahora del difunto?

—Por orden del coronel Meinradt, va a ser sometido, como no puede ser de otra manera, a una autopsia.

—¿Qué espera usted encontrar?

El anatomista contempló a Isabel a través de sus anteojos.

—Majestad, discúlpeme, pero no sé con certeza si es pertinente proporcionarle esa información, pues implica aspectos anatómicos que podrían superar la capacidad de comprensión femenina.

Isabel le dirigió su famosa «mirada Sissi», condescendiente, llena de dulzura, pero al mismo tiempo afilada como un diamante.

—Soy una mujer, y también emperatriz, señor consejero. Esto me convierte en la persona de mayor rango del Imperio después del emperador. Usted puede, y debe, proporcionarme toda la información posible.

—Por supuesto, sin duda, solo que… —Sacó el talonario de telegramas—. Antes me gustaría informar al coronel Meinradt.

Con su vestido negro, Isabel se irguió lentamente ante el consejero de la corte.

—Eso no será necesario. El profesor Horváth era un amigo personal y pasé con él la noche anterior, la última noche de su vida. He venido a verlo para poder despedirme de él.

—¿Esto significa que quiere… ver el cadáver?

En las palabras espetadas por Gütersloh, Sissi percibía claramente el olor a alcohol de su aliento.

—Majestad, la visión de un cadáver es tan desagradable que no quisiera que se incomodara.

—¿Acaso ha realizado ya la autopsia?

—La estamos preparando.

—Señor consejero, de niña vi a mi abuelo en el velatorio. La muerte no me asusta. ¿Podría mostrarme ahora el cadáver del profesor Horváth, por favor?

Gütersloh hizo un último intento:

—Majestad, la temperatura de la morgue está a cinco grados bajo cero. Me temo que no va bastante abrigada para ese frío.

Sissi se acercó a la puerta.

—¿Sabe usted que todas las mañanas me baño en agua helada? Contrae los vasos sanguíneos y favorece la circulación.

Gütersloh se apresuró tras ella.

—No, eso no lo sabía. Por aquí, majestad.

9

Como si el lugar y las circunstancias no fueran lo bastante espantosos, ahí brillaba la fría luz de las lámparas de carburo. En ese sótano el ambiente que se desprendía no era el de una ocupación médica, sino más bien la atmósfera de una mazmorra. Las paredes estaban sin enlucir y los muros de ladrillo formaban una bóveda en el techo. La humedad allí era gélida, y por eso el asistente del consejero Gütersloh llevaba varias chaquetas superpuestas, así como guantes de lana. Era bajito, tenía el pelo y la barba blancos, pero su rostro parecía juvenil. Por su extrema palidez, uno podía pensar que no había salido en años de ese lugar. Gütersloh ordenó al hombre que trajera el cadáver tapado de Horváth.

Sissi entrelazó los dedos con gran tensión.

—Me gustaría verle la cara, señor consejero.

—Majestad, le recomiendo encarecidamente de nuevo…

Al ver la mirada que le dirigió Isabel, el hombre supo claramente que ese deseo era, en realidad, una orden. Retiró el paño blanco.

Tras la primera impresión, Sissi se dio cuenta de que su amigo inglés tenía un aspecto sereno. Sus rasgos habían perdido la expresión crispada de la noche del asesinato. El proceso previsible ya se había iniciado: la palidez cerosa de la piel, el azul de los labios, el cabello sin vida. Sin que nadie reparara en ello, Sissi recorrió la estancia con la mirada hasta descubrir una cubeta de loza. Contuvo la respiración: allí estaba el verdadero motivo de su visita al difunto.

—¿Son estos los objetos personales de Horváth?

Antes de que nadie pudiera impedirlo, se acercó a ellos.

—No hemos encontrado gran cosa —respondió Gütersloh.

—¿Hemos?

Metió la mano en la cubeta.

—Me refiero al comisario encargado de la investigación.

—Entonces, ¿el coronel Meinradt no se encarga en persona?

Sissi posó la mano sobre la cartera de bolsillo de Horváth.

—Para ese tipo de asuntos, el coronel cuenta con su policía.

Sissi notaba que la vena del cuello le latía con fuerza. La mente le iba a toda velocidad. Era ahora o nunca. Tenía que tomar una decisión que incluso a ella le parecía inaudita. ¡Cómo imaginar que la mismísima emperatriz de Austria abriera y rebuscara en la cartera de un muerto! Por otro lado, no habría tenido sentido ir hasta ahí si no lo hacía. Pero, además de esas dos posibilidades, ¡había otra! Sissi dejó caer su abanico al suelo.

—¡Ay! ¡Torpe de mí!

El consejero de la corte y su ayudante acudieron solícitos al instante. Ambos se agacharon. Cuando se incorporaron con el abanico, la cartera de bolsillo de Horváth había desaparecido. Sissi había desplazado una pitillera de plata con tal destreza que a simple vista no se notaba.

—Muchas gracias a ambos.

Se acercó al cadáver.

—Ha llegado la hora de la despedida.

En ese momento, la muerte adoptó una forma sobrecogedora. De ese hombre admirable ya no quedaba más que su envoltura, y esa ya había empezado a descomponerse.

Sissi era católica y bávara. Para ella, la fe católica romana de Austria era una religión sombría que presentaba la muerte como un calvario amenazador: quien no hubiera acumulado un número suficiente de buenas obras en su vida estaba condenado, y el camino al reino de los cielos resultaba empinado y estrecho. En cambio, el católico bávaro consideraba las dos posibilidades con más ligereza, con más alegría, como si al final fuera posible negociar con Dios. ¿Qué le aguardaba al profesor en su vía crucis?

Cuando Sissi sacó su pañuelo y se lo llevó a la boca, se dio cuenta de que el asistente de cabello blanco y guantes de lana rebuscaba en la cubeta de loza. Volvió la mirada hacia la emperatriz.

—Le estoy muy agradecida por su ayuda, señor consejero —dijo rápidamente—. Y a usted, por supuesto, también. ¿Cuál es su nombre?

La pregunta tomó por sorpresa al consejero de la corte.

—¡Qué amabilidad por su parte interesarse por tal cosa! —Se volvió hacia su ayudante y le espetó—: Vamos, hombre, responda a su majestad.

—Soy Alois Hofer, majestad.

—Alois Hofer, también le doy las gracias a usted.

Él se quedó mirando a la emperatriz mientras se alejaba por el pasillo.

—¡Voy a enviarte a Auhof!

Isabel nunca había visto al emperador de ese modo. Rara vez se presentaba ante ella sin llevar su chaqueta de uniforme; ese día ni siquiera lucía plastrón. Irrumpió en los aposentos de Sissi con una camisa blanca sin cuello, los tirantes colgando y los zapatos sin lustrar.

—¿Dónde te has ensuciado de este modo los zapatos? —le preguntó Sissi a falta de mejor tema. La tormenta se precipitaría sobre ella igualmente, solo podía retrasarla.

—¡He estado corriendo por el parque para descargar mi ira!

—¿Y por qué vienes en mangas de camisa?

—¡Porque correr me ha dado calor!

—Franz, a mí me parece que deberías hacer más deporte.

—¡Basta!

Francisco José iba de un lado a otro frente a su retrato de juventud.

—¡Estaba muerto de angustia! ¡He dejado todo lo que tenía entre manos en el Adriático!

—Pero si no me ha pasado nada —respondió ella con suavidad.

—¡Ha habido un asesinato a pocos metros de tu dormitorio! Han matado a un hombre en quien habías depositado tu confianza. ¿Quién nos asegura que no quería acabar con tu vida?

—¿Qué sentido tiene que el profesor Horváth quisiera hacerme daño y, en cambio, perdiera la vida?

—Dejemos esos detalles a la policía. El coronel Meinradt está consternado porque tú…

—El coronel siempre está consternado, independientemente de

lo que yo haga.

—¡Y con razón! —El emperador se plantó frente a Sissi—. En Schönbrunn se comete un asesinato, ¿y qué hace la emperatriz al día siguiente? ¡Ir a visitar el Departamento Anatómico de la Policía y pedir que le muestren el cadáver! ¡El coronel Meinradt está ocupadísimo tratando de ocultarle el escándalo a la prensa vienesa!

Sissi, entretanto, se decía «Franz se ha encogido un poco». Aún no era tan mayor como para eso. «¿O acaso —se dijo— antes, en mi enamoramiento, a mí me parecía más alto?».

—¿Por qué te alteras de esta manera, Franz? Cuando en Viena muere un alto dignatario, miles de personas desfilan ante su cadáver.

—¡Esta comparación está fuera de lugar! —Se sentó en el canapé que había debajo de su retrato—. Isabel, no me dejas otra opción: a partir de mañana vas a trasladarte a Auhof por un tiempo.

—¿Al pabellón de caza? Pero ¿por qué?

—Porque allí podrán vigilarte mejor. Schönbrunn es demasiado grande. Aquí siempre encuentras maneras de escabullirte. Y mis oficiales de guardia ceden de buena gana ante su hermosa emperatriz y hacen la vista gorda. ¡Se acabó! A partir de ahora vas a vivir en Auhof hasta que este asunto quede completamente aclarado.

—Y entonces, ¿qué? ¿Piensas encerrarme, Franz?

—¡Te estoy protegiendo de ti misma! Ahí, los mejores hombres de Meinradt velarán por tu seguridad. Y a esos no es fácil encandilarlos.

Franz estaba realmente enfadado. De hecho, se dijo Sissi, difícilmente podía estarlo más. Como ella aún tenía una confesión peor que hacerle, se dijo que ese era el momento adecuado.

—Franz…

—¡Ni se te ocurra intentar que cambie de opinión! ¡Ya está todo hablado con el coronel!

—Me parece que Auhof es una idea bastante buena.

Isabel se sentó a su lado.

—¿No te opones a tu traslado? —preguntó él, atónito.

—En los próximos días en Schönbrunn va a haber bastante

ajetreo a causa de la investigación. Por eso prefiero estar en otro lugar, sobre todo porque además vais a tener que registrar mis aposentos.

—¿Una investigación? ¿Por qué íbamos a tener que registrar tus aposentos…?

El emperador miró a su esposa con recelo. Sissi no era precisamente famosa por acceder con facilidad a los deseos de él.

—He descubierto algo sumamente desagradable, Franz.

Se levantó, cogió la llave, apartó el cuadro y sacó el joyero.

—¿Qué has descubierto?

—Puede que lo ocurrido no haya sido un intento de atentado.

—¿Y qué si no?

Sissi levantó la tapa.



SOLA ANTE EL MUNDO

10

Madera, madera y más madera. Ahí todo era de madera. El techo era de madera oscura y labrada, los paneles de las paredes, de cuatro metros de altura, solo se interrumpían por cuadros con motivos de caza. Incluso los azulejos de las chimeneas imitaban el tono de la madera. ¡Y, por doquier, cuernos y más cuernos! Legiones de ciervos y rebecos habían sacrificado su vida para acabar colgados en esos muros. Así era el pabellón de caza de Auhof en toda su ostentosa fealdad. Solo los aposentos de Sissi se habían librado de aquel esplendor sombrío. Decorados en un delicado tono turquesa, eran las únicas estancias que verdaderamente se iluminaban cuando se encendía la luz.

Carl rechazaba por completo la lobreguez de Auhof. Había vivido en Schönbrunn desde cachorro y se oponía a esa mudanza ejerciendo una resistencia pasiva, esto es, negándose a salir del salón de Sissi.

Bajo la luz de la lámpara de su escritorio, Isabel extendió todo cuanto había sustraído. La cartera de bolsillo del profesor no parecía contener ninguna pista sobre su muerte, salvo esa tarjeta. Una tarjeta de visita ajena, de dos maestros artesanos, que le hacía preguntarse qué interés habría podido tener el inglés en ellos. En el anverso se leía:

ROZET & FISCHMEISTER

ANTIGUOS JOYEROS DE LA CORTE IMPERIAL

A Sissi le parecía extraño que esos joyeros destacaran una distinción que ya no poseían. Había una competencia muy reñida entre quienes podían o no podían ser proveedores de la corte. ¿Quién horneaba los palitos salados más crujientes, los panecillos con semilla de amapola más tiernos, los panes más frescos? Quien

conseguía llamar la atención con uno de esos superlativos podía contar con que alguna vez el emperador le encargara su producto para el palacio de Schönbrunn. ¡Feliz aquel que, a partir de ese momento, podía ostentar el título honorífico de proveedor de la corte imperial y real!

Sissi conocía una historia que decía que, antes de su boda con Francisco, se había inaugurado una heladería. Los vieneses acudieron en masa al local y disfrutaban de las múltiples variedades de helados. Incluso Francisco José había encargado una ración y le había gustado mucho. De buena gana habría nombrado al heladero proveedor de la corte, pero el hombre era oriundo del Trentino italiano, una región que ya no formaba parte de Austria. A un italiano residente en Viena ese título no se lo podía conceder.

Aunque el emperador a veces le regalaba joyas, Isabel no sabía los nombres de quienes las creaban. En cambio, lo que sí recordaba era por qué motivo Francisco había mandado hacerle esas estrellas de diamantes, lo cual, a su vez, guardaba relación con la tarjeta de visita de los joyeros. Con cuidado, dio la vuelta a la tarjeta. En el reverso solo había una palabra escrita a toda prisa con un garabato: MOZART.

¿Cómo era posible que el fallecido supiera que los diamantes tenían relación con ese compositor? Nadie, excepto dos personas, conocía la historia que había detrás. ¿Acaso a Horváth le habían puesto sobre la pista los joyeros? ¿Por qué otra razón si no iba a llevar consigo la tarjeta de visita de dos hombres que no tenían nada que ver con los diamantes de la emperatriz?

Solo había una persona capaz de responder a esas preguntas, pero Isabel no le quería preguntar a él, precisamente. El emperador se oponía rotundamente a que Sissi se ocupara de aquel misterio. ¿Misterio? Esa palabra, de hecho, se quedaba demasiado corta. Un robo de joyas por un valor de cientos de miles de coronas, un asesinato atroz, un mensaje cifrado en el arma homicida… ¡Aquello desbordaba cualquier definición! Se le helaba la sangre al imaginar el alcance total de aquel enigma.

—De todos modos, debo dar con una solución —dijo pensativa.

—¿Mau?

Carl, en su cesta, levantó la cabeza.

—¿No te parece raro, Carl? —Se sentó en el suelo junto a su gato—. El asesinato, el robo de joyas… Todos esos sucesos deberían echarme atrás, pero lo cierto es que han despertado algo en mí. Han sacado a la luz a alguien que llevaba mucho tiempo oculto bajo la fachada de la emperatriz.

A partir de ahora, Isabel iba a dejar de disculparse por investigar. Ni el coronel Meinradt ni la Policía austriaca. Tenía que hacerlo ella. ¡Sissi investigaba! Y para ello iba a preguntarle a alguien a quien nadie más en el Imperio se atrevería a preguntarle: al emperador. Tenía que atraer a Francisco José a Auhof.

—¿Atraerlo? —se preguntó sorprendida.

Carl la miró con atención.

—Mau.

—Tienes razón. La seducción es el arma que los hombres nos han puesto en las manos.

Sissi se levantó de un salto, cogió papel de carta y escribió un mensaje urgente.

—«Te echo de menos» —El emperador citó esa frase del mensaje urgente de Isabel—. ¿Por qué has escrito algo así?

—Porque te echo de menos.

—Pero si ayer mismo te marchaste de Schönbrunn.

—¿Acaso no puedo echar de menos a mi marido al cabo de un solo día?

El emperador podía ser reservado, algo circunspecto y, por desgracia, insulso, pero no era tonto. Isabel era consciente de su extraordinario atractivo, y Franz sabía que ella era consciente de ello. Seguramente a esas alturas se había dado cuenta de que bajo la túnica no llevaba corsé.

—¿Tienes hambre? —preguntó ella.

—He comido algo ligero en el despacho.

—¿Y sed? He pedido que abran una botella de Tokay y ya me he tomado una copa.

—¿El Tokay no es muy fuerte para ti? —La observó mientras le

servía otra—. Pero seguro que una copita de vino no nos hará ningún daño. —Tomó asiento—. Hasta ahora, en el mercado negro no ha aparecido ninguno de tus diamantes. Meinradt ha indagado por todo el reino.

Ella le acercó la copa.

—No, por favor, Franz. Hoy no quiero oír nada más sobre ese asunto tan horrible.

Él le dirigió una mirada recelosa.

—Pensaba que me habías llamado por eso: para saber cómo avanza la investigación.

Brindó con él.

—Al contrario, me alegra que me hayas enviado al campo. Hoy he salido a pasear por el coto de Lainzer Tiergarten y he dado de comer a los ciervos. —De pronto, Sissi se puso a cantar en voz baja —: «Una muchacha o una mujercita es lo que Papageno desea». ¿Te acuerdas?

—¿Cómo olvidarlo? Aquella vez en la Ópera de la Corte estabas como una niña. —Le besó la mano—. Pero el personaje de *La flauta mágica* que más te gustó no fue Papageno.

Ella se acurrucó contra él.

—La que más me impresionó fue la Reina de la Noche.

—Es curioso que te encariñaras precisamente de la mala de la historia.

—¿Tan mala es? De hecho, Sarastro le robó a su hija.

Franz llevó su rostro hacia él.

—Al cabo de varios días, tú seguías entusiasmada con el vestido bordado de estrellas de la Reina de la Noche.

—¿No te pareció maravilloso?

—Le pedí al joyero de la corte que calculara cuánto costaría bordar un vestido con diamantes auténticos.

—¡Oh! No lo sabía.

—Habría resultado tan astronómicamente caro que al final opté por la variante barata.

—¿Barata? —Ella se rio—. Las estrellas para mi cabello no podían ser baratas. Para alguien tan sobrio como tú, seguro que fueron un gran derroche.

—Entonces estaba cegado de amor.
Ella lo besó con cariño sincero y pasión.
—¿Y hoy en día?
—Hoy sigo igual —respondió él casi con melancolía.
—Me alegro. Ven a la cama, Franz.
Mientras se dirigía hacia allí, ella se quitó la túnica.

11

Alexander Köchert era el creador de las estrellas de diamantes con las que el emperador había obsequiado a Isabel como regalo de boda. Alexander Köchert, joyero de la corte imperial y real. Sin embargo, la tarjeta de visita que Horváth había llevado consigo no era de él, sino de sus predecesores.

Franz estaba tumbado durmiendo junto a Sissi. Habían charlado hasta bien entrada la noche, hasta que, a medianoche, al emperador le entró hambre. Sissi entonces despertó al equipo de cocina y encargó una cena tardía para su majestad. Franz repuso fuerzas con carne de vaca hervida a la vienesa con verduras y salsa de rábano picante y manzana. Durante esa cena salió a colación el nombre del proveedor de la corte. Franz no sabía por qué a los Rozet y Fischmeister se les había retirado el título honorífico. Su madre, la archiduquesa Sophie, era la que lo había ordenado.

«Mozart», pensaba Sissi. El vestido de estrellas de *La flauta mágica* era el nexo entre Köchert, los diamantes y Wolfgang Amadeus. Por desgracia, no tenía ni idea de la relación que podía haber en realidad.

En los días que siguieron, el emperador se quedó en el palacio de Hofburg, recibió a varios generales prusianos y al embajador danés, que presentó a su majestad una propuesta de paz. Por lealtad a la alianza que tenía con el emperador alemán, Francisco José la desestimó, pues Guillermo II insistía en la capitulación total de Dinamarca.

Aunque Isabel se consideraba en arresto domiciliario, también desde Auhof pudo llevar a cabo algunas iniciativas. Así, envió a la condesa Pallavicini a la Biblioteca Nacional para que recabara toda la documentación allí existente sobre Wolfgang Amadeus Mozart. La condesa regresó con las manos vacías: no se permitía sacar en préstamo nada de esos valiosos fondos. Solo se podían consultar en

el propio edificio.

Una carta de la emperatriz al bibliotecario de la corte logró lo que no había ocurrido desde 1516, y fue así como varias cajas con documentos partieron con escolta hacia Auhof. Desde entonces, Isabel se había enfrascado en la lectura de las cartas de Mozart, los análisis sobre sus composiciones, incluso de las partituras; al cabo de unos días se dio cuenta de que estaba buscando una aguja en un pajar. De hecho, era aún peor: una aguja al menos era un objeto concreto, pero Sissi no tenía ni remota idea de lo que estaba buscando: un mensaje, una cita, una pista…, pero ¿de qué?

Al mismo tiempo, la primavera iba conquistando el país, cada vez con más fuerza. Por todas partes la vida vibraba y se desbordaba; aquella era una estación exuberante y adictiva capaz de envolver en un esplendor de colores incluso al sombrío Auhof. El verano ya no podía estar muy lejos. Sissi quería participar en ese gozo, ese abandono y deleite, en vez de dedicarse a hojear tomos polvorientos y leer las cartas de súplica de Mozart a mecenas y protectores. De no haber sido un compositor tan prodigioso, ella no se habría podido tomar en serio a Wolfgang Amadeus con su autocompasión y sus excesos infantiles.

Cuando de vez en cuando Isabel levantaba la vista de sus lecturas y contemplaba los albaricoqueros en flor meciéndose al viento, escuchaba el zumbido de las abejas y observaba a los paseantes dirigiéndose a Lainzer Tiergarten; anhelaba volver a su tierra natal. ¡Era tan maravilloso salir con su padre a la caza del urogallo! El duque Max le había enseñado que solo era posible acercarse al animal mientras este emitía su canto de cortejo, pues solo entonces el animal no oía ni veía nada. Cada año, Sissi se apostaba con su padre entre los abetos plateados donde moraban esas aves, hasta que él se llevaba la escopeta a la mejilla. Ella no temía por la vida de las aves, pues su padre era un cazador apasionado pero tenía muy poca puntería. Las excusas que inventaba luego hacían reír a la niña. «El pájaro se ha movido» o «En lo alto de los árboles el viento sopla más fuerte».

La añoranza de Sissi por sus padres y hermanos le resultaba insoportable. Possenhofen en primavera: ¡así debió de imaginar Dios

el paraíso! ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Echó el libro a la caja y, cuando se disponía a ordenar a la condesa que lo dispusiera todo para partir hacia Baviera, esta entró.

—¡Qué bien que hayas venido! ¡No deseo permanecer más tiempo en Auhof!

—¿Su majestad quiere regresar a Schönbrunn? —preguntó Pallavicini, alegremente sorprendida.

—Al contrario. ¡Quiero volver al paraíso! Tengo que ir a Possenhofen… ¿Qué tienes ahí?

La condesa sostenía una carta.

—Un tal Alois Hofer le envía una carta.

—Hofer… ¿Hofer?

Sissi la cogió.

—Es el primer asistente del Instituto de Medicina Legal de la calle Josefstadt.

—Sí, coincidí con él en una ocasión. Es el ayudante del profesor Gütersloh. —Leyó la dirección—. ¿Por qué te ha escrito a ti?

—Por prudencia. Ha añadido también unas líneas dirigidas a mí en las que dice que cuenta con ser arrestado en cualquier momento.

—¿Hofer? ¿Detenido? ¿Qué ha hecho?

—Es mejor que su majestad lo lea por sí misma.

Ildikó le entregó la carta a Isabel.

Como el coronel Meinradt revisaba toda la correspondencia de la emperatriz por si había remitentes sospechosos, probablemente aquella no habría llegado a manos de Isabel. Sissi la empezó a leer. Alois Hofer tenía una caligrafía bonita.

Majestad:

Jamás me dirigiría directamente a usted, dignísima señora, de no encontrarme en una situación de extrema necesidad. Tal vez recuerde su visita al Instituto de Medicina Legal, cuando inspeccionó el cadáver del inglés asesinado. El cuerpo, entretanto, ya fue librado para su entierro. Así las cosas, se ha producido un hecho…

Sissi terminó de leer y cerró los ojos. Sintió un ataque de remordimientos.

—¿Tú sabías que el cadáver de Horváth había sido librado?

—En cuanto he recibido la carta, he hecho averiguaciones —respondió Ildikó asintiendo—. El coronel Meinradt escribió a la pariente más cercana de Horváth para preguntarle si se debía trasladar el cadáver a Inglaterra o si prefería que fuera enterrado en Viena a causa del calor.

—¿Qué pariente más cercana?

—Su hermana.

—Creo que la vi en Inglaterra. Se llama…

—Sophie Horváth —confirmó la condesa—. Miss Horváth ya está aquí.

—¿Su hermana está en Viena? —exclamó Sissi con asombro.

—Ha venido a llevarse a su hermano y a hacerse cargo de sus pertenencias.

—Sus pertenencias —repitió Sissi.

—¿Qué le ocurre a su majestad?

Isabel había robado a un cadáver. Ahora, la hermana de Horváth se daría cuenta de que le faltaba la cartera de bolsillo. Las sospechas recaerían en lo más evidente: solo alguien del Instituto de Medicina Legal la podía haber sustraído, un hombrecillo de pelo blanco y aspecto inocente.

—Ya sé por qué han detenido a Alois Hofer —dijo Sissi en voz baja—. Debo hablar con el coronel Meinradt.

Como la condesa no reaccionó con suficiente rapidez, Sissi en persona se precipitó hacia la puerta.

—¡A mí la guardia! ¡Acérquese! —le espetó al primer soldado que vio.

El hombre se acercó, desconcertado.

—Tengo que hablar con su superior. De inmediato. Es de extrema importancia.

Como el hombre no daba la impresión de entender lo que se le estaba pidiendo, Sissi le espetó:

—Que venga el coronel Meinradt. ¡Cuanto antes!

—No puedo permitirlo —repuso el coronel como no podía ser de otro modo. De hecho, no había pasado ni media hora cuando se presentó ante Sissi.

Ella no le contradijo, no se opuso ni se valió de su autoridad imperial. Con Meinradt esas estrategias no funcionarían. De hecho, le solicitó su ayuda. Sissi pretendía obtener la confianza del máximo responsable de la Policía imperial.

—¿Me permite explicárselo, coronel? —Le ofreció un asiento en la sala turquesa—. ¿Té?

—¿Té? ¿Por qué té, majestad? —repitió Meinradt, como si una sugerencia como aquella estuviera fuera del alcance de su imaginación.

—¿Va a tomar una taza de té conmigo?

—Si su majestad me lo permite, me tomaré esta libertad.

Por primera vez desde que se conocían, él se desabrochó el sable y lo entregó a un lacayo.

Sissi hizo sonar la campana y les sirvieron el té.

—Iba usted a explicarme una cosa —comenzó Meinradt cuando estuvieron sentados.

—Estoy desconsolada. —Ella lo miró—. Estoy apesadumbrada por todas las molestias que les causo a su majestad y a usted.

Atisbó un destello de desconfianza en la mirada del coronel. Meinradt no estaba acostumbrado a que la emperatriz se disculpara ante él.

—¿Molestias?

—Un asesinato en Schönbrunn, un cadáver en mis aposentos, el robo de una fortuna… Si esto no son molestias…

—Quiero suponer que nada de esto es culpa de su majestad —repuso Meinradt.

Notó en su voz un tono decidido, el que posiblemente usaba al interrogar a delincuentes.

—Estoy convencida de que encontrará al culpable o los culpables de ello, coronel. Pero quien, sin duda, no tiene culpa alguna es aquel erudito inglés.

—Eso aún no se sabe, majestad.

—Aun así: yo tenía en alta estima al inglés. Su inteligencia me

impresionó. Por eso, y solo por eso, quisiera expresar mis condolencias a su afligida hermana. Solo le pido poder pasar diez minutos con miss Horváth.

El coronel Meinradt tomó una rodaja de limón para el té y lo removió luego con la cucharilla en la taza. Aceptó de buen grado probar un canapé de mantequilla y berros, que se comió con el cuerpo inclinado sobre el plato.

—Un encuentro de este tipo debería tener lugar en un espacio que yo pudiera asegurar y vigilar por todos los flancos.

—Lo comprendo. —Sissi dejó la taza sobre la mesa—. ¿Qué propone, señor coronel? ¿Tiene alguna idea? —Le tendió la bandeja con los canapés—. Pruebe ahora la pasta de anchoas, coronel Meinradt.

12

Era un lugar muy especial, e Isabel casi sintió admiración por el coronel a causa de su elección. Aunque el espacio no estaba integrado en el palacio de Schönbrunn, sí formaba parte de él. La emperatriz María Teresa había mandado construir en 1747 un pequeño teatro palaciego para poder disfrutar de representaciones musicales también fuera de la Ópera de la Corte. Si bien en esa sala predominaba la suntuosidad en los tonos rojo y dorado, el conjunto tenía el encanto de lo pequeño: un escenario de escasas dimensiones, un patio de butacas para poco público, e incluso los palcos eran tan diminutos que Sissi se preguntaba cómo habían cabido allí las damas de la corte de la época con sus crinolinas.

Acompañaron a la visita de Isabel por el vestíbulo, desde el cual accedió a la zona destinada al público. Por motivos de seguridad, la emperatriz entró por la puerta del escenario. Sissi, que iba vestida de un sencillo negro, se vio de pronto sobre un escenario. Para situarse a la misma altura que miss Horváth, Isabel bajó los pocos escalones que llevaban al patio de butacas.

En cada acceso había apostado un soldado de Meinradt.

El propio coronel asistía también al evento desde un piso más arriba, en concreto, desde el palco imperial.

—Aunque ya nos vimos, por desgracia no tuvimos ocasión de conocernos —comenzó a decir Sissi.

—Majestad.

Miss Horváth, visiblemente sorprendida, hizo una reverencia de corte. Isabel le indicó de inmediato que se levantara.

—Permítame expresarle mi más sentido pésame, miss Horváth. Yo tenía en gran estima a su hermano.

—Su invitación supuso una alegría especial para él.

La hermana era delgada, con un rostro serio, casi inexpresivo.

—Y que tuviera que acabar aquí precisamente su vida. —Sissi

vaciló—. ¿Tiene usted alguna sospecha acerca de este terrible crimen?

Sophie Horváth negó con la cabeza.

—Denesch era una persona pacífica. No sé de nadie que le deseara ningún mal.

Si Isabel en ese momento había contado con que asomaran unas lágrimas, se había equivocado. Miss Horváth había pronunciado esas palabras con seriedad y mesura. Bajo la atenta mirada de los guardias, y también del coronel Meinradt, Isabel se acercó a la afligida y le asió las manos. Al hacerlo se inclinó un poco hacia delante, de modo que su sombrero ocultara lo que ocurría. Isabel le entregó un objeto que tenía en la mano. Miss Horváth se estremeció por un instante, pero no dijo nada.

Isabel soltó las manos.

—Espero que ahora pueda llevarse consigo a Inglaterra todo cuanto era importante para su hermano.

Siguió una breve mirada de sus ojos oscuros.

—Así lo haré, majestad.

En cuanto se empezó a retirar, la cartera ya había desaparecido en las amplias mangas de la hermana.

—Tengo una última petición, miss Horváth. —Sissi levantó la vista. Entretanto, el coronel Meinradt, viejo zorro, se había acercado a la balaustrada.

—¿Cuál es, majestad?

—Antes de su partida, ¿sería usted tan amable de informar a nuestra policía de que se han hallado todas las pertenencias de su hermano? De lo contrario tal vez un inocente sufra las consecuencias de un malentendido.

¿Fue un atisbo de respeto en la mirada de la otra mujer lo que a Sissi le pareció entrever en ese instante?

Sophie Horváth hizo una reverencia.

—Téngalo por seguro, majestad.

—Gracias. Espero que tenga un buen viaje de regreso.

Sin más palabras de despedida, Isabel atravesó la sala de espectadores hasta llegar al palco imperial, situado justo encima de ella. Levantó la mirada hacia Meinradt.

—Gracias, coronel.

Sissi salió al exterior, donde una carroza aguardaba para llevarla de vuelta a Auhof.

Dos días después, Alois Hofer fue puesto en libertad y salió de la prisión de Wickenburggasse.

El emperador eximió a Sissi de la obligación de inaugurar el tren a Kahlenberg, y eso a pesar de que iba a llevar su nombre. También la excusó de intervenir ante el comité de mutilados de guerra; en la guerra contra Dinamarca habían caído mil hombres.

¿Por qué hacía eso el emperador?

—Porque me parece una idea fabulosa —dijo él al despedirse—. Así podrás pensar en otras cosas.

El emperador le había permitido a Isabel viajar a Possenhofen.

¡Cuánta razón tenía! En la antigua fortaleza del duque Max, en Baviera, nadie sabía nada de códigos secretos, ingleses muertos ni diamantes desaparecidos. Los hermanos de Sissi, con sus peculiares apodos —Nené, Louis, Gackel, Spatz y Mapperl—, crecían en la despreocupación que ella también recordaba. A papá le encantaba la cerveza, fumar en pipa, jugar a los bolos y hacer salidas ocasionales a Múnich. Ninguno de los hermanos y hermanas de Sissi sabía que tenían otros hermanos repartidos por toda Baviera. La corte de Viena le había hecho saber a Maximiliano que, como padre de la emperatriz, debía poner fin a sus actividades extramatrimoniales. Isabel admiraba a su madre, Ludovika, quien, ante sí misma y ante el mundo, corría un velo frente a las aventuras amorosas de su marido y mantenía el ánimo de la familia con una dieta saludable a base de albóndigas de pan y tocino.

—¿Por qué no has traído contigo a Gisela y al heredero al trono? —preguntó Ludovika.

Por un momento, Sissi se sintió apesadumbrada: ahí estaba de nuevo, la sensación de no ser apta para ejercer la maternidad. Durante mucho tiempo se había convencido de que eso tenía que ver con la muerte temprana de su primera hija, Sophie. Ella y, sobre todo, Franz habían llorado su pérdida con amargura. Luego había

llegado Gisela y, tras ella, Rodolfo. Con él, los Habsburgo ya tenían el anhelado heredero al trono. Pero eso no hacía de Sissi una buena madre.

—Rudi está en la academia militar —explicó—. No es bueno sacarlo de allí; si no, le va a costar mucho volver a adaptarse. Y Gisela…

Por mucho que se esforzara, no se le ocurrió ninguna excusa aceptable.

—No pasa nada, aquí ya tendrás niños suficientes alrededor.

El don de Ludovika y, a la vez, su mayor debilidad era restar importancia a todas las cosas. Odiaba cualquier conflicto; para ella, el cielo sobre Possenhofen debía brillar siempre en azul bávaro.

Isabel salió al bosque con su padre y reparó en que, a diferencia de antes, cuando ella era incapaz de seguirle el paso, ahora lo podía adelantar sin esfuerzo. A él le costaba respirar y tuvo que sentarse a descansar varias veces.

—¿Qué te ocurre, papá?

—Es la edad. —Se hizo a un lado para dejarle sitio—. Siéntate conmigo, Sissi. Estamos solos, únicamente nos escuchan los ciervos. Cuéntame: ¿cómo te va todo en Viena?

—Bien.

Ella se sentó en el mismo tocón.

—En serio, ¿cómo estás de verdad? —Max se encendió una pipa —. ¿Ya te han doblegado los Habsburgo?

Ella sonrió, pero con ademán grave.

—Nunca. Y eso que lo han intentado. La corte es…

Se quedó buscando la expresión adecuada.

—Para un caballo salvaje de Possenhofen, la corte vienesa debe de ser como una doma mortificante.

—Así es. Un caballo de Possenhofen no sirve para la Escuela Española de Equitación.

—¿Y cómo te va con Franz?

—Bien —respondió ella espontáneamente—. Y eso es sorprendente.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no encajamos. Franz es callado, tímido, sumiso con su

madre. A pesar de su juventud, Franz es un… un anciano. Quizá por eso él es el emperador adecuado.

Max dio una calada.

—Son muchos los que dicen que a la Corona le vendría bien un soplo de aire fresco.

—Austria es un país antiguo, rancio. Cuando estoy allí, tengo la impresión de que el Imperio está viejo. Por eso digo que Franz es el monarca adecuado.

—Eso suena bastante triste.

—Es realista, papá. —Se apoyó en él—. Es la realidad en la que vivo.

—¿Y qué más?

—¿Qué más?

—Has estado en Inglaterra, a menudo vas a Hungría. ¿No te has encontrado allí con nadie que… no sea tan «anciano» como Franz?

Sissi se echó a reír a carcajadas.

—¡No soy como tú, papá!

—¿Qué quieres decir con eso?

—Tú siempre has vivido según la máxima de que, además de la rosa, al borde del jardín hay muchas flores bonitas. Gracias a Dios, mamá me educó de otra manera.

Mientras daba otra calada a la pipa gruñía:

—Lo que hay que oír.

—Es cierto que hay húngaros apasionados. Pero no se atreven a ser descarados con la emperatriz de Austria.

—¿Cuándo vuelves por ahí?

—En otoño. Mientras Franz esté en Budapest, yo pasaré unos días en Gödöllö, disfrutando de la inmensidad de la llanura húngara y de sus gentes.

La pipa se había apagado, Max se levantó.

—Debemos regresar. Si no, tu madre nos lanzará encima las albóndigas de pan y tocino.

Durante dos semanas, Sissi fue una habitante más de Possenhofen, perdida en medio de la naturaleza maravillosa, rodeada de muchos

hermanos y con buena comida, que no rechazaba por amor a mamá.

Un día, la familia ducal celebró una velada musical en casa. Cada niño sabía tocar por lo menos un instrumento, y a Sissi le dieron un clavecín. Interpretaron una pieza fácil de Haydn y una difícil de Bach, que empezó a sonar muy mal y se interrumpió en cuanto los que tocaban los instrumentos de viento no pudieron contener por más tiempo la risa.

Ninguna velada musical en casa terminaba sin una obra de Mozart. A Sissi le dieron la partitura de *Pequeña serenata nocturna*. Tras esa pieza, Max propuso otra obra del compositor, un réquiem. No se trataba de la famosa obra para coro y orquesta, sino que era una pieza de música de cámara. Sissi nunca había oído nada tan triste. Era una composición que hablaba de la eterna cercanía del ser humano con la muerte, la inexorable, esa dama llamada fugacidad. Aquella música la había concebido alguien que conocía la muerte y presentía lo que venía después. No era una obra piadosa, con la perspectiva católica de una vida celestial tras la muerte; aquella música sonaba maldita, sin esperanza, blasfema.

—Ha sido… espeluznante —dijo Max después—. Después de escuchar algo así, a uno le entran ganas de ahorcarse.

Los pequeños se echaron a reír y sacaron la lengua como si se hubieran ahorcado. Isabel y Ludovika guardaron la compostura.

—¿Cuándo compuso Mozart esta obra? —Sissi tomó la partitura —. Vaya, pues no fue justo antes de su muerte, sino en 1780. —Una marca de agua en la esquina superior derecha le llamó la atención—. ¿Qué es esto? —preguntó mostrándosela a su padre.

—He obtenido las partituras de Mozart de una biblioteca de Múnich.

—Sí, sí, pero ¿qué es este símbolo?

Max se puso las gafas.

—Es como si fuera el de los masones. Esto de aquí es su símbolo: el compás, la escuadra y, en el centro, el ojo que todo lo ve. ¿No lo conoces?

—¿Y por qué está impreso en las partituras?

—Porque Mozart era masón. Y, además, muy influyente. El arzobispo de Salzburgo, su mecenas, lo introdujo en la masonería. —

Max se quitó las gafas—. Sissi, ¿qué te ocurre?

13

—¡Es todo tan oscuro, majestad! Auhof es terriblemente oscuro, ¡incluso de día! Aquí una se vuelve muy melancólica —comentó la condesa Pallavicini.

Isabel había partido de forma precipitada de Possenhofen y había regresado por sorpresa a Auhof, donde la esperaba la malhumorada condesa.

—Lo sé, Ildikó.

—¡Y luego están esos abetos! —se lamentó Pallavicini—. ¿Por qué plantaron tantos abetos tan juntos alrededor de la casa? En todas partes la luz del verano despliega sus colores más hermosos; aquí, en cambio, los oscuros abetos devoran el verano. Ahora que su majestad ha abandonado Baviera, esperaba que pudiéramos regresar a Schönbrunn. El parque, la amplitud de los jardines… Echo de menos nuestro palacio.

Isabel, que aún iba vestida con la ropa de viaje, dejó caer el sombrero sobre el canapé.

—No podemos regresar.

—¿Por qué?

—Porque los hombres del coronel Meinradt merodean por mis aposentos. —En su acogedora y luminosa habitación, Sissi se acercó a la ventana—. ¿Te gustaría habitar estas estancias, Ildikó, en lugar de estar en la oscura planta baja?

—¿Y eso?

—Desde aquí las vistas van más allá de los abetos. Se ve hasta el coto de Lainzner Tiergarten.

—Pero su majestad reside aquí.

—No de forma ininterrumpida.

Sissi permaneció junto a la ventana.

La condesa se incorporó lentamente.

—Usted se trae algo entre manos —dijo con tono premonitorio—.

¿Qué tiene en mente?

—Tengo una pista.

—¿Una pista sobre «ese» asunto?

—¡Eso es, Ildikó! —Sissi giró como una peonza y corrió hacia la mesa—. Tengo hambre, ¿y tú? ¿Pedimos una *Brettljause*?

—¿Una Brettljause?

—Sí, una tabla de quesos y embutidos. En Baviera la comía a diario con mi padre. Con embutido, jamón, tocino y pasta de queso Liptauer para untar.

—Seguro que no habrá problema. —Pallavicini llamó al timbre.

En vez de un lacayo, se asomó uno de los hombres de Meinradt.

—¿Su majestad desea alguna cosa?

Sissi cayó de nuevo en la cuenta de que Auhof era una fortaleza en la que ella era a la vez ama y prisionera.

—¿Sabe lo que es una *Brettljause*, teniente?

Él se puso absurdamente firme.

—¡Desde luego, majestad!

—Entonces apresúrese a la cocina y tráiganos una a mí y a la condesa. —Él se dispuso a retirarse—. Un momento. Y traiga también una jarra de vino. Tokay, si hay.

—En la bodega hay Tokay, majestad, de la añada del treinta y siete.

—El año en que nací. —Sissi sonrió—. Que sea entonces del treinta y siete.

El oficial salió a toda prisa.

—¿Su majestad come tocino y embutido? ¿Y bebe vino a plena luz del día? —Pallavicini observó a la emperatriz deambulando contenta de un lado a otro de la estancia.

—Ayúdame con esos zapatos de botones.

Sissi se sentó.

—¿No sería mejor que su doncella se encargara de esto…?

—No es nada. En Possenhofen no hacemos venir al personal por naderías. Vamos, ayúdame a desabrocharme los zapatos abotonados.

Intimidada y recelosa, Pallavicini se arrodilló ante su emperatriz, tomó el gancho para botones que ella le ofrecía y desabrochó los

cierres de nácar.

Entretanto, Sissi balanceaba el pie.

—El coronel Meinradt no debe creer que me tiene atada aquí. No voy a permitir que me encierren. Tengo que poder desplazarme con libertad. Y hay una solución para eso.

Se oyó entonces un golpecito en la puerta y esta se abrió de par en par.

—La *Brettljause*, majestad —anunció el teniente, seguido del cocinero mayor y del maestro de bodega, que iban cargados con varias bandejas.

El cocinero mayor no quiso desaprovechar la ocasión de presentar en persona su plato.

—Embutido de ciervo, majestad, salami húngaro, asado de cerdo frío, lengua de ternera cortada muy fina, fiambre de codillo de cerdo. Queso de montaña del sur del Tirol, pasta de queso de Liptauer para untar, compota de manzana y arándanos rojos.

—Mmm —murmuró la emperatriz.

—Aquí tiene el Tokay, majestad —añadió el maestro de bodega para llamar su atención.

La condesa se puso en pie.

—Hay para un regimiento.

—Maravilloso —agradeció Sissi—. Así es como ha de ser una tabla de embutidos.

—El pan negro lo he horneado yo mismo esta mañana —añadió el cocinero mayor. Tras hacer una reverencia, ambos se retiraron. Sissi tomó asiento y se sirvió.

—Majestad, no parece usted la misma. —Pallavicini se sentó a su lado con timidez—. ¿Y su dieta?

—Quien se esfuerza, debe alimentarse como es debido.

—¿Y su majestad se esfuerza?

—Esa es la intención. ¿Me pasas los arándanos, por favor?

Al día siguiente, a primera hora de la tarde, la condesa Pallavicini abandonó el castillo de Auhof vestida con un atuendo ligero, sombrero y un velo que la protegía de las moscas.

—Salgo a dar un paseo —le dijo al soldado de guardia de la puerta—. La emperatriz se ha acostado. No me necesita.

—Muy bien, condesa.

Pallavicini tomó el camino en dirección al coto de Lainzer Tierpark. Poco antes de llegar a la entrada, donde había muchos pasantes yendo de un lado a otro, se desvió por una avenida bordeada por un alto seto de laurel cerezo. Tras asegurarse de que nadie la seguía, la condesa siguió avanzando por el sendero hasta llegar al final. Allí la esperaba un hombrecillo de cabello y barba blancos.

—Señor Hofer —le dijo ella.

Él hizo una reverencia.

—Alois Hofer, a su servicio.

—Ya nos conocemos —respondió la dama.

—No sabría decirle, alteza serenísima, cuándo nos…

Ella se levantó el velo.

—Majestad… —farfulló Alois Hofer inclinándose aún más.

—A partir de ahora esa palabra queda prohibida. —Sissi sonrió—. Soy la condesa Pallavicini y le agradezco que haya acudido usted con tanta rapidez. ¿No le necesitan en el Instituto de Medicina Legal?

Hofer necesitó un momento para recobrar la compostura.

—El consejero Gütersloh consideró que, tras mi detención injusta, merecía unos días de vacaciones.

—Me alegro de que todo haya salido bien para usted y… —Sissi vaciló. Eran pocas las personas que habían oído una frase como aquella de su boca—: … y le pido disculpas de todo corazón por haber sido acusado injustamente a causa de mi conducta. El mero hecho de que no me haya delatado demuestra que tiene usted un carácter firme, Alois Hofer.

El hombre de pelo blanco se sonrojó. Era el gesto más encantador que Isabel había visto en un hombre en mucho tiempo.

—¿Qué puedo hacer por Vuestra Maj… quiero decir, por usted, condesa?

—Debería entregar dos cartas, querido Hofer. —Sissi las sacó de la manga de su vestido—. No deben entregarse ni a un empleado ni a un secretario. Solo en persona. Los señores deben abrir estas

cartas en su presencia y darle una respuesta inmediata. Verbalmente. No debe quedar nada por escrito.

Hofer leyó los destinatarios. «Rozet… ¿Fischmeister…?».

—Ambos tienen vivienda y negocio en el centro de la ciudad. —Sissi se inclinó hacia Hofer—. Es esencial que todo se mantenga en absoluto secreto.

Hipnotizado por los ojos de la emperatriz, él asintió.

—Desde luego.

—Ni una palabra a su esposa, querido Hofer.

—No estoy casado, majestad. Vivo solo.

A Isabel le sobrevino la idea fugaz de la vida de un hombre así. Por las mañanas se calentaba el café en el hornillo, se ponía rápidamente la levita y el chaleco, echaba un vistazo al tiempo de camino al instituto y llegaba a su puesto de trabajo a las ocho en punto. Ayudaba en la autopsia de los cadáveres, redactaba los informes de Gütersloh y guardaba los cuerpos bajo llave tras asignarles un número de referencia. A mediodía comía nabos y pescado, lo que hubiera, en la cocina compartida de su residencia. Su turno terminaba por la tarde; cuando hacía buen tiempo, se demoraba un rato en regresar a casa, se detenía ante los escaparates y miraba con timidez el pecho de las mujeres. Como daba por hecho que estaría solo toda la vida, había ideado una teoría según la cual el matrimonio era largo y arduo, y el deseo, efímero. Paseaba por el parque, disfrutando del bochorno y el perfume dulzón del tiempo de floración de los tilos, mientras recordaba su juventud, cuando no tenía el cabello blanco. Y, al llegar a casa, se comía los huevos directamente de la sartén, ya que nadie le vería hacerlo. Y, como el tiempo se le hacía terriblemente largo, cuando nada le llenaba los minutos se sentaba a la mesa de clientes habituales de una taberna, donde se tomaba sus tres octavos de vino como todo burgués acomodado. Cada noche, a las diez en punto, se dejaba caer en su cama solitaria. ¿Qué pasaría, se dijo Isabel, si le proporcionaba un poco de aventura a un hombre como aquel?

—Deberíamos hablar también de su remuneración, Alois Hofer.

El hombrecillo se irguió por completo.

—Si está en mi mano, cualquier cosa que pueda hacer por su majestad, la haré de buen grado y sin que medie ninguna remuneración.

—Gracias.

La emperatriz le tendió la mano y de nuevo se tapó el rostro con el velo.



LA LOGIA
ZUR WOHLTÄTIGKEIT

14

—¡Dispénseme de eso! ¡Se lo ruego, dispénseme!

Sissi preguntó divertida:

—¿Osas usar el imperativo con tu emperatriz? —Iba de un lado a otro presa de una alegre excitación—. ¿Dónde ves la diferencia con otros servicios que me hayas prestado?

—Hasta ahora siempre he podido ser yo misma. He tenido que mentir y engañar, pero no he dejado de ser Ildikó Pallavicini. Pero ahora su majestad me pide que sea… ¡la emperatriz de Austria!

Sissi, junto a la ventana, inspiró el aire de principios de verano.

—No sabía que fueras tan melodramática. De hecho, nadie te va a ver, solo se oirá tu voz.

—Es cierto que tenemos una voz parecida, pero su majestad habla de otra manera porque es diferente. Usted tiene un… ¿cómo decirlo? Bueno, a su majestad se le obedece, la gente está dispuesta a hacerlo. Y eso no tiene nada que ver con el tono de voz.

Isabel tomó a su dama de compañía por los hombros.

—Haz como si estuvieras actuando en el teatro de la corte. Di simplemente que estás indispuesta y quédate en la habitación.

—Pero ¿y si viene alguien a traer el desayuno, a preparar el baño o a atar el corsé de su majestad?

—Entonces dices que te sientes resfriada, te metes en la cama y corres las cortinas. Nadie se atreverá a molestarte.

—Majestad…

Sissi se impacientó.

—Solo serán unas horas. Al atardecer ya estaré de vuelta. Y entonces volveremos a intercambiar los papeles, diré que me encuentro mejor y nadie se habrá dado cuenta de nada.

Ildikó, desesperada, bajó la cabeza.

—Seguro que algo sale mal. Sé que algo saldrá mal.

Sissi se cambió de ropa.

—Todo irá a las mil maravillas. Además, ya no hay vuelta atrás. Me esperan, bueno, de hecho, te esperan en el centro.

Ildikó hizo un último intento.

—¡Yo no estoy hecha para estas cosas, majestad!

—Alois Hofer tampoco está hecho para estas cosas y, sin embargo, las hace.

—¡Porque os adora!

—¿Y tú no? —replicó Sissi con una sonrisa.

—Sí, pero os conozco bien. Ninguna aventura es suficiente para su majestad, no hay peligro que le asuste.

—Es que yo soy un caballo salvaje de Possenhofen.

—Podríamos haber hecho llevar una selección a palacio, estimada condesa.

Franz Karl Fischmeister abrió la puerta de su establecimiento a la dama velada. No había una dirección más distinguida que el número 11 de Kohlmarkt. Tras comprar una joya, justo enfrente, se podía ir a Demel, la pastelería proveedora de la corte, para tomar café y un trocito de pastel de bizcocho y merengue. A mano derecha, la calle Kohlmarkt llevaba al Graben; y doblando a la izquierda, en pocos pasos se llegaba al Hofburg. Para llegar a ella, se tenía que atravesar la puerta conocida como Michaeltor, donde se encontraba la escalera que llevaba a los aposentos imperiales.

En ese momento, a Isabel se le aceleró el corazón. Había superado situaciones más peligrosas en Windsor y Schönbrunn, pero lo que hacía entonces era absolutamente incompatible con la dignidad de una emperatriz. Si salía a la luz, su salud mental sería puesta en cuestión. En la historia de las casas reales había habido reyes y reinas con enfermedades mentales a quienes se había tenido que encerrar. El «exilio» en Auhof no sería medida suficiente.

Un segundo hombre se acercó; llevaba el peinado más desastroso que ella había visto en su vida.

—Ignaz Rozet, a su servicio, condesa —se presentó.

Aquel hombre se dejaba crecer el escaso cabello que tenía hasta que le llegaba a los hombros y luego se lo peinaba de atrás hacia

delante. Una sola ráfaga de viento, se dijo Sissi, y todo ese toque distinguido se iría al garete.

—Ha tenido a bien solicitar por escrito una entrevista —continuó Rozet—. Pero en su caso solo tenía que atravesar nuestro portal para poder visitar nuestro humilde cuarto de las joyas.

A Sissi le llamó la atención que las vitrinas y los cajones con piezas valiosas estuvieran abiertos. En el establecimiento no había ni clientes ni empleados.

—Muchas gracias, caballeros —respondió con el delicado acento húngaro propio de Ildikó—. Tengo un deseo poco común.

—¿Tal vez una pieza única? —preguntó Fischmeister encantado.

—¿O quizá es para la casa imperial? —intervino Rozet.

—Vamos, Ignaz, déjalo —siseó Fischmeister—. ¿Por qué dices eso?

—¿Acaso no puedo decirlo? —replicó Rozet—. ¿Por qué no debería expresar mi dolor?

—No ante la dama de compañía de la emperatriz —le reprendió su socio.

—¿Un dolor? —preguntó Sissi—. ¿A qué se refiere?

—No es nada, condesa. —Fischmeister intentó restarle importancia.

—Maestro Rozet, ¿no me confiará a mí su secreto? —preguntó mientras se aproximaba al hombre del peinado imposible.

Él bajó la cabeza, dejando a la vista con el gesto su falta de cabello.

—Después de todos los esfuerzos por ofrecer a su majestad imperial lo mejor de lo mejor, a veces me resulta imposible soportar tanta humillación, condesa.

—Ignaz, prudencia —intervino Fischmeister.

—Hable, buen hombre —lo animó Sissi.

—Como usted sabrá, condesa, Franz Karl y yo fuimos durante años proveedores de la casa imperial. Pero un día de mal recuerdo se nos privó del título honorífico.

—¿Y eso por qué?

Fischmeister se interpuso entre su socio y la condesa.

—Eso no lo sabemos con exactitud.

—¡Sí lo sabemos! —Rozet se abrió paso—. La emperatriz madre, que Dios la proteja, tenía un protegido, nuestro estimado colega Alexander Köchert. Según parece, el bueno de Köchert insistió tanto a su alteza imperial que al final ella le prometió el cargo de joyero de la corte.

Sissi vio ahí el modo de abordar el asunto que la había traído hasta allí.

—¿Köchert? Köchert, ¿no es él quien confeccionó las famosas estrellas de diamantes de la emperatriz?

—¡Ja! —exclamó Ignaz Rozet—. ¡Qué tremendo malentendido!

—¿Qué quiere decir con eso, señor Rozet?

—Se suponía, se suponía, que nuestro colega Köchert debía confeccionar el regalo de boda del emperador para la emperatriz. Pero no lo hizo. ¡Era incapaz de hacerlo!

—¡Por el amor de Dios, cállate! —le susurró Fischmeister—. ¡Este asunto no debería salir a la luz!

—¿Qué asunto? —La curiosidad había hecho que Isabel olvidara por un momento el tono de voz de Ildikó. La mirada de asombro de los hombres la llevó a corregir su torpeza—. Estimados caballeros, se lo ruego, confíen en mi discreción. Nadie se enterará por mí. Díganme, ¿de qué asunto se trata?

—¿Su excelencia quiere tomar asiento? —preguntó Fischmeister al darse cuenta de que había llegado el momento de hablar claro.

Isabel se sentó. Estaba rodeada de joyas que brillaban.

—Será mejor que se lo cuentes tú —le pidió Fischmeister a su socio—. Tú eres quien más lo sufrió.

Ignaz Rozet se adelantó y se colocó ante la dama del velo.

—Mi abuelo, Nikolaus Rozet, fundó nuestro establecimiento en el año 1770. Por aquel entonces, el negocio aún se encontraba en el edificio de la Haus zu den drei Läufern. Nuestra empresa fue la encargada de fabricar el servicio de café de plata para el archiduque Carlos tras su victoria ante Napoleón, así como el neceser de viaje de diamantes para Fernando VII de España.

—Amigo, te estás desviando del tema —le advirtió Fischmeister.

—En resumen, nuestro querido emperador Francisco José tuvo a bien nombrarnos proveedores de oro y joyas de la corte imperial y

real.

—Eso es algo bien sabido —asintió Sissi con cierta impaciencia.

—Solo quiero dejar claro, condesa, el impacto que supuso para mi familia que el título le fuera otorgado a un novato, a un principiante. Antes de eso, Köchert solo había fabricado joyas de poca importancia. Su diletantismo quedó patente con el regalo de boda del emperador.

—¿En qué sentido?

—Köchert fue incapaz de cumplir el encargo en su totalidad —respondió Fischmeister en lugar del agitado Rozet—. Seguro que para él el encargo que nos hizo fue una auténtica humillación.

—¿Qué encargo?

—Köchert explicó que el emperador deseaba veintisiete estrellas de diamantes que se pudieran llevar por separado y como diadema a la vez. Pero él no estaba a la altura de esta doble tarea.

—¿Y por eso ustedes…? —preguntó Sissi sorprendida—. Así pues, ¿ustedes dos fabricaron las estrellas de diamantes por encargo de él?

—La mayor parte de ellas —Rozet asintió con amargura—, aunque tuvimos que cumplir una cruel condición.

Sissi dedujo:

—Nadie debía saber de esa colaboración.

—En efecto, condesa —suspiró Rozet—. El mundo nunca sabrá que las estrellas de la emperatriz se crearon en este establecimiento.

Sissi clavó la mirada en el hombre.

—Pero, al contármelo a mí, están rompiendo la promesa.

—¡Porque no soporto más esta injusticia! Además…

—¿Sí?

—En los últimos tiempos no es usted la primera que saca este tema.

—¿No soy la primera? ¿Quién más…?

—¡Ignaz, sé prudente! —intervino Fischmeister—. Señora condesa, le rogamos que trate con confidencialidad las palabras de mi socio.

—Así lo haré si me revelan quién más se ha interesado por los diamantes antes que yo.

—No puedo decírselo.

—¿Por qué?

—Por favor, no nos presione más. —Fischmeister señaló las joyas expuestas—. ¿En qué podemos ayudarle? Su excelencia no debe de haber venido hasta ahí por estrellas imperiales.

Sissi cedió para no comprometer su anonimato.

—Yo también tengo un encargo delicado para ustedes.

—Con nosotros los encargos difíciles están en buenas manos.

—Mi hermano menor tiene serias esperanzas de ser admitido en una de las grandes hermandades masculinas de Austria.

—¿Una hermandad?

Rozet miró a Fischmeister.

—Como bien saben ustedes, a estas hermandades no se las debe nombrar. Así pues, lo evitaré.

—Por supuesto.

—Para el rito de iniciación, mi hermano mandó hacer una insignia que lo identificara.

Rozet se acercó.

—¿Un broche, una gema? ¿De qué se trataba?

—Un anillo.

Otro intercambio de miradas significativas entre los joyeros.

—Así que un anillo —dijo Fischmeister con una sonrisa.

—Sin embargo, mi hermano es padre de tres hijos —continuó Sissi con tono afligido—. El caso es que, de algún modo, ese anillo tan precioso cayó en manos de esos mocosos y…, en fin, que se perdió. La familia ha registrado toda la casa, pero ha sido en vano.

—¡Qué horror!

—Es aún peor. La ceremonia se va a celebrar en una semana. Pero sin el anillo…

—Su hermano no podrá ser admitido.

Isabel abrió su bolso de mano y sacó un dibujo en papel de seda.

—Por suerte, mi hermano conserva aún el diseño del anillo original —dijo entregando el papel a Fischmeister.

Los dos hombres se quedaron mirando el dibujo.

—Oro blanco —dictaminó Rozet—. Los brillantes enmarcan el

símbolo, todo coronado con una esmeralda. —Miró a la mujer del velo—. Por el símbolo del centro, no es difícil identificar esa sociedad secreta, condesa. El compás y la escuadra…

—Temí que lo reconocerían de inmediato —suspiró ella.

—Es más que eso.

Rozet le mostró con orgullo la mano derecha, y Fischmeister hizo lo mismo.

—¿Qué significa esto? ¿Ustedes son…? —exclamó Sissi fingiendo un asombro convincente—. ¿Llevan anillos con el mismo símbolo?

—Ya ve, condesa, con nosotros su encargo está en las mejores manos.

Como la emperatriz tenía acceso a los archivos de la Biblioteca Nacional, le había resultado fácil averiguar que en Viena muchos hombres de alto rango eran miembros de la masonería. Bajo el paraguas de la Gran Logia de Austria había cincuenta logias registradas que sumaban dos mil miembros. Entre ellos también, los joyeros Rozet y Fischmeister. La respuesta a la siguiente pregunta de Isabel establecería un vínculo entre Wolfgang Amadeus Mozart y los diamantes de la emperatriz.

15

—¡El emperador! —se oía por los pasillos—. ¡El emperador!

El mayordomo mayor de Auhof se esforzaba por seguir el paso del joven emperador.

—Su majestad la emperatriz ha ordenado que no se la moleste.

—¿Se encuentra enferma?

Francisco José atravesó el vestíbulo a toda prisa.

—No se encuentra bien, majestad —exclamó el mayordomo.

—La emperatriz jamás se ha acostado en la cama por un malestar leve —dijo Franz al alcanzar la escalera principal de forma curva.

—¿Por qué Meinradt no ha informado de la llegada del emperador? —susurraban los oficiales en la entrada.

—¡Porque el coronel no lo sabe! —espetó Franz, mientras subía los peldaños de dos en dos. El buen oído de su majestad era legendario.

En ese mismo instante, también llegaba a Auhof un carruaje sin el escudo imperial. La condesa Pallavicini, con el rostro cubierto por un velo, descendió y preguntó a un oficial:

—¿Y ese carruaje?

—Su majestad el emperador nos ha honrado con su presencia.

Aunque aquello creó una profunda alarma en Sissi, solo la detuvo un instante.

—¿Ya está arriba?

—Está de camino, condesa.

Sissi giró a la izquierda y, ante la mirada atónita del guardia, dijo:

—Subiré por la escalera pequeña, es el camino más corto hasta mi habitación.

—Sí, señora.

Se recogió las faldas y salió corriendo. Al poco rato se había quedado tan falta de aliento que el velo se hinchaba hacia fuera y

hacia dentro. Lo apartó a un lado. En el primer piso oyó los pasos apresurados del personal. Sissi alcanzó el segundo piso y, con él, el pasillo que conducía a los aposentos de la emperatriz.

¡Era demasiado tarde! El emperador se dirigía hacia allí mientras, a paso ligero, se iba desabrochando el sable. Para no ser descubierta, se metió en la primera estancia que encontró. Desde allí no había modo de llegar a sus aposentos. Cerca de ahí oyó a Francisco llamando a la puerta.

—¡Majestad, me he permitido haceros una visita inesperada! —gritó.

Sissi miró a su alrededor como un animal acorralado. Se precipitó hacia la ventana. Quizá sería posible, aunque no con esas faldas. La condesa Pallavicini llevaba tres capas superpuestas. Se quitó el vestido. La combinación se le resistía, había que desabrochar unos ganchos enrevesados.

Desde el otro lado oía gritar al emperador:

—¿Me han informado de que estás indispuesta, majestad?

Entretanto, Sissi, sin atender a los ganchos, desgarraba la tela y se quitaba la combinación. Solo quedaba la enagua.

—¿Franz? ¿Eres tú? —Sissi oyó la voz de la condesa, que estaba teñida de auténtico terror. No iba a ser capaz de mantener la farsa por mucho tiempo.

Isabel ya no llevaba otra cosa más que el corsé y unas calzas largas. Entonces, se quitó los zapatos, abrió la ventana y subió a la cornisa. Si alguien levantaba la vista hacia lo alto en ese momento, todo estaría perdido. Con la cara vuelta hacia la pared, Sissi fue avanzando paso a paso; apenas unos pocos y peligrosos metros la separaban de la siguiente ventana. La alcanzó y vio a la condesa, vestida en camisón, corriendo desesperada hacia la puerta. Presa de angustia atroz, en ese momento se disponía a abrirle la puerta al emperador.

Sissi dio unos golpecitos en el cristal. La condesa ya no veía ni oía nada. Golpeó el vidrio con más fuerza. Su dama de la corte, aturdida, seguía sin darse cuenta de nada.

Isabel entonces aporreó la lámina de cristal y la rompió. Una lluvia de esquirlas cayó dentro del dormitorio. La condesa se volvió y

contempló atónita la mujer que había asomado en el marco de la ventana.

—¡Ábreme! —siseó la emperatriz.

Ildikó acudió a toda prisa hacia ella mientras exclamaba por encima del hombro:

—¡Un momento, Franz!

Abrió el cerrojo para dejarla pasar.

A los pies de la ventana había trocitos de cristal. Sissi dio un gran salto por encima del montón de esquirlas. Aterrizó de pie, trastabilló y siguió corriendo.

—¡Escóndete en la habitación de al lado!

—¿Y la ventana?

—¡Vamos!

Pallavicini, al punto del colapso, alcanzó a duras penas la puerta lateral y desapareció.

Ya en los últimos metros, Isabel se soltó la melena; le llegaba hasta las caderas. Por fin, abrió la puerta.

—¿Franz?

—¡Sissi!

—Franz.

—¿Qué te pasa?

—¿Qué quieres que me pase?

—¿Por qué te has encerrado?

—Me había quedado dormida.

Para demostrarlo, esbozó una sonrisa somnolienta.

—¿A estas horas? Dicen que estás enferma.

—Solo estoy un poco cansada. He pasado todo el día al aire libre.

El emperador le tocó la frente.

—Estás caliente. ¿Tienes fiebre?

Ella lo asió de la mano y lo condujo hacia el interior de la habitación.

—Puede que estuviera demasiado abrigada. ¡Franz, qué alegría! ¿Hay algún motivo especial para tu visita?

—Nostalgia.

Ella volvió a la cama.

—No podría desear un motivo más bonito.

Él se puso cómodo y se quitó los botines. Al ir a sentarse junto a ella se dio cuenta de que la ventana estaba rota.

—¿Qué ha pasado?

La mente de Sissi iba a toda velocidad.

—Bueno, debo decirlo, Franz: esto de los árboles no puede ser.

—¿Los árboles, por qué?

—Cuando los plantaron, sin duda, quedaban bonitos, pero ahora son más altos que el tejado.

—¿Y?

—Que antes ha habido un soplo de viento y una rama ha roto la ventana.

Él se levantó.

—Sí, ya veo, los árboles están demasiado cerca del edificio.

—¡Cuidado!

Sissi alzó la mano.

Demasiado tarde.

—¡Ay! —exclamó el emperador.

—Ahora sí que tienes un problema.

Él regresó a la cama saltando sobre una pierna.

—Déjame verlo.

Sissi le quitó la media y acercó la cara al pie del emperador.

—¿Qué estás haciendo?

—Es lo que hacía mi padre siempre cuando nos clavábamos alguna espina.

—¡Pero no puedes…!

Haciendo oídos sordos a sus protestas, Sissi le mordió el talón, lo chupó y, al instante siguiente, escupió la esquirla.

—Listo.

—Mira que eres…

—¿Qué soy?

—Mi Sissi.

La atrajo hacia sí.

La condesa Pallavicini tuvo que aguardar dos horas enteras en la habitación contigua antes de que el emperador se marchara.

La condesa estaba demasiado alterada para pensar con claridad. No dejaba de lamentarse de todo lo que podría haber salido mal. Decía que aquel engaño le habría podido costar el puesto, y que la habrían expulsado de la corte imperial.

Sissi no prestaba atención a sus lamentos. Los masones: de eso era de lo único que quería hablar. Pero, como eso no era posible con Pallavicini, le dio permiso a la dama para que se retirara.

El profesor asesinado había puesto a la emperatriz sobre la pista de Mozart y, al mismo tiempo, de los dos joyeros. Mozart había sido masón, como también lo eran Rozet y Fischmeister. Sissi se abalanzó sobre los libros y el resto del material.

En 1784 Wolfgang Amadeus Mozart se había afiliado a la logia masónica Zur Wohltätigkeit. Según pudo comprobar en las listas de transcripciones, poco antes de su ingreso un número sorprendentemente elevado de masones había asistido a sus conciertos. Por lo tanto, entre él y esta organización había desde hacía tiempo una coincidencia ideológica. A medida que Isabel se adentraba en el tema, iba entendiendo la manera en que Mozart había integrado las ideas masónicas en *La flauta mágica*. Las tríadas recurrentes de la obertura eran una alusión al símbolo del triángulo y al ojo que todo lo ve, considerado un emblema de la ciencia ilustrada. En otro nivel, el triángulo representaba la fuerza creativa, la armonía y la manifestación de la magia.

Mientras Isabel estaba sentada en el suelo de su habitación, rodeada de expedientes, folios, listas y libros, Carl se le unió ronroneando y olfateando los papeles.

De la lista de miembros de la masonería de Viena, Sissi obtuvo un dato importante: al igual que Mozart, los joyeros Rozet y Fischmeister también pertenecían a la logia Zur Wohltätigkeit.

—Esta es la conexión —le dijo a Carl—. Mozart y *La flauta mágica*. *La flauta mágica* y los masones; los masones y los joyeros Rozet y Fischmeister.

—Mau.

—A pesar de que Köchert los humilló, los dos ayudaron al joyero de la corte a crear las estrellas de diamantes. Esa es la siguiente conexión: las estrellas de diamantes y *La flauta mágica*, así como la

emperatriz y Mozart. El círculo se cierra, ¿entiendes?

—Mau.

—¿Y si fuera un triángulo formado por Mozart, Rozet & Fischmeister e Isabel?

Independientemente de la forma que le diera al misterio, el profesor Horváth le había transmitido un mensaje que lo envió a la muerte. O lo habían asesinado con una daga que llevaba una inscripción. Sissi abrió el cuaderno donde tenía anotadas las letras griegas. Por mucho que buscaba encontrar un sentido a esos símbolos, no halló en ellos ninguna referencia a Mozart ni a los masones.

16

Franz Joseph era un hombre de costumbres fijas. Eso era lo que le daba la fama de burócrata. Sin embargo, en secreto, a los ciudadanos les complacía saber que en Schönbrunn estaba ese hombre, esa roca, que era la encarnación de algo así como la eternidad del Imperio. Estaban convencidos de que en el Imperio de Francisco José I nada cambiaría en su vida alegre y algo melancólica. Viena —de eso también estaban convencidos— siempre sería la ciudad más bella de la Tierra y los austriacos, los escogidos de los dioses. El vino prosperaba en laderas bañadas por el sol, proporcionando a los vieneses alegría y emotividad a la vez, motivo por el cual cantaban en todas las ocasiones que se les presentaban. Que en el Imperio también hubiera odio racial, corrupción y opresión; que a muchos pueblos en aquel Estado multinacional no se les reconocieran los mismos derechos que a los austriacos o que las mujeres tuvieran un rango muy inferior al de los hombres eran hechos que los vieneses simplemente ignoraban con una sonrisa mientras disfrutaban de una copa del vino blanco de Gumpoldskirchen. «Somos lo que somos» definía la sensación que imperaba entonces. De este modo era posible sobrellevar fácilmente cualquier injusticia.

El emperador se levantaba a las cuatro y media de la mañana y se aseaba rápidamente en una jofaina. A él, la moda moderna del baño al cual se entregaba la emperatriz le parecía una exageración, pero se cuidaba mucho de hacérselo saber a Sissi. Franz lo consideraba un lujo del que podía prescindir.

Ketterl, su ayuda de cámara, lo vestía con la habilidad de saber mantenerse invisible mientras lo hacía, y durante ese rato no se decían ni una sola palabra. El emperador tomaba un desayuno ligero: té y un bollo con mantequilla y mermelada de albaricoque. Vestido con su uniforme de diario, entraba en el despacho, se

colocaba detrás del escritorio, cogía la pluma, la mojaba en la tinta y trabajaba dos o tres horas sin levantar la vista. Leía y firmaba expedientes, muchos de los cuales giraban en torno a su plan de demoler el glacis, la antigua explanada defensiva en torno a la muralla y edificar ahí una circunvalación moderna. Francisco José firmó indultos, pero con esa misma templanza estampó su firma también en sentencias de muerte.

A las ocho y media tomaba un segundo desayuno, un huevo pasado por agua, en un vaso, que a veces acompañaba de un pretzel o de un panecillo Salzstangerl. La primera taza de café la bebía con un poco de leche y sin azúcar. A continuación, el emperador recibía en audiencia, uno tras otro, a los visitantes que habían anunciado su visita.

—¿Hay novedades sobre los disturbios en el Véneto, Orsini-Hohenberg? —preguntó a su ministro para los asuntos de las provincias del norte de Italia.

Orsini-Hohenberg era un conde asimilado de Trieste que gozaba de la confianza del emperador.

—Napoleón III sigue incitando a los venecianos a alzarse contra los Habsburgo, prometiéndoles tropas francesas.

Franz hizo un gesto de desprecio.

—Pero Napoleón no se las podrá enviar, porque pronto las necesitará él mismo, en concreto, contra los prusianos.

—El viejo sueño de Napoleón es crear una Italia unida bajo el dominio francés, majestad.

Franz salió de detrás del escritorio.

—Ya le cedí la Lombardía a ese francés codicioso. ¿Ahora también quiere el Véneto?

—Si me permite una sugerencia, majestad…

La sugerencia de Orsini-Hohenberg no fue atendida porque en ese preciso instante se abrió la puerta. Los pasos que se oían no tenían la lentitud propia del maestro de ceremonias, eran los de unas botas pesadas. Al instante siguiente, el coronel Meinradt se presentó en el despacho del emperador.

—Le ruego me disculpe por interrumpir su conversación, majestad. —Meinradt hizo una reverencia—. Acaba de llegar a mi

conocimiento un asunto de la máxima importancia.

Francisco José desaprobaba por principio cualquier cambio en sus costumbres.

—Esta no es forma de irrumpir aquí, coronel.

—Nunca me habría atrevido de no ser porque las circunstancias… —Dirigió la mirada al conde—. Si su majestad me concediera una audiencia a solas.

Orsini hizo además de retirarse.

El emperador levantó un dedo.

—No tengo secretos para Orsini-Hohenberg. Quédese, querido conde.

—Como su majestad ordene. —Meinradt presentó un documento —. Me ha llegado información según la cual su majestad la emperatriz ha ido de incógnito al centro de la ciudad bajo una identidad falsa.

—¿Eso es todo? —replicó Franz—. Eso no es ninguna novedad. Su majestad la emperatriz es muy conocida y el velo es la única forma que tiene de mezclarse a veces entre la gente.

—Pero es que ha visitado un establecimiento.

—¿Qué tipo de establecimiento?

—El establecimiento de joyería de Rozet y Fischmeister, en Kohlmarkt.

—¿Y por eso ha irrumpido de este modo? —replicó Franz, cada vez más irritado—. Ese establecimiento está a los pies del Hofburg. Sissi debe de haber bajado a echarles un vistazo a algunas piezas bonitas.

—Es posible, majestad, pero…

—¿Qué más? Estoy en medio de una conversación sobre el Véneto.

—Lamento tener que informar, majestad, de que anoche los joyeros Ignaz Rozet y Franz Karl Fischmeister…

—¿Qué? ¡Hable de una vez!

—Fueron asesinados.

Por el momento no podía contar con la ayuda de la condesa

Pallavicini. Ni tampoco podía pedir a Alois Hofer un favor como aquel. Tenía que arriesgarse en persona: ser ella misma. Una visita de la emperatriz a la Gran Logia de Austria sería algo inusual, pero tenía cierto sentido. Las ideas de los masones se habían impuesto hasta en los círculos más altos de la nobleza, incluso en la corte de Viena. Mentes ilustres de varias épocas habían sido masones: Goethe, Haydn, Lessing, incluso el emperador José II.

Por ello, Isabel informó al oficial de guardia de su partida, mandó llamar al carruaje y envió una nota urgente al centro de la ciudad. Era inevitable que le asignaran escolta, pero en este caso no suponía ningún obstáculo.

Impaciente, soportó el largo trayecto por Wienflussweg, Mariahilferstraße y Kettenbrückengasse, llegó al centro de la ciudad y pidió al cochero que se detuviera en la estrecha Ballgasse para no llamar la atención. Se cubrió el rostro con medio velo y se apresuró hacia una puerta oscura, sobre la cual se veía un bloque de piedra toscamente tallado suspendido sobre unas tijeras también de piedra. Llamó a la puerta y le abrieron.

Sissi casi se quedó sin aliento. Vio ante ella doce hombres, ataviados todos con unos delantales masónicos ribeteados de oro y guantes blancos, y tocados con unos sombreros altos. Uno de ellos lucía en el cuello una cadena de oro en la que se veía el símbolo del compás y la escuadra. Exhibía, además, un martillo, seguramente para dejar clara su condición de gran maestre.

—Majestad, a los masones les está prohibido inclinar la cabeza ante nadie, independientemente de su condición. Por eso, rogamos que nos disculpe por no inclinarnos ante usted.

—Estoy familiarizada con sus rituales.

La emperatriz hizo el ademán de querer entrar más allá.

—Disculpe. —El hombre del martillo se interpuso en su camino—. Nadie que no se haya sometido a nuestro rito de purificación puede entrar en el círculo interior del templo. Por otra parte, además, su majestad es… —Buscó la manera adecuada de decirlo.

—Soy mujer, ¿verdad?

—De hecho, ninguna mujer ha estado en estas estancias —respondió él, aliviado al ver que ella lo entendía—. Como el anuncio

de su visita nos ha llegado con tan poca antelación, nos ha sido imposible preparar una estancia para recibir a su majestad.

Sissi sintió el impulso de recordar a esos doce bichos raros, con sus delantales y sus sombreros de copa, a quién tenían delante. Pero se contuvo.

—Veo que allí hay una butaca muy cómoda. ¿Puedo sentarme en ella?

—Bienvenida a la antecámara de nuestro templo.

Le habría encantado ver lo que había más allá de la puerta con un sol dorado que indicaba que detrás de ella estaba el verdadero refugio de los masones. Sissi tomó asiento.

—Permítame que me presente con retraso —dijo el hombre del martillo—. Me llamo Gustav Pradler von Steinhof y soy el gran maestre de la Gran Logia de Austria.

Sissi sabía que los Pradler von Steinhof eran duques de Salzburgo de la más antigua nobleza. Pero, como la igualdad y la fraternidad eran principios supremos de la masonería, omitió su título ducal.

—¿Qué le lleva a honrarnos con su visita, majestad?

—Me interesan las corrientes de la masonería y me gustaría llegar al fondo de sus orígenes.

Los doce hombres rodearon a la emperatriz.

—Pregúntenos, se lo ruego —la animó Pradler von Steinhof.

—Como admiradora de Wolfgang Amadeus Mozart, me interesa especialmente la logia a la que él pertenecía, la logia Zur Wohltätigkeit.

—Sí, oh, sí… Ah, sí…

Un murmullo recorrió aquel grupo de hombres, como si la emperatriz hubiera sacado a relucir un tema que les resultaba especialmente agradable.

—La logia Zur Wohltätigkeit sigue siendo hoy en día la preferida por artistas y eruditos —explicó el gran maestre—. Nuestro hermano Wolfgang Amadeus alcanzó el grado de maestro dentro de la logia.

—Eso ya lo sé. Sin embargo, hay un aspecto que no consigo resolver —continuó Sissi—. Ninguna de las fuentes de las que dispongo revela el verdadero y más antiguo origen de la masonería

y, por tanto, tampoco el de la logia Zur Wohltätigkeit.

—Eso es porque no hay textos escritos en alemán sobre la historia de sus orígenes —respondió Pradler von Steinhof.

—¿Y cómo se explica tal cosa? La Gran Logia debería disponer de esos documentos, fuera en el idioma que fuera.

—Los fundadores de la masonería moderna, a los que nosotros también nos sentimos hermanados, no eran originarios de Austria ni de Alemania, majestad.

—¿Acaso eran de Francia?

—La logia masónica más antigua del mundo es la de Edimburgo, que tiene su sede en la Capilla de María, en Escocia.

—¿En Escocia? —repitió Sissi con asombro.

Pradler von Steinhof dio un paso al frente ante la emperatriz.

—La logia fundadora tiene sus orígenes en el año 1599; en cambio, la Gran Logia de Austria no se creó hasta finales del siglo xvii. Lamento no poder darle más detalles al respecto, ya que los escritos históricos tienen que permanecer en Edimburgo y no pueden salir de la Capilla de María. Como los primeros hermanos eran monjes, sus escritos fueron redactados en griego antiguo.

—¡¿Cómo?! —exclamó Sissi. Habló tan alto y de forma tan poco imperial que su voz resonó por todo el vestíbulo.

—El griego antiguo era la lengua universal de los eruditos antes de ser sustituida por el latín —explicó Pradler.

—Eso significa que… —Sissi se levantó de un salto—. ¿Y dice usted que los documentos fundacionales escritos en griego antiguo se encuentran en Edimburgo?

Mientras hablaba, Sissi llegaba al convencimiento de que aquel escrito misterioso en la pared, que hasta entonces se le había resistido obstinadamente, solo podía descifrarse con la ayuda de los documentos de los masones escoceses.

—¿Y dice usted que la carta fundacional no puede salir de Edimburgo bajo ningún concepto? —preguntó para asegurarse.

—Ni siquiera puede sacarse de la Capilla de María —respondió Pradler—. Pero no comprendo por qué todo ello altera tanto a su majestad.

El nerviosismo de la emperatriz se contagió al instante a los

hermanos presentes, cuando desde el exterior llamaron tres veces a la gran puerta, no con el debido respeto, sino de forma exigente, casi furiosa.

—¿Le acompaña alguien, majestad? —preguntó el gran maestre.

—He venido sola.

Los golpes se convirtieron en auténticos martillazos.

—¿Qué pasa…? ¿Quién puede…? ¿Cómo se atreve a…? —se preguntaron los unos a los otros hasta que Pradler indicó con un gesto a un hermano más joven que abriera. La puerta pesada se abrió de par en par.

Entró un oficial con sable y botas altas. Tras acomodar la vista a la penumbra, pasó junto a los hombres atónitos y se encaminó directamente hacia la emperatriz.

—¡Majestad, se requiere de inmediato su presencia en el Hofburg!

Meinradt no se limitó a decir aquello, sino que prácticamente se lo gritó a Isabel.

—¿Se requiere? —respondió ella—. ¿Acaso es ese el tono adecuado para dirigirse a la emperatriz, coronel? Todavía no he terminado aquí. Aguarde fuera.

A una señal de Meinradt varios oficiales se situaron en la entrada.

—Estoy autorizado, si es preciso, a escoltar a su majestad —respondió el coronel. Su voz era tan gélida como su mirada.

Sissi inspiró profundamente.

—Cuando el emperador sepa lo que está pasando aquí…

—Vengo de parte del emperador —la interrumpió Meinradt—. Este es su deseo. —Tras una pausa, Meinradt añadió—: Es orden suya.

17

Por supuesto, aquello no se podía considerar una bronca de pareja. Pero ¿de qué otra forma lo describirían los consejeros de la corte de Hofburg, los lacayos, las doncellas, los maestros de ceremonias, los ministros y los secretarios de Estado que desempeñaban sus funciones en el antiguo castillo? No se atrevían a valorar la tormenta desatada en el centro del poder de la monarquía. De hecho, guardaban silencio en una calma tensa, temerosos de que la tormenta pudiera descargar también sobre ellos.

La pareja imperial libró una disputa como las que tal vez eran habituales entre los matrimonios burgueses, pero que nunca se había producido en las estancias de la residencia imperial y que fue el enfrentamiento más violento, elocuente y feroz que Francisco José, en virtud de su cargo y de su carácter, se había permitido jamás. Se dijeron y se gritaron cosas desagradables, unas palabras que resonaron entre los viejos muros y que fueron oídas por demasiadas personas. Nadie se atrevió a repetirlas. ¿De verdad el emperador se expresó de ese modo? ¿La emperatriz le plantó cara con esos exabruptos tan típicamente altobávaros? La disputa alcanzó la magnitud de un cataclismo. Los insultos proferidos equivalían a agresiones físicas.

¿Qué había sucedido? Nadie lo sabía con certeza. La emperatriz era conocida por su gran independencia, que el emperador solía tolerar. Ninguno de sus viajes de varias semanas a Madeira, Montecarlo, Corfú o Inglaterra había provocado una reacción tan airada por su parte como en esa ocasión, y eso que, según se decía, ella solo había ido al centro de la ciudad.

—¡Vas dejando una estela de muerte a tu paso! —exclamó Francisco José, cuando la grandilocuencia de la discusión ya empezaba a remitir.

—¿Acaso ahora te dedicas a la poesía dramática, Francisco? —

refutó ella—. ¡No estás hecho para eso! Esa «estela de muerte», como tú la llamas, puede que tenga que ver con que soy la única capaz de ver una relación entre los sucesos.

—Pero tú no estás en posición de meter las narices en estos asuntos. Para eso tengo a la policía.

—¡Que hasta ahora no ha avanzado ni un solo paso! —Sissi arremetió contra el emperador—. ¿Sabes por qué ese perro guardián tuyo, el coronel Meinradt, se ensaña conmigo con tanto ahínco? ¡Porque en este caso no tiene nada que mostrar!

Con los brazos extendidos, Francisco José iba de un lado a otro por la sala de los espejos, de tonos rojo y dorado, donde solía conceder condecoraciones y leer proclamas.

—¡Pero por tu parte no debe haber ningún caso ni ninguna investigación! Tampoco debes actuar como una detective de incógnito ni plantear preguntas incómodas a los masones. ¡Eres la emperatriz de Austria! Tu tarea es representar al Imperio que yo gobierno.

Sissi se sentó en el canapé que había bajo el retrato del príncipe Eugenio tras su victoria sobre los turcos.

—Por volver al tema de la estela de muerte… Por favor, siéntate a mi lado, Franz. Me vuelves loca cuando revoloteas por ahí como un pájaro asustado.

—¿Que yo… te vuelvo… loca? ¿A ti? —exclamó él con una risa burlona—. ¡Eso será la broma del día!

—¿Cómo murieron esos joyeros?

—¿Qué? ¿Cómo? —preguntó desconcertado.

—¿Les dispararon, los envenenaron, los estrangularon…?

—¿Es que no piensas parar?

A grandes zancadas, volvió a acercarse a ella desde el otro extremo de aquel salón enorme.

—¿O tal vez murieron apuñalados?

El emperador se detuvo tan bruscamente como si se hubiera dado contra un muro invisible.

Sissi asintió satisfecha.

—Así que apuñalados. Me lo figuraba.

—Pero ¿cómo puedes… saberlo?

—Porque el asesinato de Schönbrunn y el de los dos joyeros están relacionados. ¡Si me creyeras…!

Francisco José, agotado por una situación a la que un emperador nunca se exponía, encontrarse en el centro de un fuego cruzado de acusaciones, se arrodilló ante Isabel.

—Estoy muy preocupado por tu seguridad. Si mi policía no puede protegerte de este tipo de sucesos en Schönbrunn, en Auhof o en el centro de la ciudad… ¡tú podrías ser la próxima víctima!

Como si fuera una maestra con su alumno, Sissi le posó la mano sobre el hombro.

—Entonces, ¿tú también empiezas a creer que se trata solo de un único autor, Francisco? El profesor Horváth, Ignaz Rozet y Franz Karl Fischmeister han muerto apuñalados. Esos asesinatos llevan la firma de un asesino. Y es posible que en ambos casos ese hombre entrara también por el tejado. ¿Estoy en lo cierto? —Sissi notó que Franz tenía el rostro demudado, lívido como un cadáver—. ¿Fue así? ¿Verdad que sí? —exclamó ella con regocijo.

—Empiezas a darme miedo, Sissi —susurró él.

—¿Y por qué? El autor debe de ser alguien extremadamente atlético, de lo contrario no habría podido trepar por la fachada de Schönbrunn. En la casa de los joyeros, la hazaña tuvo que ser más sencilla. La pregunta importante es: ¿por qué lo hizo? Puede que en Schönbrunn le interesaran los diamantes, que Horváth lo sorprendiera durante su incursión y que pagara aquello con su vida. En el caso de Rozet y Fischmeister, debe de haber otro motivo. ¿Les robaron algo?

El emperador, resignado, negó con la cabeza.

—Ni una sola pieza.

—¡Lo ves! ¡Supongo que esos dos hombres sabían alguna cosa! Algo de tal trascendencia que tuvieron que morir para guardar el secreto.

Franz Joseph se levantó, se alisó el uniforme y bajó la mirada hacia su esposa.

—No me dejas otra opción, Isabel. Como no se puede descartar la sospecha del coronel Meinradt de que tu visita a los joyeros provocara su asesinato, voy a acceder a su ruego. Él quiere

interrogarte a ti, la emperatriz, sobre este asunto.

Si el emperador contaba con una negativa, se equivocó. Sissi se levantó de un salto.

—Una gran idea, Franz. No tiene ningún sentido que la Policía secreta y yo no colaboremos. Juntos será más fácil resolver el caso.

—¡Tú no tienes ningún caso que resolver! —La voz del emperador adoptó un volumen nunca oído. Enderezó el torso—. Además, tengo otra noticia desagradable para ti. A partir de hoy, retiro a la condesa Pallavicini de su cargo como tu dama de compañía. El coronel Meinradt me ha informado de su infamia como cómplice tuya.

—¡Pero si fui yo quien me hice pasar por la condesa! Ildikó no ha hecho nada malo.

—Sissi… —El rostro del emperador reflejaba una mezcla de seriedad, decepción y preocupación—. No fue un abeto el que rompió la ventana de tu habitación, fuiste tú misma. Estando en el tercer piso te encaramaste por la fachada del edificio. Pones tu vida en peligro de forma constante y, además, me engañaste al fingir tu deseo amoroso.

Ella lo miró a los ojos con franqueza.

—No, Franz. No fue fingido. Yo te deseo tanto como el primer día.

—Eso no va a ser para siempre. Haré todo lo posible por revocar esta decisión.

—Lo supe desde el principio —respondió la condesa Pallavicini con aire sombrío. Había llorado durante horas cuando se le comunicó que debía desalojar sus aposentos. Ahora, ante la emperatriz, ya no le quedaban ni lágrimas ni sentimientos, salvo los de una empleada despedida.

—¿Qué es lo que sabías? —repuso Sissi afectada al ver que, en apariencia, no quedaba ni una chispa de afecto entre ellas.

—Usted es la emperatriz, a usted nadie le hará nada. Pero la corte necesita un chivo expiatorio. Y ahora tengo que ofrecerme en sacrificio.

Sissi dio un puñetazo sobre el escritorio.

—Si es así como ves las cosas, ¡quizá sea lo mejor…! —reaccionó con tanta rabia porque se dio cuenta de que Ildikó estaba en lo cierto. La buena y amable condesa había sido la mejor dama de la corte que la emperatriz habría podido desear, en el sentido más estricto del término. Pero ella le había exigido convertirse en una intrigante y que participara en empresas arriesgadas. Ildikó no había sido capaz de aquello. Y ahora la iban a enviar a Hungría.

—¿Qué planes tienes a partir de ahora? —preguntó Sissi con tono más suave.

—No tengo planes —respondió la condesa con sobriedad—. Tengo que ir a Gödöllö, a ver a mi primo.

—¿A Gödöllö? ¡Oh, qué maravilla! —exclamó la emperatriz—. Me encanta ese castillo, la verdad es que te envidio por poder ir allí.

—¿Su majestad se burla de mí? —preguntó la condesa con frialdad.

—¡Al contrario! ¡Ese castillo siempre ha sido para mí un refugio cuando Viena me resulta insoportable! Tal vez pueda ir a visitarte allí.

La condesa reflexionó un momento.

—Me gustaría dejar las cosas claras, majestad. Como sabe, le he sido fiel hasta lo más profundo de mi alma. Ahora eso ya no me es permitido. Por ello, una visita de su majestad a Gödöllö me causaría dolor. Le ruego que se abstenga de hacerlo.

—Ildikó, ¿tanto te ha afectado?

—No es para tanto, majestad. —Ambas sabían que eso era una mentira—. Todos tenemos que servir a la monarquía. A partir de ahora, yo la serviré desde Hungría. —Hizo una reverencia de corte y se retiró.

Isabel se quedó ahí, sola y, a la vez, rodeada por cientos de cortesanos.



LA DAMA
DE COMPAÑÍA

18

Por las mañanas se bañaba en agua helada, se sumergía en ella y hacía que su doncella cronometrara el tiempo que aguantaba. Sissi ya lograba contener la respiración durante casi dos minutos.

Aquel aguantar el aire en los pulmones se convirtió en una alegoría de su vida. En los actos oficiales que no podía rechazar, adoptaba su porte de emperatriz, como una máscara, y se encerraba en sí misma. Cuando cenaba junto al emperador con un grupo numeroso de personas, solo intervenía en la conversación cuando era estrictamente necesario y se retiraba de la mesa tan pronto como le era posible. Apenas salía de sus aposentos y, por lo tanto, no necesitaba los servicios de su nueva dama de compañía. Era la revancha de Sissi por haberle quitado a la condesa Pallavicini, una actitud ridícula que no hacía más que complicarle la vida. Pero no tenía a nadie con quien hablar o jugar a las cartas, ni que la acompañara a montar a caballo en la Escuela Española de Equitación.

Era difícil entender por qué se había ascendido precisamente a la baronesa Suzanna von Petrova al cargo femenino más alto de la corte. Pero Sissi sabía ver el auténtico motivo: era una tía del coronel Meinradt y era exactamente la persona que él necesitaba. Tenía una complexión robusta y, por lo tanto, no podía actuar como doble de la emperatriz. Además, parecía poco imaginativa y de una paciencia inquebrantable, aunque siempre observaba con atención todo lo que Sissi hacía. Isabel estaba convencida de que comunicaba cada palabra que pronunciaba, cada paso que daba y cada uno de sus actos al coronel.

Pese a que se había propuesto no simpatizar con la baronesa, había algo en aquella mujer que fascinaba a la emperatriz. No era una belleza, pero se movía de tal modo que le hacía pensar en las bailarinas de la Antigüedad, las bayaderas. En su mirada brillaba un

fuego que Sissi consideraba astuto y traicionero, pero que en realidad revelaba un saber enigmático.

Imbuida de esa extraña superioridad, un día la baronesa se acercó a la emperatriz, le hizo una reverencia de corte, alzó la mirada y dijo:

—No le caigo especialmente bien.

—¿Cómo se atreve… a dirigirse a mí de esa manera? —farfulló Sissi, que no esperaba ese comentario.

—Sería mejor que yo le cayera bien, majestad, por el bien de ambas.

—O se calla de inmediato o hago venir a la guardia.

La dama obedeció.

Al día siguiente, mientras daba su paseo matutino, Isabel vio a la baronesa en el parque del palacio y se dirigió hacia ella.

—¿Por qué cree que deberíamos caernos bien?

Como había sido la emperatriz quien la había abordado, Suzanna von Petrova debería haber hecho de nuevo una reverencia de corte, pero se quedó inmóvil.

—Porque su majestad cree lo que el coronel Meinradt quiere que crea.

—¿Y qué sería eso?

—Que yo soy una espía de Meinradt.

—¡Y lo es! —respondió Sissi con brusquedad.

—Eso es lo que cree el coronel.

—¿Acaso va usted a decirme que no es su espía?

—A cualquier espía se le puede hacer cambiar de bando, majestad. —Una leve sonrisa asomó en el rostro de Suzanna.

—Si no espía para Meinradt, entonces ¿para quién?

—¿No le extraña que se me concediera un puesto de honor como este precisamente a mí? No soy duquesa ni condesa, tan solo soy una baronesa que no pertenece a ninguna de las casas más distinguidas de Austria. Mi educación deja mucho que desear y ni siquiera hablo bien el alemán, sino esa jerigonza que se habla cerca de la frontera húngara.

Sin apenas reparar en ello, Sissi comenzó a caminar junto a la baronesa.

—Ya me había fijado en su acento. ¿De dónde…?

—Soy alemana de Transilvania, majestad, me crie en Bucovina. Soy, por así decirlo, una mezcla imperial y real.

—Me dijeron que usted era la tía del coronel Meinradt.

La baronesa sonrió.

—Así lo ha querido él.

—Pero ¿qué pretende? —respondió Sissi, cada vez más intrigada.

—Lo de la supuesta «tía» fue idea suya.

—Sí, pero ¿no es usted…?

—Ni por asomo. Mi Siggi no es tan intachable como parece.

—¿Qué Siggi?

—El coronel.

—¿El jefe del servicio secreto de su majestad se llama Siggi? —Sissi se rio para sus adentros—. ¿Y por qué dice que no es tan intachable como parece?

—Su padre era un tendero judío de Czernovitz. Pero Siggi, que es muy ambicioso, quería salir de la provincia, hacer carrera. Así que se convirtió al catolicismo, pasó de llamarse Schmuel a Siegfried y se alistó en el Ejército. Fue entonces cuando nos conocimos.

¿Y si la sospecha de Sissi era cierta?

—¿A qué se refiere con «nos conocimos»?

—Por aquel entonces él era alférez en los ulanos.

—¿Usted y el coronel Meinradt tuvieron… una relación?

Sissi no pudo reprimir una risa. Pero al instante siguiente se puso muy seria: se había dejado llevar por la historia de la baronesa con demasiada ligereza.

—¿Por qué me cuenta esto?

—Todo el mundo sabe que el corazón de su majestad late por los húngaros, por ese pueblo fuerte y orgulloso. Pero hay otros pueblos que viven a la sombra de los Habsburgo y que son tratados como naciones de segunda clase.

La frase quedó suspendida como una losa entre la baronesa Von Petrova y la emperatriz de Austria. Un simple gesto de Isabel habría bastado para que detuvieran a esa mujer, acusada de alta traición. Por todo el territorio, las aspiraciones nacionalistas de distintos pueblos daban quebraderos de cabeza al emperador. Cuando

apagaba un incendio en un lugar, se encendía uno nuevo en otro. Isabel era emperatriz en un Imperio amenazado.

—¿Es usted nacionalista?

—No, majestad. A los habitantes de Transilvania nos va bien bajo la administración de Austria. Yo, personalmente, no estoy en contra de la casa de Habsburgo.

—Y, sin embargo, baronesa, hay algo de la monarquía que usted desprecia, si no es que odia, ¿verdad?

—Odio la arrogancia y la condescendencia —respondió Suzanna —. Si Meinradt cree que puede comprarme y utilizarme para sus propios fines, se equivoca.

Sissi dio un paso atrás.

—¿Por qué debería creer todo lo que dice?

—No tiene por qué creerme, majestad, no, al menos, de inmediato. Sé que la confianza hay que ganársela. Por eso solo le pido que tenga en cuenta que somos mujeres.

—Mujeres, ¿y qué?

—Los húngaros, y como ellos también los demás pueblos de los Habsburgo, pueden unirse de una forma u otra. Pero en el Imperio no hay ningún sitio en que las mujeres nos podamos aliar entre nosotras. Y eso que somos la mitad de la población.

Isabel dio unos pasos, se detuvo y se volvió.

—¿Usted y el coronel Meinradt, en serio? —Sonrió—. ¿Cómo es él, su Siggi? Para mí solo es un tipo muy molesto.

—Siegfried es un caballero de mundo, eso hay que reconocerlo.

—¿Pero?

—Pero es un amante mediocre.

Isabel soltó una carcajada tan alegre que los gorriones que la rodeaban alzaron el vuelo.

Dos semanas más tarde, la baronesa Von Petrova preguntó:

—¿Su majestad no tiene ganas de vacaciones?

El verano había pasado ya su punto álgido, y agosto se desplomaba con fuerza sobre la ciudad. La gente se quejaba del calor y, al mismo tiempo, disfrutaba de él como el último regalo de

esa hermosa estación. Isabel y su dama de compañía mantenían un cauteloso baile de atracción y repulsión, en función de si Sissi creía tener en Suzanna una nueva aliada o si la veía como una víbora astuta del coronel Meinradt.

—Aún no siento ganas de irme de vacaciones —respondió Sissi sorprendida—. Viajar a Corfú o a Madeira solo me parece oportuno a finales de otoño, cuando el tiempo de Viena se vuelve insufrible.

Ella y la baronesa estaban sentadas en un pabellón apartado situado en el lado norte de Schönbrunn. Estaban rodeadas de una espesa vegetación, por lo que fácilmente uno se podría creer en el bosque.

—Hay destinos que no se encuentran en el sur, majestad —respondió Suzanna.

A Isabel le asombró la insistencia de la baronesa en el tema.

—¿Qué quiere usted decir?

—En los últimos tiempos la he visto estudiar libros sobre Escocia y Edimburgo.

Sissi se puso de pie de un salto.

—¡Me está usted espiando! ¿El coronel Meinradt sabe también de mi interés por Escocia?

Como la emperatriz se había levantado, la baronesa tuvo que hacer lo propio.

—En lo referente a su majestad, al coronel no le cuento más que banalidades.

De nuevo tenía la sensación de que esa mujer estaba jugando a un doble juego muy peligroso. Sissi miró a su interlocutora con desconfianza.

—¿Meinradt le ha comentado dónde me detuvo el otro día para luego delatarme ante el emperador?

Suzanna asintió.

—Así es. Su majestad fue a visitar la logia masónica que hay en el centro de la ciudad.

—Y, por supuesto, también estará enterada del asesinato de los dos joyeros.

—Para eso me bastó con abrir un periódico.

—Y entonces habrá deducido algunas cosas, ¿verdad? —exclamó

Sissi con un tono de indignación creciente—. ¿Y qué me puede decir? ¿Ha dado ya con la solución?

Con mirada franca, la baronesa respondió:

—Ignaz Rozet y Franz Karl Fischmeister eran masones.

—Y ahora usted ve que su emperatriz se entretiene mirando libros sobre Edimburgo. ¿Y qué deduce de ello?

—Depende de las conclusiones que su majestad extraiga de ello.

Sissi se sentó y permaneció callada unos instantes.

—Los joyeros, los masones, Escocia. Ya sabe algunas cosas sobre el contexto general. Evidentemente, también debe de saber por qué despidieron a mi antigua dama de compañía.

—Porque no era la persona adecuada.

La respuesta fue tan sencilla y clara que Isabel se quedó boquiabierta mirando a la baronesa.

—¿La persona adecuada para qué?

—Una persona puede tener la voluntad de servir a otra de forma incondicional, pero para ello hace falta tener el carácter necesario y los medios adecuados. Conocí a la condesa Pallavicini. Es una persona encantadora, pero en su vida ella necesita un asidero. Su majestad, en cambio, rechaza cualquier tipo de apoyo. Usted prefiere llevar la vida al borde del abismo.

Sissi negó con la cabeza, sorprendida.

—Merecería que la hiciera detener de inmediato por una de cada dos frases que pronuncia. ¿No teme que algún día lo llegue a hacer?

—No, yo no le temo a nada, majestad. Y después del breve tiempo que he tenido el honor de servirla, sé que usted misma considera el miedo el más inútil de los sentimientos.

Sissi abandonó el pabellón. Suzanna la siguió con una sombrilla. Ambas avanzaron a paso rápido, y la grava crujía bajo sus suelas.

Sissi se giró.

—¿A qué ha venido eso de antes sobre las vacaciones? ¿Por qué me propone…? —De pronto, levantó la vista con asombro—. ¿No estaba usted diciendo que podría ir a Edimburgo…?

La baronesa asintió.

—¿En qué piensa su majestad en este momento?

—Estoy pensando en… el Miramar —respondió Sissi.

Suzanna sonrió.

—Si no me equivoco, el yate imperial Miramar se encuentra actualmente en el puerto de Trieste.

19

—Vamos, acompáñame.

Sissi abrazó al emperador.

—No puedo.

Ella le rodeó el cuello con los brazos sintiendo cuán tierno era, en el fondo, su Franz. Esa estúpida barba ocultaba prácticamente todo lo que había de adorable en su rostro.

—Aun así, ¿no te importaría que me fuera de viaje?

—De hecho, me parece una idea excelente. Ya va siendo hora de que vuelvas a sentir la brisa en la cara. Ojalá yo también pudiera.

—¡Claro que puedes! Eres el emperador. ¿Qué te lo impide?

—Precisamente el hecho de ser el emperador. —Se enderezó—. ¿Y adónde quieres ir?

—Ah, ya sabes que a veces, cuando monto, dejo que el caballo decida. Esta vez querría…

—¿Dejarle la decisión al barco?

Ella esquivó la delicada respuesta.

—¿Por lo menos me acompañarás al yate?

Él dio unos pasos atrás, pensativo.

—Tal vez eso… no sea mala idea. El Miramar está en Trieste. En pocas horas podría estar en Venecia. ¿Qué te parece ir los dos juntos a Venecia antes de que te marches?

Sissi se dijo que Franz tenía en mente los movimientos independentistas del Véneto. Pero ¿acaso podía reprocharle que siempre tuviera presente la razón de Estado? Franz había atendido el deseo de Isabel y la dejaba partir. Por lo tanto, era justo que ella atendiera el suyo.

—De acuerdo, hagámoslo, Franz. ¿Cuándo sería posible?

Franz, sorprendido al ver que ella no ponía ninguna objeción, la besó.

—¿Cuándo? Hoy mismo mandaré llamar a los enviados

diplomáticos y al ministro de las provincias del norte de Italia. Soy el emperador, y punto. ¡Viajaré cuando me dé la gana!

Ella le devolvió el beso.

—¡Ay! ¡Qué ganas tengo!

El cielo estaba gris y el viento era húmedo. Isabel contemplaba las partículas de polvo de carbón que el yate de vapor devolvía a la costa apelmazadas por la humedad. Cuando empezó a llover, la tripulación tendió un toldo de lona. Aunque era verano, Sissi sintió frío enfundada en aquel vestido tan fino. El mar y el cielo estaban turbios y plomizos; la lluvia aparecía velada por la niebla.

Poco a poco, el barco se alejó de la orilla y dirigió la proa hacia la laguna mientras, detrás de Isabel, los venecianos vitoreaban a su emperatriz. Había cumplido los deseos de Franz: la visita a Venecia había contribuido a pacificar la provincia y Francisco ya estaba de camino de regreso a Viena con la felicitación del Consejo de Estado asegurada. El yate imperial había zarpado de Trieste y había recogido a Isabel en el puerto de Venecia, acompañada por la baronesa Von Petrova. El barón Johann von Levetzow, que era capitán de la Marina del Miramar desde hacía muchos años, y sus oficiales serían los encargados de su seguridad.

Tenía la vista puesta en la inmensidad. Bajo la cúpula nebulosa del cielo se extendía la extensión infinita del mar. En ese espacio carente de límites, uno perdía la noción del tiempo. En aquella penumbra, Isabel entendió, tal vez por primera vez, el mito de Venecia. Se sentía libre y relajada, casi se diría satisfecha con su vida.

El cielo se desgarró y el sol se abrió paso. En pocos segundos la niebla se disipó. Sissi se volvió por última vez. La costa llana, animada por los barcos de pesca. El Lido, el canal de San Marcos, el más prodigioso lugar de desembarco, una delicada magnificencia. Las columnas con el león y los santos que la Serenísima ofrecía a los navegantes que se aproximaban. El suntuoso costado de aquel templo de cuento de hadas, la vista del arco de entrada y el gran reloj. Sissi contempló aquella deslumbrante composición. Su camino

la llevaba a otra parte.

También en las aguas, a Isabel le gustaba viajar de forma anónima. Le venía bien que el yate estuviera pintado de negro y que solo en las chimeneas reluciera el amarillo de los Habsburgo. Cuando el Miramar no estaba engalanado con banderas, se podía tomar por una embarcación cualquiera. Además del toldo, Isabel había mandado adornar la cubierta de popa con palmeras y plantas exóticas; eso le permitía contemplar el mar y la costa sin ser observada. A bordo del Miramar había viajado por Istria, Italia, Corfú, Egipto, Palestina, el Imperio otomano y Sicilia, pero el barco nunca había salido del Mediterráneo.

Cuando el yate a vapor se acercó a Gibraltar, el capitán Von Levetzow solicitó una entrevista con Sissi. En el salón de la emperatriz, el hombre, que era de mediana edad, guardó la posición de firme. Mientras que en los aposentos de Francisco José los interiores se mantenían oscuros, a Sissi le gustaba el rojo aterciopelado de sus propias estancias. En un medio de transporte tan romántico como el Miramar, la decoración interior podía ser tan kitsch como uno quisiera.

—Vamos a poder mantener el rumbo según las instrucciones, majestad. —Aunque Von Levetzow formuló una afirmación, el tono que empleó era el de una pregunta.

—Estupendo, capitán. ¿Cuándo vamos a pasar el peñón de Gibraltar?

—Hemos recibido la autorización para el paso; en media hora deberíamos alcanzar el Atlántico.

—Subiré a cubierta. Por favor, dispongan el toldo de privacidad en la cubierta superior.

—A sus órdenes, majestad. —Von Levetzow hizo un saludo, pero no se retiró.

—¿Hay alguna otra cosa?

—La costa portuguesa y también la española deberían ser del agrado de su majestad. En general, vamos a poder disfrutar de un viaje agradable hasta las islas del Canal de la Mancha.

—¿Y qué viene después de las islas del canal?

—El mar del Norte, majestad.

—Hasta donde yo sé, ya hay barcos que lo han atravesado.

—Por supuesto, majestad. —Von Levetzow sonrió al ver que la emperatriz había bromeado—. Sin embargo, a la altura de Norwich se prevé tormenta.

—¿Y no se podrá esquivar esta tormenta?

—Para ello tendríamos que rodear Gran Bretaña por el mar de Irlanda, y, al parecer, el tiempo en las Hébridas tampoco parece que vaya a ser mejor.

Sissi se puso en pie.

—¿Qué le preocupa, capitán? ¿Acaso un barco de este tamaño no puede hacer frente a una tormenta?

El barón Johann von Levetzow era un alemán del norte que se había casado en Trieste, donde había ascendido rápidamente en la Marina Imperial y Real.

—Nací en Bremen, majestad. El mar del Norte es, en cierto modo, mi bañera.

—Precisamente por eso es usted la persona adecuada para navegar en su bañera hasta la costa escocesa.

El tiempo a lo largo de la costa de la península ibérica fue espléndido; Lisboa y Bilbao resplandecían bajo el sol. Al pasar junto a la isla de Guernsey, en el cielo no había ni una nube. Más allá de Calais, el barómetro anunció la llegada de una borrasca, pero Von Levetzow confiaba en poder esquivar la tormenta navegando a toda máquina. La máquina de vapor del Miramar alcanzaba los dieciocho nudos por hora. Por la tarde se levantó un viento racheado. La tripulación retiró todo el mobiliario de las cubiertas. Pusieron a salvo las plantas más pequeñas, las macetas con las palmeras se dejaron en manos de Dios.

Al cabo de poco rato, el capitán Von Levetzow se debatía para maniobrar por el mar del Norte esa nave diseñada para el Mediterráneo. Las olas eran verdaderas torres de agua que se precipitaban contra el Miramar y se estrellaban sobre la embarcación, acostumbrada a la bonanza. Se encontraban aproximadamente a la altura de Middlesbrough, al este de Gran

Bretaña, aunque con aquel tiempo era imposible determinarlo con certeza.

A la emperatriz y a su dama de compañía se les había pedido que permanecieran bajo cubierta, pero cuando el salón escoró hasta el punto de que el reloj barroco se cayó de la repisa de la chimenea, Sissi se levantó y, tambaleándose, subió por la pendiente inclinada que conducía a la puerta. Para no caer, se iba apoyando en las paredes.

—¡Majestad, no facilita para nada la labor de la tripulación si sale usted del camarote! —dijo Von Petrova a gritos. No podía hacerlo de otro modo, pues el estruendo de la tormenta le habría impedido hacerse oír. La baronesa se había atado a su asiento, el cual estaba anclado al suelo.

—¡No puedo permanecer más tiempo aquí sentada! —gritó la emperatriz abriéndose paso hacia la escalera.

Cuando Isabel llegó al puente, la reacción de la tripulación le pareció grotesca, pues se esforzaron por hacerle una reverencia mientras el barco se balanceaba.

—¡Su majestad debería bajar a cubierta! —gritó Von Levetzow.

—¡Ya estoy aquí! ¡No creo que nos vayamos a hundir de inmediato!

—¡Hay una vía de agua en los mamparos tres y cuatro! —gritó el capitán a su vez.

—¿Una entrada de agua?

—¡Tengo que cerrar los mamparos!

—Pero hasta hace un momento el viento no era motivo de preocupación.

—¡Esto es el mar del Norte, majestad! ¡El viento hace lo que le da la gana! ¡¡¡A estribor!!! —le gritó al timonel, que maniobraba entre olas altas como edificios.

—¿Podemos regresar? —Un mechón de pelo se soltó del peinado de Sissi y le cayó sobre la cara.

—¡Ya hemos pasado ese punto! La costa alemana está más lejos de nosotros que la inglesa.

Sissi contempló fijamente la furia que se agitaba ante las ventanas del puente de mando. Parecían estar en las fauces de una

bestia, una locura arremolinada que amenazaba con devorarlos.

—¿Alguna vez el Miramar ha superado una tempestad?

—Sí, majestad. ¡Pero el Mediterráneo no se puede comparar con esto! ¡Alejad la proa del viento! —ordenó Levetzow.

Isabel observó que el timonel sujetaba el timón con todas sus energías, pero que la fuerza del agua amenazaba con arrebatarle el control.

Cuando el atardecer dio paso a la noche, el barco no seguía ya ningún rumbo. El Miramar zozobraba por el mar del Norte y Levetzow ordenó activar las bombas en las entrañas del barco.

—¿Dónde estamos? —gritó Sissi.

—Por allí la costa escocesa deb… —El capitán no terminó la frase, pues una ola rompió sobre ellos. Miró a la emperatriz—. No tengo ni idea de dónde estamos.

Isabel observó el indicador del motor. La aguja oscilaba de un lado a otro.

—¿Resistirá la máquina de vapor?

—Es potente, pero ya tiene unos años.

La siguiente ola fue tan alta que cayó sobre el barco como si fuera una pared de agua.

—¡Franz…! —susurró Sissi.

—¡Vamos a volcar! —gritó el primer oficial.

—¡No diga tonterías! —le espetó Von Levetzow—. Ponga el barco a barlovento —ordenó al timonel.

—¡Entonces nos va a derribar!

El capitán, sin inmutarse, observó cómo el Miramar iba en paralelo a la ola. Esta rompió sobre el barco, pero no lo volcó.

—¿Cómo lo ha sabido? —farfulló el contramaestre.

—La bañera —susurró Sissi—. Levetzow sabe cómo manejarse en su bañera.

El motor se debatía incansable contra las fuerzas de la naturaleza. Y de este modo pasó la noche. Al amanecer, la tormenta amainó y el mar se calmó. Una capa de niebla cubría las aguas. Von Levetzow tuvo el último turno y, aunque apenas podía sostenerse en pie, se podía decir que se agarraba al timón. La emperatriz había permanecido con él en el puente toda la noche.

Al cabo de un rato, que a Sissi le pareció interminable, la niebla comenzó a disiparse. Extenuada como estaba, no supo distinguir de inmediato los contornos. Pero por fin miró al capitán.

—¿Eso es…?

Por encima de la bruma asomó un cielo azul bajo el cual se divisaba la costa.

—Podría ser.

—Nos ha llevado hasta la costa, barón Von Levetzow. —Isabel le tendió la mano—. Muchas gracias.

—Permítame dejar clara una cosa, majestad: no hay nadie más sorprendido que yo.



EDIMBURGO

20

Por la mañana nada hacía pensar que habían estado a punto de ser engullidos por el mar del Norte. Suzanna e Isabel llevaban el pelo recogido en trenzas largas, negra la de la emperatriz, gris la de su dama de compañía. Después de la experiencia entre la vida y la muerte de la noche anterior, habían abandonado las formalidades cortesanas casi de modo automático.

—Dos damas.

—¿Y qué más? —preguntó la baronesa.

—Somos dos damas de visita en Escocia.

Sissi dejó que la brisa le acariciara la nariz.

—Usted es la emperatriz de Austria. En cuanto desembarque del yate imperial en Edimburgo…

—Pero no lo haré —dijo Sissi con una sonrisita.

—¿Acaso pretende usted ir nadando hasta Edimburgo?

—¡Ay, usted y sus bromas! —Haber escapado de la muerte había envuelto a Sissi en una ligereza desconocida. Tras la noche anterior las estúpidas preocupaciones que se solían tener habían perdido todo su sentido—. No iremos nadando, no… ¡Ah! ¡Ahí está!

El capitán Von Levetzow se acercó a la emperatriz con la formalidad protocolaria.

—Majestad…

—Querido Johann, se lo ruego —exclamó Sissi—. ¡Después de la guardia nocturna que hemos compartido esta noche, es imposible retomar el trato cortesano!

—Majestad, no sé…

—Pero yo sí: hemos sido compañeros de travesía. Usted, yo, la baronesa, toda la tripulación. Vamos a dejarlo así. —Antes de que el capitán pudiera decir nada, ella continuó—: Me gustaría poder moverme por Edimburgo sin ser molestada.

—¿Qué podría impedírselo a su majestad?

—Precisamente eso, esa maldita «majestad»; todos me verían como tal. Por eso quiero que fondee fuera del puerto y que a la condesa y a mí nos lleve a tierra en un bote.

—Eso sería posible, pero en breve vamos a entrar en territorio británico. Estoy obligado a informar a la capitanía del puerto y a la aduana.

—Pero en este momento todavía nos encontramos en mar libre, ¿no?

—Así es. En una media hora deberíamos llegar a la zona de las tres millas.

—¿Y si no llegásemos allí? Entonces, podría fondear en alta mar.

—Eso llamaría la atención. La Policía escocesa nos enviaría una lancha de patrulla.

—Le pido veinticuatro horas, Johann: ¿sería usted capaz de mantenernos a salvo de los escoceses por un día?

—Podría virar y dar una vuelta por mar abierto. —Se lo pensó mejor—. Pero, majestad, igualmente en el puerto le pedirán la documentación.

—Eso es lo fabuloso del caso. ¡Una emperatriz no tiene pasaporte! Y precisamente tomé precauciones para este caso. —Satisfecha, entornó los ojos volviéndose hacia la luz del sol—. Hace un rato he estudiado el mapa: he observado que un poco más allá de Edimburgo, en la entrada del estuario del Forth, hay un pueblo de pescadores.

—Debe de ser North Berwick.

—¿Su tripulación podría dejarnos allí?

—Por supuesto. Pero por lo menos debería enviar a un hombre para que la custodie, majestad.

—¿Qué tal el valeroso teniente que estuvo al timón anoche? Parece un hombre excelente.

—Le daré la orden al teniente Janosch. —El capitán regresó al puente.

—¡Que vaya de civil, como nosotras! —le gritó Sissi.

Aquel mismo día, una esbelta embarcación de color caoba, sin escudo ni pabellón, entró en el puerto pesquero de North Berwick. Allí, el espigón se adentraba profundamente en el océano,

acompañado de unos muros macizos que estaban reforzados, además, con una especie de raíles de acero.

—¿Para qué sirve eso? —preguntó Sissi.

—Durante las tormentas de invierno, la entrada al puerto se cierra con unos tablones de madera para que la marea no dañe las embarcaciones.

El teniente Janosch era un oficial de complexión delgada y de una edad similar a la de la emperatriz. Tras atracar, las ayudó a bajar a tierra.

No había ni un alma, y nadie vio llegar a los austriacos a la isla británica. Los escasos habitantes del puerto les saludaban amablemente con la cabeza. Había un pescador remendando unas redes y una joven vendía verduras en un puesto.

Con un inglés sin acento, Sissi le preguntó a la vendedora de verduras dónde se podía alquilar un carruaje; como respuesta obtuvo, en un escocés poco comprensible, que allí solo había un cochero que llevaba a los huéspedes desde y hacia Edimburgo.

Encontraron al hombre y Sissi negoció el precio. Al subir al carruaje, él le preguntó:

—Usted es de Londres, ¿verdad?

—¡Exacto! —dijo la emperatriz entre risas—. ¿Cómo lo ha sabido?

—Solo la gente del sur habla un inglés tan rebuscado.

Y así, entre risas, el carruaje se puso en marcha. Para llegar a la capital escocesa, pasaron antes por las localidades de Haddington y Tranent.

Isabel no se había preocupado por el alojamiento nunca, ni desde que era emperatriz ni tampoco antes, siendo hija del duque de Baviera; jamás había tenido que pagar por nada ni rellenar el registro de un hotel.

Al llegar a High Street, con las colinas elevándose a derecha e izquierda coronadas por el castillo de Edimburgo, la baronesa Von Petrova señaló un magnífico edificio.

—Tiene buen aspecto. ¿Qué tal el Hotel Esplanade?

Sissi negó con la cabeza.

—Es demasiado elegante. En él correríamos el riesgo de

encontrarnos con alguien de Viena. —Y volviéndose hacia el cochero le gritó—: Buen hombre, ¿sabe de algún alojamiento cerca de la Capilla de María?

—Podría llevarlos a St. Andrew Square, en esa plaza está el Hotel St. Andrew —dijo volviéndose—. ¿Acaso quieren ahorrar en su presupuesto de viaje?

—¿Por qué? ¿Cómo es el hotel?

—Barato.

El cochero puso al trote al caballo.

—¿De verdad está usted dispuesta a…? —comenzó Von Petrova.

—No estoy dispuesta a que nadie me reconozca. Bajo ningún concepto. Cuanto más anónima, mejor. —Y, volviéndose al cochero le preguntó—: ¿Es posible ir andando desde el hotel hasta la Capilla de María?

—Ustedes son jóvenes, seguro que sí.

El hotel era un edificio de granito sin desbastar. El letrero colgaba, algo torcido, y las ventanas estaban tapiadas.

—¿Este edificio está habitado? —preguntó Sissi al bajar del carruaje.

El cochero asintió con tono jovial.

—Vayan por la parte de atrás. Allí siempre suele haber alguien.

El teniente Janosch se acercó a la emperatriz.

—Majestad, en un edificio como este… Soy el responsable de su seguridad. ¿No sería mejor que el carruaje aguardara?

—¿Podrá llevar nuestro equipaje, teniente? —Sissi se adelantó a toda prisa rebosante de entusiasmo.

La puerta se abrió con un chirrido; en el interior, nadie se había tomado la molestia de iluminar el vestíbulo. La emperatriz avanzó a tientas hacia el patio interior. La oficina que se veía al fondo debía de ser la recepción.

—Está cerrado. —Se oyó una voz áspera detrás de la ventana.

En el interior, Isabel observó que había un fuego ardiendo.

—¿Cerrado? ¿En agosto? —Sissi buscó en vano la entrada.

—¿Cuánto tiempo piensan quedarse?

Justo delante de la emperatriz se abrió la hoja de la ventana.

A Isabel le encantaban las obras de Charles Dickens, sobre todo

Historia de dos ciudades. Allí, en la penumbra, se encontraba sentado un auténtico personaje de Dickens, demacrado como un esqueleto, con un color de piel como si no hubiera salido jamás al aire libre, con ojeras y una boca arrogante.

—Aún no lo hemos decidido —respondió Sissi.

—Si es por menos de una semana, no me sale a cuenta hacer las camas.

—Pagaremos por adelantado —dijo Sissi como reclamo.

Cuando detrás de aquel huésped inesperado aparecieron otros dos, la anciana preguntó:

—¿Ese es su marido?

—Solo un amigo.

—¿Qué clase de amigo? Esto no es un lugar de mala muerte —gruñó la posadera.

—¿Nos va a enseñar por fin las habitaciones? —Sissi adoptó un tono cortante.

El cambio de actitud surtió efecto.

—Está bien, síganme.

Las habitaciones estaban al mismo nivel que el resto del establecimiento, pero por lo menos tenían vistas al castillo.

—Enséñeme su documentación.

La baronesa soltó un respingo. Sin embargo, al instante siguiente, su asombro fue mayúsculo al ver que la emperatriz presentaba un documento.

La propietaria le echó un vistazo rápido.

—Es suficiente. No llevo las gafas. —Lo mismo hizo con la documentación de los demás—. En cuanto al pago…

El teniente Janosch puso en la mano de la mujer un billete de alto valor.

—Creo que esto debería bastar.

Sus ojos apagados se iluminaron.

—¿Desean cenar aquí, señores? Puedo avisar al cocinero.

—No, gracias. No queremos que nos molesten más.

—Como deseen, señor…, señora. Si necesitan agua caliente, por favor, llamen al timbre… Ah, no, el timbre está roto.

—Vamos, váyase. Váyase ya.

El teniente obligó a la posadera a retirarse, se despidió de las damas y se retiró a su cuarto.

Sissi había dejado su identificación sobre la mesa. Suzanna le echó un vistazo.

—¿Quién es Aloisia Hofer?

—¡La que viste y calza! —Sissi se quitó el sombrero contenta, y luego se dejó caer sobre la cama—. Aloisia Hofer es la madre difunta de un hombre que ya me ha ayudado varias veces, Alois Hofer.

—¿Acaso debería conocerlo?

—Nadie lo conoce, esa es su ventaja.

—Pero este papel no es auténtico.

—Pero cumple su función. —Sissi se estiró—. Estoy muerta de cansancio. Y tengo hambre.

La baronesa hizo una reverencia teatral.

—¿Desea su majestad que le traiga el menú?

—¡Qué graciosa! Al pasar, he visto una panadería. Que el teniente nos traiga alguna cosa. Luego descansaré un poco.

—¿Y después?

—Entonces debería ser la hora de la oración vespertina en la Capilla de María.

21

Cuando Isabel se levantó tras un breve descanso, echó un vistazo por la ventana. En el castillo de Edimburgo se había izado la bandera y, encima de aquella, vio un segundo estandarte que le resultó familiar.

Llamaron a la puerta y Suzanna entró.

—Fíjate, el castillo está engalanado con banderas.

La baronesa se acercó a la emperatriz.

—¿Eso no es lo habitual?

—Normalmente allí solo ondea la Union Jack. El estandarte indica que en el castillo hay una Alteza Real.

—¿Es eso importante para nosotras?

—Es posible.

Sissi se guardó su diario en el bolso que llevaba.

El teniente Janosch estaba preparado. Partieron.

¡Qué sorpresa se llevó Isabel cuando llegaron a la dirección correcta, pero siguieron caminando porque no reconocieron el edificio! Se trataba de un edificio esquinero de granito gris; nada hacía pensar en una iglesia o una capilla.

—En los libros que había en Viena se hablaba de una capilla medieval —murmuró Sissi.

—Si 1599 es el año de fundación, este edificio podría haber sido reformado desde entonces. —La baronesa se detuvo frente a la entrada—. Pero no hay duda de que estamos en el lugar correcto.

Sobre el portal, sostenido por unas columnas grises, se leía la inscripción logia de edimburgo. capilla de maría n.º 1. En el primer piso colgaba el farol masónico con el conocido emblema; junto a él, había una estrella de seis puntas incrustada en la fachada.

Cuando Isabel se vio frente a aquel edificio anodino, todo el esfuerzo que había hecho para llegar hasta allí le pareció un delirio. Había navegado por media Europa, había puesto en peligro su vida y

la de sus acompañantes en una tormenta y había entrado en el Reino Unido bajo un nombre falso. ¿Y por qué? Porque alguien había pintado un mensaje secreto en una lengua muerta en una pared del castillo de Windsor. Un erudito había sido asesinado con una daga que llevaba los mismos símbolos. Una tarjeta de visita apuntaba a dos masones, lo mismo que Mozart, que había sido masón y había compuesto *La flauta mágica*, una obra que entusiasmó tanto a Sissi que el emperador encargó para su esposa unas estrellas de diamantes que habían sido robadas. El códice medieval de los masones escoceses estaba redactado en griego antiguo. El rompecabezas que Isabel intentaba armar con todas esas piezas podría completarse si se descifraba aquel escrito secreto. Sin embargo, Sissi no podía dejar de pensar que tal vez, desde su visita a Windsor, no había hecho más que perseguir pistas misteriosas, mensajes secretos y conjeturas que al final podían ser infundadas.

A la emperatriz austriaca no le quedó más remedio que tirar del llamador de cordón de la Capilla de María. A lo lejos se oyó la llamada. Hubo que aguardar un rato hasta oír un ruido de pasos acercándose. La puerta se abrió lo justo para que asomara un rostro.

—¿Sí?

El hombre no llevaba ni el delantal ritual ni tampoco el emblema.

—Me gustaría hablar con algún miembro de la hermandad.

El hombre parecía haber estado comiendo y se limpió la boca sucia.

—¿Y por qué?

—Ya se lo contaré a alguno de los hermanos. Preferiblemente al venerable maestro.

—Aquí no hay nadie.

—¿Nadie? Pero si la hermandad celebra sus reuniones aquí.

—La próxima será en un mes. —El hombre se dispuso a cerrar la puerta—. Vuelva a intentarlo entonces.

—Dentro de un mes yo ya no estaré aquí —respondió Sissi—. ¿Con qué miembro de la hermandad podría hablar?

—No puede.

—Seguro que esos caballeros viven en Edimburgo.

—No lo sé. Disculpe, tengo una cosa en el fuego.

Por segunda vez, la puerta amenazó con cerrarse.

Sissi puso un pie en el umbral.

—¡Ya me he hartado! ¿Cómo se atreve a hablarme así?

—Solo le hablo como se merece, señorita —respondió él con brusquedad.

—¿Sabe usted a quién tiene ante usted?

Él la miró de arriba abajo.

—A una extranjera.

La baronesa Von Petrova intuyó lo que estaba a punto de suceder e intentó intervenir, pero a esas alturas ya no había modo de contener a Isabel.

—¡Isabel Amalia Eugenia de Wittelsbach, duquesa de Baviera, emperatriz de Austria!

El hombre soltó una carcajada.

—Por supuesto. Y yo soy la reina Victoria. Y ahora, si me disculpa…

Antes de que ella pudiera decir nada más, él le apartó el pie y cerró la puerta de un portazo.

Sissi, ofendida, se volvió hacia sus acompañantes. Se encontró con dos rostros esforzándose por disimular su incomodidad embarazosa.

—¿Qué ha ocurrido?

—Que no han permitido a Aloisia Hofer el acceso a la logia masónica —respondió la baronesa.

—En Viena la hermandad me recibió de inmediato.

—En Viena los visitó la emperatriz.

—¡Pero si ya le he dicho a ese hombre quién soy!

El teniente Janosch miró a su alrededor. En las casas de alrededor se habían abierto las ventanas.

—Majestad, no deberíamos permanecer aquí.

Suzanna posó suavemente la mano sobre el brazo de Isabel.

—¿Acaso dejaría usted entrar en su casa a una completa desconocida que afirmara ser la emperatriz de Austria?

—Tienes razón. —Sissi dirigió una mirada hacia los rostros que la observaban con curiosidad desde las ventanas—. ¿Y qué hacemos ahora?

—Debemos irnos de esta calle.

Con todo el respeto debido, el teniente empujó a su emperatriz hacia un callejón lateral.

Sissi estaba aturdida. Había contado con todo lo posible: que el libro de griego antiguo se hubiera perdido, o quemado; que no fuera posible descifrar el mensaje, pero no con que la echaran.

—¿Le parece que regresemos al hotel, majestad? —preguntó Janosch.

—¿A ese antro de mala muerte?

—Yo podría ir a recoger nuestro equipaje y buscar un alojamiento mejor.

—¿Qué tal el Hotel Esplanade? —intervino la baronesa.

—Sí… No… No lo sé.

Pocas veces en la vida Sissi se había sentido tan desbordada. Levantó la cabeza hacia el cielo, cuyo pálido rubor anunciaba la llegada de la noche, y siguió alzándola cada vez más alto, hasta que posó la mirada en una bandera. Aquel estandarte le era conocido, y buscó en su memoria lo que significaba.

—Majestad.

Janosch la urgía para que tomara una decisión.

—El conde de Kent —musitó Sissi—. No, el conde de Ulster. No, ese tampoco.

—¿De qué está hablando?

—Esa bandera es el estandarte… ¡del duque de Edimburgo! —exclamó Sissi—. ¡Es el estandarte de Alfredo!

—¿Quién es Alfredo?

—¡Mi querido amigo Alfi! ¡El hijo de la reina Victoria! Es el príncipe de Escocia y el duque de esta ciudad. ¡Ese estandarte ahí arriba indica que está en casa!

22

Alfredo llevaba una bata y unas zapatillas que tenían bordado el escudo de su familia. Cuando el lord Chambelán informó al príncipe de quién acababa de llegar por la entrada lateral, Alfi no perdió el tiempo cambiándose de ropa. Ordenó formar a la guardia de honor y convocó también a los representantes del servicio: el mayordomo jefe, el cocinero mayor, el maestro de bodega, el ama de llaves y el jardinero. Además, dispuso que los músicos de viento prepararan la partitura del himno austriaco y lo tocaran a la entrada de la emperatriz.

—Siempre hace estas cosas —comentó Alfi riéndose mientras se apresuraba hacia la sala abovedada roja—. Quiere comprobar lo rápido que puedo activar el ceremonial de la corte.

Al mayordomo le costaba seguir el ritmo.

—¿No sería más adecuado ponerse el uniforme, Alteza Real?

Alfi rechazó la idea con un ademán.

—Todo el mundo en el castillo de Edimburgo se pondrá firme ante Sissi, pero yo no. No me importa que vea que acabo de levantarme. —Echó un vistazo al reloj de péndulo—. ¿Pero qué horas son estas para presentarse aquí antes de la cena?

Alfredo llegó a la sala que albergaba una impresionante colección de armas, mientras en el vestíbulo los trompetistas tocaban a duras penas *Heil dir, im Siegerkranz.* El príncipe se colocó ante la enorme chimenea abierta de la estancia.

—¡Sissi! —exclamó al verla entrar mientras dejaba que la mujer, vestida con ropa de viaje, recorriera el largo camino hasta él.

Isabel se sentía avergonzada. Su máxima siempre había sido conducirse como persona, con independencia de su rango. Pero en aquel momento se sentía aliviada de volver a ser recibida acorde con su categoría y su título. ¿Tan rápido había puesto fin a esa independencia? A su debido tiempo reflexionaría sobre todo eso; en

ese instante, miró sonriente a su amigo, a quien le parecía original salir a su encuentro vestido con la indumentaria matutina. Tras unos extenuantes días de viaje, Sissi anhelaba precisamente esas comodidades: ir con ropa holgada, quitarse el corsé y un baño caliente.

—¡Qué amabilidad por tu parte acoger a una náufraga, Alfi!

—Seguro que hay una explicación para tu misteriosa llegada.

Reverencia, beso en la mano y un cálido abrazo.

—La hay —le susurró al oído.

—¿Has venido en tren? No he recibido ninguna información…

—El yate imperial navega frente a vuestras costas. Quería pisar suelo británico, por así decirlo, de incógnito. Y créeme cuando te digo que me ha salido incluso demasiado bien.

—Intuyo que hay aquí un misterio. ¿Me permites adivinarlo?

—Preferiría darme un baño antes y luego contártelo a solas.

—¿Quedamos para cenar?

—¡Ay! ¡Cómo me gusta estar aquí! —Se acercó al fuego—. He estado a punto de pasar la noche en un establecimiento muy diferente a esta hermosa choza tuya.

Por lo general, Isabel se contenía con los dulces, pero aquella noche estaba deseando comer pastel.

—¿Y cómo no estás en Balmoral, Alfi? Tu familia pasa los meses de verano allí, ¿no?

Para la cena, él lucía el tradicional kilt escocés combinado con la chaqueta de uniforme de su arma. Alfredo observó divertido cómo Isabel se llenaba el plato.

—Tú misma te acabas de responder.

—¿La familia?

—Han llegado todos. En Balmoral hay más gente que en un balneario.

—¿La reina también está?

—¿Mamá? —Hizo girar su copa de brandy—. A mamá le gusta estar en Balmoral durante la estación oscura. Ella rehúye Londres, ni siquiera está presente en la apertura del Parlamento. Pero en cuanto

sus hijos asoman por Escocia, su majestad se retira al refugio de su duelo.

—¿La isla de Wight?

—Mamá gobierna dos tercios del mundo, es emperatriz de la India y nadie podría enumerar todos los títulos que posee, pero desde que enviudó se esconde en esa triste isla del Atlántico.

—¡Qué envidia! —suspiró Sissi.

—¿Qué quieres decir?

—Una isla propia es justo lo que necesito ahora.

Estaban cenando en la sala Frederick Room, que era el comedor más pequeño del castillo; aun así, los lacayos tenían que recorrer una buena distancia para servirles. En cuanto se hubo servido la repostería, Alfredo les ordenó que se retiraran.

Sissi se permitió saborear un merengue.

—¡Milhojas de crema! —exclamó entusiasmada—. No creía que lejos de Viena fuera posible encontrar un milhojas de crema como es debido.

—Aquí tengo un cocinero francés y otro vienés. De la cocina escocesa es mejor no saber nada.

Isabel se recostó en el respaldo.

—¿Por qué esta sala se llama Frederick Room?

—¿Salón de Federico? Según parece, un antepasado real mío, el rey Jorge III, que en realidad se llamaba Jorge Guillermo Federico, enloqueció en esta sala. Se pasaba las horas hablando solo. Es más, poco antes de su muerte, estuvo días haciéndolo hasta que se quedó ronco. Pero… —Alfredo alzó la mano sonriendo—. De todos modos, fue bajo su reinado que derrotamos a Napoleón.

—Y también fue bajo su reinado que perdisteis todas las colonias americanas.

Alfredo se quedó mirando tranquilamente el fuego.

—Gobernar es un trabajo que nunca he entendido, y me alegro de no tener que ejercerlo. —Dejó la copa sobre la mesa—. Bueno. Ya hemos mantenido una conversación inteligente durante bastante tiempo, majestad, ahora deberías poner las cartas sobre la mesa. ¿Qué se te ha perdido aquí?

Ella se sirvió un vaso de agua.

—Todo lo que te voy a contar ahora empezó contigo, Alfredo.

—¿Se supone que debería entender esa insinuación?

—Ocurrió en el castillo de Windsor.

—Todavía hoy no sé por qué te marchaste de una forma tan precipitada.

—Durante mi visita, alguien se coló en mi dormitorio por la noche.

—i¿En Windsor?! —exclamó él—. Pero ¿por qué no me dijiste nada…?

—No me pasó nada entonces, pero el intruso dejó algo ahí: un mensaje, una escritura secreta en la pared.

Alfredo la miró con recelo.

—¿Acaso te estás burlando de mí? ¿Estás diciendo que alguien garabateó algo en la pared de tu dormitorio?

Sissi se levantó y dio unos pasos por el salón. Tenía dos opciones: o pedirle a Alfredo, sin más, ayuda con el asunto de los masones, o poner a su amigo al corriente de todo.

—Alfi, ¿me permites que te cuente algo en confianza?

—¿Y no querrías volver a la mesa para hablar de eso?

Él se sirvió un brandy.

Ella entonces tomó asiento y le habló del hombre que había conocido en la fiesta del príncipe. Describió luego el asesinato del profesor Horváth en Schönbrunn, e hizo referencia a continuación a su afligida hermana, que había recogido el cadáver. Narró entonces cómo se habían ido sucediendo los asesinatos, y le dijo también que todas las víctimas habían sido apuñaladas. Mientras Isabel hablaba, tenía la vista clavada en el fuego, en la copa, en las manos. Cuando volvió a mirar al príncipe, se sobresaltó. En su rostro, por lo común inofensivo, había asomado una expresión distinta. Miraba a la emperatriz con los labios apretados y los ojos entrecerrados.

—Alfredo, ¿qué te pasa?

Cuando él se levantó, el *sporran*, la faltriquera frontal del kilt, tintineó. Se aproximó al fuego.

—Todo esto que me cuentas no explica aún qué te ha traído a Escocia.

—Alfredo… —Aquel cambio de humor inquietó a Sissi—. He

bajado a tierra para encontrar un lugar concreto y hoy he estado allí. He ido a la Capilla de María.

Él se volvió con un gesto brusco.

—¿Has ido a ver la logia?

—No me han dejado entrar.

—¿Qué se te ha perdido en la Gran Logia de Escocia?

El tono empleado intimidó a Isabel.

—Ahora ya lo sé… Verás, supongo que ese escrito misterioso alude al códice de los masones escoceses, redactado en griego antiguo y depositado en la Capilla de María.

—Sigue.

—Dos de los asesinados eran masones. Su muerte está relacionada con Wolfgang Amadeus Mozart, con *La flauta mágica* y… —Ella inclinó la cabeza—. Todo esto debe de parecerte una completa majadería. —Se acercó a él, que estaba junto a la chimenea—. Alfredo, ¿no vas a contarme qué es lo que te ha alterado tanto?

Él se quedó con la mirada clavada en el fuego. Las llamas se reflejaban en su rostro.

—¿Conoces al gran maestre de la logia de Edimburgo?

—¿Cómo iba a conocerlo? Quería hablar con él para que me permitiera echar un vistazo al libro.

—Seguramente ese hombre sí estaría en disposición de hacerlo.

Se tocó la bolsa de piel que llevaba en el kilt.

Sissi sabía que los kilt no tenían bolsillos, y que por eso los escoceses llevaban el *sporran* encima, para así tener siempre un poco de calderilla a mano.

—¿Acaso conoces al gran maestre?

El príncipe Alfredo levantó aquella bolsa, dejando ver debajo un delantal con el emblema del compás y la escuadra.

—¿Tú? —preguntó ella con voz apagada—. ¿Tú también eres uno de ellos?

Alfredo se colocó frente al retrato de un antepasado, que llevaba un extraño anillo en el dedo.

—Y no soy el primero.

Isabel reconoció en la pintura el anillo con el sello de los masones.

—¿Quién eres, Alfredo?

—La hermandad me ha escogido como su valedor, en Escocia y en toda Gran Bretaña. Has llegado al lugar adecuado, Isabel, emperatriz de Austria. —Dibujó una sonrisa sombría—. Yo soy el maestro.

Mientras él se acercaba a Sissi, ella iba retrocediendo paso a paso.

23

—¿Fuiste tú? ¿Tú escribiste esos caracteres en la pared? —musitó ella.

—No.

—Pero los masones… El libro en griego antiguo…

—¿Por qué iba a escribir en la pared algo que podría haberte dicho en persona? —respondió Alfredo.

—Para asustarme. Como ahora mismo.

—¿Tú asustada? —Alfredo se apartó de la chimenea y se alejó de ella—. Eres el ser más audaz que conozco —dijo en voz alta desde el otro lado de la sala.

—Pero parece que estás empeñado en asustarme. Eres el gran maestre de Inglaterra. Conoces el libro. Así que también sabes la razón por la que estoy aquí. —Ella alzó la voz—. ¡Tú sabes lo que significan los caracteres de la pared!

El príncipe cruzó los brazos.

—Dime una cosa, Elisabeth, ¿ese escrito fue la única razón por la que te marchaste tan precipitadamente de Windsor?

—No, hubo otro motivo. Tú me habías pedido que me pusiera las estrellas de diamantes para el baile.

—Estabas deslumbrante con ellas. ¿Y bien?

—A la mañana siguiente, una de las estrellas había desaparecido.

Se hizo un momento de silencio.

—¿Hubo un robo? ¿En el castillo de Windsor? —Él se dirigió hacia un rincón oscuro—. ¿Se buscó después esa joya?

—Se examinaron todos los rincones de mi dormitorio, pero no la encontraron.

—¿Acaso sospechas de mi personal?

—No de todos ellos. —Poco a poco, Sissi empezó a aproximarse —. Pero sí es cierto que había alguien que me seguía.

—¿Quién?

—El primer día, durante mi salida a caballo, un hombre me estuvo acechando.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Intenté interceptarlo, pero salió corriendo y huyó.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque supuse que tú lo habías enviado para que me espiara.

Sumido en la penumbra del rincón, Alfredo resultaba casi invisible.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa?

—Sé que fuiste tú, porque el día de mi partida volví a ver a ese hombre. Tiene el rango de mayordomo, así que debe de estar a tu servicio.

Alfredo tiró de la cinta de llamada.

—¿Qué haces?

De nuevo asomó su pálido rostro.

—Aclarar las cosas.

En el rincón donde estaba se abrió una puerta. Sissi dio un respingo. Por ahí no entró ningún lacayo, sino un hombre fornido y robusto, vestido con librea negra.

—Harold —dijo Alfredo.

—¿Alteza Real?

—¿Siguió usted a la emperatriz de Austria en primavera durante su paseo a caballo?

—Sí, señor.

—¿Quién le encargó eso, Harold?

—Usted, Alteza Real.

—¿Por qué motivo?

—Le preocupaba la seguridad de la emperatriz.

Sissi soltó una risa de asombro.

—¿Mi seguridad? ¿Acaso estaba en peligro?

—Más de lo que te imaginas. Se había planeado un atentado contra ti.

Sissi mantuvo la compostura.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—El servicio secreto británico es el mejor del mundo. Harold es el jefe de mi Policía secreta.

Isabel se volvió hacia el hombre de negro.

—¿Quién quería atentar contra mí?

—La persona que dejó esos caracteres escritos en su dormitorio, majestad —respondió Harold.

—Precisamente la nota que hace referencia al códice de los masones —añadió Alfredo y haciendo un ademán dijo—: Harold, ¿podría traer el objeto?

—Enseguida.

Salió de la sala.

Alfredo se acercó a Sissi.

—Cuando Harold encontró aquel escrito en tu dormitorio, me asusté. Era la constatación de que, en efecto, se iba a cometer un atentado contra ti.

—Si alguien tuvo tiempo para entretenerse a pintar caracteres en la pared, también pudo haberme matado. ¿Por qué no lo hizo? —Ella estaba muy cerca de él—. ¿Y por qué, en cambio, me robó las joyas? —Alfredo guardó silencio—. Si conoces las letras, debes de saber también lo que significan.

—No. Tú me has dado la pista.

—¿Cuándo?

—Al decir que habías estado en la Capilla de María.

De nuevo, la puerta se abrió. Harold entró con un pesado objeto en la mano.

—El libro que buscas se encuentra, en efecto, en Edimburgo —dijo Alfredo.

—¿Es el…? —El corazón empezó a latirle con rapidez—. ¿Es el códice?

A una señal de Alfredo, Harold llevó el tomo hasta la mesa y luego abandonó la estancia por la puerta estrecha.

—Conozco bien este libro y llevo mucho tiempo esforzándome por vivir de acuerdo con sus enseñanzas.

Sissi contempló con estremecimiento reverencial aquella obra antigua. Unas letras en relieve adornaban la encuadernación de cuero. En ellas se leía:

Ελευθερία

Ισότητα
Αδελφότητα
Ανθρωπότητα

Isabel deslizó los dedos sobre ellas.

—«Libertad, igualdad, fraternidad…».

—Y «humanidad» —tradujo Alfredo—. Los principios fundamentales de la masonería.

Abrió el códice con cuidado. Estaba escrito a mano, en tinta negra sobre un papel de pergamino tan antiguo que las páginas se habían amarilleado y presentaban los bordes deshilachados. Ella se sacó del bolso un librito muy fino.

—¿Qué es eso? —preguntó Alfredo.

—Mi diario. Aquí he ido anotándolo todo con detalle.

Eran casi las tres de la madrugada. Isabel y Alfredo contemplaron la secuencia de letras. Habían tardado horas en establecer una correspondencia entre la secuencia de caracteres y el códice masónico. Habían abordado el enigma desde numerosas perspectivas y solo lograban obtener un galimatías ininteligible. Aunque el código era complejo, al final dieron con la clave. Sissi anotó la traducción. Los dos se inclinaron para leerla. Decía:

L-A-C-A-B-E-Z-A-D-E-L-A-H-I-D-R-A-
A-N-S-I-A-L-A-C-O-R-O-N-A

—¿Qué es la hidra? —preguntó Alfredo.

—Un ser de muchas cabezas. Por cada cabeza que se le corta, le crecen dos más.

—¿Y a quién se refiere?

—A mí, tal vez.

—¿Por qué ibas tú a ansiar una corona? Ya tienes una.

Sissi sirvió más vino.

—La pregunta más importante sería, en realidad: ¿por qué alguien se iba a tomar la molestia de escribir este código en una pared?

—¿Como amenaza? —El príncipe bebió vino.

—¿Como advertencia? —Sissi dio un sorbito.

—¿De qué sirve advertirte si alguien quiere matarte?

—Pero no me han matado. —Dio unos pasos mientras cavilaba—. El águila bicéfala de los Habsburgo tiene varias cabezas. La hidra de muchas cabezas podría hacer referencia a las numerosas naciones bajo los Habsburgo.

—Entonces, ¿se habría tratado de un atentado político?

Sissi dio salida a su desasosiego.

—¿Qué atentado? —se rio—. ¿Acaso no estoy aquí, sana y salva, ante ti, Alfi? Sea quien sea el culpable, no me ha matado. Aunque no es un asesino, no cabe duda de que sí es un ladrón. Solo él pudo haberme robado los diamantes. Sea quien sea, no se conformó con una estrella de diamantes.

—Oh, creía que en Windsor solo habían robado una pieza.

—Pero esa noche en Viena, cuando mataron al profesor Horváth, desapareció el resto de la joya de mi caja fuerte.

—¡¿Las estrellas de diamantes?! —exclamó Alfredo indignado.

—Todas y cada una de ellas.

Él hizo acopio de valor.

—Sissi, quiero… Bueno, no, debo confesarte una cosa.

—¿Otra? —Ella sonrió—. Hoy ya llevas varias confesiones increíbles.

Alfredo se enderezó. Las charreteras de su uniforme se balancearon.

—Isabel de Austria, te venero desde hace mucho tiempo, y creo que lo sabes. A mis ojos, eres la criatura más encantadora que jamás se haya sentado en un trono.

Sissi sonrió sorprendida.

—No sabía que pudieras ser tan melindroso, Alfi.

—Por admiración hacia ti, hice copiar el famoso retrato en el que luces esos diamantes en el pelo. Y también…

Él se sonrojó.

—¿Qué más, Alfi?

—Esa noche envié a Harold para que cogiera una de las estrellas. —Alfredo se apresuró en añadir—: Como un recuerdo precioso de ti

y de nuestro tiempo juntos.

—¿Robaste a la emperatriz de Austria?

—Lo confieso. Lo hice movido por una profunda admiración y… por amor.

—¡Estás hecho un granuja, Alfi! —exclamó, y le dio al príncipe un beso de amistad en la mejilla.

—Un granuja que te pertenece, Sissi. —Se llevó la mano a la mejilla—. No pienso lavarme por aquí en un mes.

—Es poco práctico, una sola mejilla.

Le besó también la otra.

—Sissi, no sabes el regalo que ahora mismo me haces.

Fue a acercarse a ella.

Ella lo detuvo con la mano.

—Si fuiste tú, y no el agresor desconocido, quien robó las joyas , toda mi teoría se viene abajo. Eso significa que el culpable ni asesinó a nadie ni robó nada en mi habitación. Lo único que hizo fue escribir algo en la pared.

Tomó el papel con el mensaje descifrado.

—«La cabeza de la hidra ansía la corona». ¿Hay que interpretar eso como una amenaza? ¿Como una intimidación? ¿O es una advertencia?

—Nadie excepto tú logrará descubrirlo, Sissi.

El príncipe Alfredo se acarició encantado las mejillas, donde aún sentía los besos.



LA CONSPIRACIÓN

24

Isabel estaba sentada en la cubierta de popa, disfrutando del suave balanceo de las olas y contemplando cómo la isla británica se iba desvaneciendo poco a poco. El mar del Norte mostraba su rostro más amable, con el agua de color azul acero y el cielo de un azul pálido. El Miramar avanzaba a buen ritmo.

Isabel reflexionaba sobre lo que Alfredo le había contado acerca del servicio secreto austriaco. Aunque los hombres del coronel Meinradt se las daban de severos y amantes del orden, en realidad preferían la vida descuidada y desordenada que tanto caracterizaba a Austria.

Por este motivo, antes de la visita de Isabel, el príncipe Alfredo había recurrido al eficaz servicio secreto británico, que se encargó de evaluar los riesgos posibles. El resultado fue que había tantos peligros que acechaban a la monarquía austrohúngara que parecía imposible proteger a la emperatriz de todos ellos. Por eso, Alfredo había ordenado vigilar a Isabel las veinticuatro horas del día. Harold había estado a la altura de la tarea, pero ni siquiera él podía decir cuándo se habían escrito esas palabras en la pared de la sala. Tal vez su autor había entrado en el dormitorio de Sissi durante el baile o más tarde, cuando ella dormía.

Mientras recordaba, Sissi no pudo evitar sonreír para sí. Presa del arrepentimiento, Alfredo había recuperado de sus aposentos la estrella de diamantes robada y se la había devuelto.

—Espero que me perdones —dijo, depositando la joya en la mano de Isabel.

—Debería estar enfadada contigo. —Ella sostuvo contra la luz la estrella, que refulgió con los colores del arcoíris—. Pero no quiero estar enfadada contigo, Alfi. —Contempló su mirada, perdidamente enamorada—. Quédate la estrella, querido amigo, y guárdala para siempre. Así en el futuro te recordará a mí también.

Abrumado, el príncipe aceptó el regalo.

—Así será siempre, hasta el final de mis días —respondió conmovido.

La sonrisa se apagó de los labios de Sissi. Iba de vuelta a Viena, donde tenía sus obligaciones, donde el coronel Meinradt y también Franz le preguntarían por su viaje. ¿Cuánto podía contarle a Franz? ¿Podía, debía, informar al emperador de la advertencia del servicio secreto británico? ¿Quién era la hidra en realidad? El peligro seguía acechando. A pesar de todos sus esfuerzos, Sissi no había logrado resolver el caso.

Vio que la baronesa se acercaba.

—¿Qué ocurre?

—El capitán Von Levetzow tiene un pronóstico optimista sobre la fecha de llegada a Trieste. Estaremos en casa antes de lo esperado.

—En casa —suspiró Sissi—. ¿En casa?

En Schönbrunn llovía. Aquel otoño la lluvia había llegado inesperadamente pronto. Los castaños dejaban caer sus hojas, el jardín de hortensias se marchitaba, el mundo estaba inundado. A su alrededor la nada, una nada húmeda e insondable.

Isabel se movía inquieta de un lado a otro por sus aposentos, leía libros, dejaba uno, cogía otro. No conseguía concentrarse. Hacía gimnasia con las anillas y daba paseos por el parque con su hijo, que disfrutaba de unos días de permiso de la academia militar.

El general mayor Gondrecourt, su tutor, había acompañado al heredero al trono de Znaim a Viena. Su bigote, que apuntaba hacia abajo, le daba el aspecto de estar permanentemente de malhumor. Sus ojos reflejaban la severidad brutal por la que era conocido. Eran de color negro azabache.

—¿Por qué el niño va tan abrigado? —preguntó Isabel—. No hace tanto frío.

—Su alteza imperial sufrió varios resfriados durante el verano. Me pareció preferible…

—Vamos a quitarle el abrigo. —Sissi ayudó a Rodolfo a desabrocharse los botones y se sobresaltó. El uniforme que llevaba debajo le quedaba muy holgado.

—¿Por qué ha adelgazado tanto el niño? —le espetó al general mayor.

—Su Alteza Imperial no come de manera regular.

Sissi se inclinó hacia Rodolfo.

—¿Por qué no comes?

—No tengo apetito, majestad. —Su voz, sus ojos y también su postura lo delataban: Rodolfo de Habsburgo estaba absolutamente aterrorizado.

—Puede usted retirarse, general mayor.

—¿No debería informar a su majestad sobre los progresos de Rodolfo?

—Esos progresos saltan a la vista. Están dejando que se muera de hambre.

Tomó al niño de la mano.

—Majestad, permítame discrepar…

—Puede retirarse, Gondrecourt.

Asiendo a Rodolfo de la mano, Isabel anduvo sin rumbo por el extenso parque.

Como el niño guardaba silencio, ella dijo:

—Después podrás jugar con Carl. Tiene ganas de verte.

—Gracias, majestad.

—Basta ya. No sé quién te ha enseñado a llamarme de ese modo. Soy tu madre, así que llámame mamá. —Se le llenó la mirada de ternura—. Cuando eras muy pequeño, me llamabas «mami».

—¿Mami? —Sonaba como una palabra de un mundo desconocido —. Mami…

El tiempo empeoraba por momentos. Se notaba que el heredero al trono estaba disfrutando del paseo con su madre, pero al mismo tiempo iba dirigiendo miradas al castillo, temblando de frío. La niebla surgió de repente, apenas se podía ver la mano delante de los ojos.

—Cuéntame algo, Rudi. ¿Qué te preocupa ahora mismo?

El pequeño se quedó pensativo.

—Hace poco tuve un sueño, mamá —comenzó—. En él, me

preguntabas qué quería ser algún día.

—¿Que qué querías ser tú? Pero si es evidente que tú… —Se interrumpió. Si el niño aún tenía sueños que iban más allá de sus obligaciones como heredero al trono, era buena señal.

—¿Y qué me respondías en el sueño?

—Que quería ser granjero, mamá.

—¿Granjero? —Era un deseo tan alejado de lo que le esperaba a Rodolfo que Sissi se agachó y contempló su carita pálida—. ¿Quieres ser granjero?

—¡Sí, me encantaría! Me gustaría tener una granja y muchos animales, no solo caballos, como los que tenemos, sino todo tipo de animales. Me gustaría cuidar de ellos en persona. Y me encantaría tener plantas, plantas por todas partes. Aprenderé si son comestibles, o medicinales o venenosas. ¿Lo entiendes?

Era raro que el chico hablara tanto de una sola vez. Debía de salirle del fondo del alma.

—Sí, claro que sí, Rudi. Al fin y al cabo, yo soy del campo, ya lo sabes. Pasé toda mi niñez en Baviera. ¿Te acuerdas de que una vez estuvimos los dos en Possenhofen?

—Yo… ya no lo recuerdo bien. En la academia no hay ninguna planta. Todo es de piedra, y rara vez nos dejan salir al aire libre. —Le echó una mirada que la traspasó por completo—. ¿Algún día podré ser granjero, mamá?

—No lo sé.

No, quería ser sincera con él.

—Yo creo que tu camino va a ser otro, Rodolfo. Vas a ser emperador, ¿lo has olvidado? Va a ser emperador de Austria.

—Pero ¿es que un emperador no puede ser granjero?

Ella lo tomó de la mano.

—Ha habido casos al revés, como el de un granjero que se convirtió en emperador. Liu Bang fue un granjero chino que lideró una rebelión contra el emperador y lo destronó. Pasó a la historia como el fundador de la dinastía Han. —Notó que el pequeño tenía la manita helada—. Deberíamos volver, Rudi, para que no te resfríes.

—¿Yo también podré liderar una rebelión?

Ella sonrió.

—Me temo que has nacido en la familia equivocada para eso.

—Me gustaría mucho ser un emperador campesino.

—El protocolo español, al que todos debemos someternos, es estricto. Solo nos está permitido un camino estrecho por el que conducir nuestra vida. Me parece que un campesino como emperador no está previsto en el plan.

Caminaron en silencio durante un rato.

—¿Te irás pronto, mamá? Cuando llega la niebla, siempre te vas al sur.

Ella notó que la despedida le dolía incluso entonces, aunque todavía estuvieran juntos. Sissi sintió un nudo en la garganta.

—Vamos. Seguro que quieres saludar a Carl.

—¡Sí, Carl! ¡Qué ganas! —Al pequeño le temblaba todo el cuerpo.

—Deberías haberte dejado puesto el abrigo.

—¡Voy a correr un rato, mamá, así entraré en calor! —Le soltó la mano y salió corriendo hacia la hierba húmeda.

—¡Sí! ¡Qué bien! ¡Hagámoslo!

Aunque no llevaba el calzado adecuado, Isabel lo imitó. En algún lugar entre la fuente del obelisco y las ruinas romanas envueltas en niebla, se lanzaron a correr hasta que ambos se quedaron sin aliento. Se detuvieron resollando.

—¿En la academia nunca puedes hacer algo así?

—Allí solo hay paredes. Además, el general mayor Gondrecourt dice que no es propio del heredero al trono correr como los demás chicos.

—¡Qué barbaridad! —Soltó el aire con furia—. Vamos, Rudi, corre hacia el castillo. Voy a ver si te pillo.

—¡Sí, mamá, síii!

Con asombro y un íntimo pesar, Sissi contempló cómo su hijo salía corriendo y, tras rebasar el linde del prado, alcanzaba el camino de grava. Le fue imposible no reír al ver a ese niño alegre y desenfadado y, al instante siguiente, echarse a llorar. Aquel era Rodolfo, su hijo; ese era su yo auténtico, el que debía reprimir año tras año, durante toda su infancia. Siguió tras él sin alcanzarlo. Al llegar al castillo, los guardias se pusieron firmes ante el heredero al

trono. Sissi y Rodolfo regresaron al castillo empapados de pies a cabeza.

Ya en septiembre las estancias se tenían que caldear. Mientras los días pasaban, el coronel Meinradt, a petición de Sissi, informaba de vez en cuando sobre las últimas novedades relativas al robo de las joyas. Los diamantes no habían sido detectados en ningún perista, parecían haberse desvanecido, igual que el asesino. Invisible, imposible de atrapar, había irrumpido, había matado, había robado y había vuelto a desaparecer sin que lo descubrieran. Entretanto, los joyeros Rozet y Fischmeister descansaban en su última morada. Sissi se enteró de que se había visto a Köchert, el joyero de la corte, junto a la tumba de ambos.

El emperador parecía ser el único a quien no le afectaba la inundación otoñal de la naturaleza. En esos días de luz escasa y cada vez más cortos, disfrutaba de que ya no hubiera nada que lo distrajera y le impidiera permanecer hora tras hora sentado a su escritorio administrando el Imperio. Para él no existía el exterior, no había otros lugares; su vida transcurría en los escasos metros cuadrados de su despacho.

Sissi recelaba de que Franz se hubiera mostrado tan poco interesado por su viaje. ¿Habían llegado hasta el mar del Norte? ¡Menuda aventura! ¿Habían echado el ancla en Edimburgo? ¡Qué agradable! ¿El príncipe Alfredo le había hecho una visita de cortesía? ¡Qué comprensible! Desde su regreso, Isabel y Franz no habían dormido juntos. Ya había vivido fases semejantes, pero con la inminente llegada de la estación gris y oscura, incluso eso se transformó en un reflejo de la sensación de sinsentido que la acompañaba.

De no haber sido por Hungría… Francisco no tenía ningunas ganas de viajar, ya que las negociaciones políticas con los húngaros estaban resultando difíciles. Además, el persistente mal tiempo empañó la empresa incluso para Sissi, ¡pero nada conseguía apagar su ilusión por ir a Gödöllö!

El emperador pasaría allí solo la noche antes de continuar su

camino hacia Budapest, pero Sissi podía quedarse. Tenía muchas ganas de volver a ver a la condesa Pallavicini y hacía tiempo que no había visto tampoco al conde Andrássy. Con la perspectiva de un otoño revitalizante en Gödöllö, Isabel retomó sus rutinas habituales: hacía mucho ejercicio, daba largos paseos por el parque del palacio, comía poco y se medía la cintura a diario.

—¿Quieres un poco de pescado? —le preguntó a Carl una tarde.

También él estaba sumido en esa melancolía otoñal, y solo salía de su ensoñación a las horas de las comidas. Posiblemente todavía se sentía ofendido porque Sissi se había ausentado durante semanas, o quizá intuía que se avecinaba una nueva partida. En ausencia de su dueña, el personal lo consentía, lo cepillaba y lo mimaba con golosinas. Incluso una vez al día, una dama de la corte lo sacaba a pasear con correa por el parque del palacio. A Carl lo trataban como a un príncipe heredero, y él lo disfrutaba.

Sin embargo, el día del regreso de Sissi, el gato estaba completamente fuera de sí. Al principio se había hecho el remilgado y había que animarlo a salir, pero al poco tiempo empezó a ronronear y a acurrucarse junto a la emperatriz.

Un día antes de la partida —con Schönbrunn sumido en preparativos frenéticos—, se presentó ante Isabel alguien que, por regla general, habría sido expulsado de inmediato. Sin embargo, aquel hombre conocía la rutina diaria de la emperatriz. Después de comer, a las dos en punto de la tarde, ella salió al parque. Su recorrido la llevó de la fuente de Neptuno a la glorieta, y de allí, tras describir un arco amplio, se encaminó hacia las ruinas romanas y la fuente del obelisco. Se detuvo entonces a contemplar el Springerschlössl, y seguramente habría seguido avanzando si alguien desde detrás de la alta verja de hierro no le hubiera hecho un gesto con la mano para que se acercara. No fue un saludo insistente, como el que hacían los vieneses cuando reconocían a su emperatriz, ni fue tampoco una sacudida de sombrero, ni un «¡viva!» proferido a gritos. Allí había alguien que intentaba llamar su atención de forma discreta.

Sissi se giró, la baronesa se había quedado rezagada. Había empezado a llover y Suzanna estaba ocupada abriendo el paraguas.

La persona que había junto a la verja era Alois Hofer, quien nunca antes se había acercado a ella por iniciativa propia, y Suzanna jamás había visto a la emperatriz con él. Para que las cosas siguieran así, Sissi se dirigió a la baronesa:

—Como siempre, tenía usted razón —comenzó a decir—. Debería haberme traído el sobretodo.

—¿Quiere regresar?

Suzanna por fin había abierto el paraguas.

—El aire me sienta bien. Me gustaría seguir paseando. ¿Sería usted tan amable…?

Suzanna miró hacia atrás con renuencia; el castillo quedaba bastante lejos.

—Podría llamar a un lacayo.

—Pero, querida, es ahora cuando tengo frío. Me quedaré aquí hasta que vuelvas.

Suzanna se quedó mirando a la emperatriz bajo la lluvia, que arreciaba.

—¿Le dejo el paraguas?

—Una idea excelente.

Isabel lo cogió y vio como su dama de compañía se subía el cuello del abrigo y se alejaba a toda prisa por el paisaje gris y lluvioso. Cuando Sissi estuvo segura de que nadie más la observaba, se apresuró hacia la verja, que tenía varios metros de altura.

—Lo siento —dijo Alois Hofer a modo de saludo.

—Su presencia aquí es muy inusual.

Hofer asintió con tristeza.

—Como su majestad parte mañana, no he visto otra opción.

—¿Qué ocurre?

—Traigo un mensaje que me pareció urgente…

—¿De quién?

—De la condesa Pallavicini.

Sissi, sorprendida, sacudió la cabeza.

—Podría haberme escrito.

—Seguramente, a la condesa el correo a Schönbrunn no le ha parecido seguro.

Sissi volvió la vista hacia atrás.

—Deme la carta, querido Hofer.

Lejos de meterse la mano en el bolsillo, él apoyó las manos en la verja.

—Este mensaje no está escrito, majestad.

—¿Y cómo ha podido llegar entonces desde Gödöllö hasta aquí? ¿Por telégrafo?

—Eso tampoco le pareció lo bastante seguro a la condesa. Se supone que yo… Recibí el encargo de…

Alois Hofer estaba visiblemente tenso.

Isabel, sosteniendo el paraguas sobre su cabeza, se aproximó a la reja y preguntó con voz tranquila:

—¿Acaso tuvo que memorizar el mensaje?

Él asintió.

—Pues aquí me tiene, le escucho.

Alois Hofer irguió la cabeza, como si se dispusiera a entonar un aria, y comenzó a decir lentamente:

—«Majestad. No vaya a Gödöllö. Se están tramando planes en su contra. Confío en el conde Andrássy. Él está investigando el asunto a fondo». —Hofer se interrumpió—. Ahora viene un pasaje cuyo contenido no entiendo. Dice así: «Todo es verdad. ¡Mozart, Mozart! ¡Guárdese de Gödöllö!».

Sissi se quedó inmóvil un momento, petrificada.

—Si no hay nada por escrito, ¿cómo le llegó a usted el mensaje, Hofer?

—Por un mensajero. El hombre solo hablaba húngaro y se aprendió el mensaje de memoria. No sabía lo que estaba diciendo. Por eso era difícil entenderlo.

—¿Ese es todo el mensaje?

Sissi se había acercado tanto a la reja que el paraguas chocó con ella.

—Hay solo una última frase: «¡Que Dios guarde de todo mal a nuestra emperatriz!».

Sissi dejó escapar el aire. Cientos de pensamientos se agolpaban en su mente, pero solo tenía una pregunta:

—Dice usted que Ildikó no se atrevió a escribirme. ¿Por qué? Nadie osaría inspeccionar mi correo. —En cuanto hubo dicho eso, se

estremeció. Había dado su permiso para que la baronesa Von Petrova le trajera el correo de la mañana durante el desayuno. Las cartas siempre estaban, bien ordenadas y selladas, sobre una bandeja de plata.

En un acto reflejo, Sissi volvió la vista atrás y vio a la baronesa que regresaba con el sobretodo.

—Gracias, Hofer. Le estoy muy agradecida.

—Majestad…

—Márchese, ya. ¡Apresúrese!

25

Tal vez el peligro era invisible, pero estaba ahí. Sissi no podía permitirse que la pillara desprevenida. Si todo lo que había averiguado hasta entonces era cierto, el peligro debía de guardar relación con los diamantes. Por esta razón, Isabel había convocado al joyero de la corte Köchert a una audiencia a última hora de la tarde y había dado permiso a la baronesa para preparar el equipaje.

—Majestad, ya me figuro por qué me ha llamado —dijo Köchert inmediatamente después de saludar. Ese hombre actuaba como si su título honorífico privilegiado le hubiera sido otorgado por Dios y no por el emperador.

—Pues guárdese las conjeturas para usted mismo —respondió Sissi—. Si tengo bien entendido el funcionamiento de su gremio, en el caso de joyas especialmente valiosas ustedes realizan copias, por si se pierden los originales y hay que reconstruirlas.

—En efecto, majestad. Para ese fin utilizamos vidrio o estrás y, en ocasiones, talmi.

—¿Hizo también copias de las veintisiete estrellas de diamantes?

Sissi recordó a Rozet y Fischmeister, de cuyo mérito Köchert se había apropiado.

—Así es, majestad.

—¿Y dónde guarda esas piezas?

—En mi taller.

—Quiero que envíe esas copias a Schönbrunn, en un paquete discreto, dirigido a mi persona.

—Majestad, no entiendo el motivo…

—Ni falta que hace. Haga lo que le ordena su emperatriz y guarde la discreción más absoluta.

Isabel le instó a darse prisa, el paquete debía llegarle esa misma noche.

—Por cierto —preguntó ella como de pasada—, ¿la policía ya le

ha interrogado sobre la muerte de sus colegas, Rozet y Fischmeister?

Tras una pausa de sorpresa, él respondió:

—Sí, me interrogaron, pero no pude aportar ni la menor información. El día del crimen yo no estaba en Viena.

—Al entrar, quería contarme una conjetura suya, señor joyero de la corte. ¿Acaso tiene alguna sospecha sobre quién podría estar detrás de ese delito?

Su rostro palideció.

—¿Acaso no es obvio, majestad?

—¿Lo es?

—En nuestro gremio utilizamos como materia prima los materiales más preciados: oro, diamantes, piedras preciosas, objetos que siempre han despertado la codicia de los criminales.

—¿Sospecha usted de un asesinato por codicia?

—Por supuesto, majestad, no puedo afirmarlo, pero desde entonces, yo, por mi parte, he mandado reforzar las cerraduras y las rejas de mi casa.

Tras repetidas reverencias, el joyero de la corte abandonó los aposentos.

Por la noche, Sissi mandó a la baronesa a acostarse temprano. Ella, por su parte, deambuló inquieta por el salón. Llamaron a la puerta. Un lacayo anunció la llegada de un paquete.

—¿Desea que lo abramos antes de entregarlo a su majestad? —preguntó.

—No será necesario.

Isabel se quedó a solas. Retiró el papel de embalaje marrón y abrió la caja sencilla, cuyo interior estaba forrado de terciopelo. ¡Y ahí estaban! ¡Las estrellas de diamantes de la emperatriz! Köchert dominaba su oficio. A simple vista, no se apreciaba ninguna diferencia con las joyas auténticas.

A la mañana siguiente, y durante las muchas horas que habrían de seguir, se hizo patente que la red ferroviaria en Hungría aún distaba de estar tan desarrollada como en Austria. Por ello, la Cancillería de

la Corte había decidido transportar a los distinguidos viajeros en carruajes hasta Gödöllö, un trayecto que, incluso con caballos robustos, duraría unas diecisiete horas y requeriría una pernoctación.

Aunque aquel era el carruaje más cómodo de Schönbrunn, Sissi se sentía encerrada en él. La mayor parte del tiempo viajó a solas con Franz, pero a veces el coronel Meinradt se les unía para tratar asuntos organizativos con el emperador. De vez en cuando, la baronesa Von Petrova también abandonaba el carruaje de acompañamiento y se sentaba junto a Isabel.

Ahora Sissi veía a la baronesa con otros ojos. Conocía a la que fuera amante del coronel Meinradt desde hacía poco. ¿Acaso había confiado demasiado pronto en ella porque, igual que ella misma, también defendía puntos de vista poco convencionales? ¿Había sido todo una farsa, un engaño pensado para dar a Isabel una falsa sensación de seguridad? Pero si la astuta Suzanna no trabajaba para el coronel ni tampoco para ella, ¿para quién lo hacía? Isabel le había contado lo menos posible sobre los eventos de Edimburgo. Pero, a pesar de todo, ¿qué sabía esa dama de la corte? ¿Qué había transmitido a Gödöllö y a quién?

La incertidumbre de Sissi respecto a Von Petrova, la imposibilidad de poner al corriente a Franz y, por supuesto, el penoso avance de la caravana por Enzersdorf, Hainburg y Nickelsdorf en la frontera húngara, donde una formación de honor retrasó innecesariamente el viaje, convirtieron el trayecto en un auténtico calvario. Dejaron atrás Halászi, Darnózseli y Öttevény antes de pasar la noche en Győr, donde Franz logró no tener que cenar con el alcalde.

A la mañana siguiente, el viaje prosiguió por la estepa húngara. El ánimo de Sissi mejoraba con cada kilómetro que se iban acercando a Gödöllö. Sin embargo, también se preguntaba por qué en las carreteras no había curiosos deseosos de ver a los monarcas.

—¿Acaso nuestro viaje no se ha dado a conocer a la población? —preguntó al coronel Meinradt.

—No que yo sepa, majestad.

Sissi miró por la ventana.

—Antes, cuando Franz y yo veníamos aquí éramos recibidos con cordialidad, incluso con demasiada cordialidad.

El emperador se inclinó hacia ella.

—¿Entiendes ahora por qué hablo con los dirigentes húngaros? Cuanto más oyen hablar de los otros movimientos independentistas de las zonas de Piamonte, Véneto y Galicia, más agitación hay también en este país.

El palacio de Gödöllö tenía un aspecto macizo, bajo, como si lo hubieran clavado en el suelo; era un castillo rural en un entorno campestre. Aunque en las caballerizas del conde no estaba ninguno de sus caballos favoritos, Sissi tenía ganas de poder montar ponis de la estepa. El recinto del castillo tenía forma de herradura, y el patio interior daba a un prado florido. Ahí sí había húngaros alegres; la explanada estaba ocupada por cientos de personas. El conde Andrássy esperaba a los invitados en lo que se conocía como el Jardín de Sissi, un jardín en espaldera trazado según el propio diseño de Isabel. El conde recibió a la pareja imperial ofreciéndoles pan y sal. Sissi se dijo que el hombre se había hecho mayor; el gris empezaba a reemplazar el negro azabache de su pelo.

—Doy las gracias a Dios por haber traído a salvo a Gödöllö a nuestro emperador y a nuestra emperatriz —dijo Andrássy en húngaro.

También Francisco respondió en el idioma del país.

—Nosotros le agradecemos su hospitalidad, querido conde.

—De hecho, majestades, soy yo el huésped de su casa, pues los húngaros les han regalado el palacio de Gödöllö. Esperamos de todo corazón que Francisco José e Isabel pronto luzcan también nuestra corona húngara.

Al instante siguiente, a Sissi se le nubló la vista. Se tambaleó y, al ladear la cabeza, dio suavemente contra el hombro de Francisco. Andrássy, más rápido que el emperador, se precipitó hacia ella para impedir que cayera al suelo y se quedó con la emperatriz inconsciente en brazos.

—Sissi, ¿qué te ocurre? —Franz parecía desamparado. Volvió la mirada hacia las damas de la corte, que se habían quedado paralizadas por la impresión—. ¡Ayuden a la emperatriz!

Quien acudió no fue Suzanna, la baronesa Von Petrova, sino una dama del círculo de las aristócratas húngaras, la condesa Ildikó de Pallavicini.

—¡Una butaca! —ordenó la condesa. Los lacayos la trajeron. El conde Andrássy acostó en ella a la emperatriz.

—¡Por aquí!

La condesa asumió el control de la situación como si fuera la cosa más natural.

—¿Acaso sabe usted a dónde ir?

El coronel Meinradt quiso intervenir.

—He pasado varios veranos con la emperatriz en Gödöllö y conozco sus aposentos.

Antes de que los demás pudieran impedirlo, Pallavicini ya había ordenado a cuatro lacayos que entraran la butaca al interior del palacio.

—Será mejor que la acompañe. —La baronesa Von Petrova se abrió paso—. Con el permiso de su majestad…

Hizo una reverencia ante el emperador.

Francisco José estaba a punto de dar su consentimiento cuando el conde Andrássy intervino:

—Ahora su majestad necesita tranquilidad. La condesa Pallavicini está familiarizada con el palacio y el personal. Será mejor que sea ella quien se encargue del desmayo de Isabel.

Por un momento, Francisco José miró alternativamente al conde y a la baronesa.

—A mí también me parece lo mejor.

—Pero majestad… —quiso objetar Suzanna.

Andrássy la detuvo:

—Majestad, si me acompaña, por favor…

Franz subió los pocos escalones que conducían a la entrada principal, se volvió una vez más y levantó el brazo. Los vítores fueron discretos. La gente se había dado cuenta de que a la emperatriz le había ocurrido algo. Francisco José entró en el palacio de Gödöllö acompañado por el conde.

—La corona…

De repente, Sissi abrió los ojos. Lo que veía a su alrededor le resultaba más familiar que sus aposentos en Viena. Había decidido personalmente todos y cada uno de los detalles de aquella estancia fabulosa, y también había elegido los colores. La estufa de azulejos se había construido según su diseño y en invierno irradiaba un calor muy agradable. El papel pintado no era ni azul, ni lila, ni violeta; Isabel había mantenido largas disquisiciones con el decorador hasta que él había logrado dar con ese tono lavanda. En contraste con él, estaban los marcos dorados de los cuadros y las lámparas de araña. La cama de Sissi estaba tapizada con damasco de color marfil.

La condesa le había quitado los botines y había ordenado a una doncella que aflojara el corsé a la emperatriz.

—La corona —susurró de nuevo.

Pallavicini se inclinó hacia ella.

—¿Qué dice, majestad?

—Ildikó…

—Sí, soy yo. Majestad, ha habido algo que la ha asustado, por eso se ha mareado. ¿Qué ha sido?

Sissi se humedeció los labios secos.

—Ildikó, ¡qué bien que estés aquí!… Esas palabras… La inscripción en la pared, ya sé lo que significa: «La hidra ansía la corona» —susurró.

—No entiendo…

La condesa acercó un vaso de agua a la boca de Sissi.

—Es la frase que se esconde tras aquel mensaje secreto. —Bebió el agua. Estaba sedienta—. «La hidra ansía la corona».

Ildikó siguió desarrollando la idea.

—Majestad, está en Hungría. Y los Habsburgo quieren un vínculo más estrecho entre Hungría y el Imperio.

—Por eso Francisco José se esfuerza tanto por llevar pronto la Corona de San Esteban —continuó Sissi—. La *Szent Korona*, o santa Corona —dijo en húngaro.

—Y su majestad será la reina de Hungría —confirmó Pallavicini.

—¡Franz y yo somos la hidra! —Sissi lo dijo con voz entrecortada, vacilante, como si no quisiera expresar en voz alta algo que poco a

poco iba comprendiendo—. Somos el ser de múltiples cabezas que ostentará la corona de Hungría. —Se enderezó—. He caído en la trampa a sabiendas, Ildikó.

—Majestad, puede que Gödöllö sea una trampa, pero lo bueno es que lo sabemos.

Sissi contempló la mirada bondadosa y sincera de la condesa.

—Gracias por tu mensaje, Ildikó.

—No sabía en quién confiar, más que en Alois Hofer.

—Fue una buena decisión. Dime: ¿qué has descubierto?

—Es solo una sospecha. Me han llamado la atención ciertos vínculos que… —Se interrumpió—. ¡Dios mío, la recepción!

—¿Qué pasa con ella?

—La recepción imperial va a celebrarse aquí, en Gödöllö.

—¿No será en Budapest?

—No. Los húngaros quieren ver, sobre todo, a su emperatriz, pero, como el emperador viaja solo a Budapest, el conde Andrássy ha accedido a celebrar un banquete en presencia de usted. ¡Hemos de impedirlo a toda costa!

Sissi reflexionó un momento.

—Al revés. Aprovechemos la ocasión.

—¿No sería mejor desenmascarar primero a los instigadores? Su seguridad…

—Yo misma los desenmascararé —respondió Sissi con voz firme —. ¡Y las estrellas de diamantes serán mi arma!

26

Todo había comenzado con los diamantes, y todo terminaría también con ellos. Mientras preparaban a la emperatriz para la recepción, reinaba el silencio. La peluquera tuvo que echar mano de toda su habilidad para peinar la cabellera de Isabel —que le llegaba hasta la cintura— del modo en que el mundo la conocía por su retrato, aquel cuadro en el que ella lucía el vestido blanco y las estrellas de diamantes.

Si esa noche el ladrón de joyas se dejaba ver en Gödöllö, le sorprendería ver que la emperatriz llevara precisamente los diamantes que él había robado. Seguramente supondría que Francisco José había mandado hacer otro conjunto.

La recepción se celebraba en honor de la aristocracia magiar. Todas las personas en Hungría con rango y de alcurnia —los Von y Zu Báthory, los Dohnányi, los Rákóczi y los Mattersdorf-Forchenstein — ansiaban dejarse llevar por el vals y la mazurca en el salón dorado junto con sus damas, e intercambiar algunas palabras con la pareja imperial. ¿Estaría entre ellos el culpable, un nacionalista húngaro de incógnito? Quienquiera que deseara la muerte de la emperatriz, ¿por qué no había aprovechado la oportunidad en el castillo de Windsor? Cien veces Sissi se había preguntado por qué el profesor había encontrado la muerte en Schönbrunn y por qué los joyeros habían sido asesinados. Creía saber con certeza que había una relación entre esas muertes y los diamantes, pero ¿cuál podía ser? Esa era la pieza que faltaba en el rompecabezas de Isabel.

También en Hungría los masones constituían una organización poderosa. Ildikó había informado de que hacía poco había tenido lugar una reunión de la hermandad de la logia en Budapest, cuyo punto álgido había sido la asistencia a una representación de *La flauta mágica* en la Ópera Nacional.

«Libertad e igualdad», estos dos conceptos de los masones

daban que pensar a Sissi: ¿no se podían interpretar también de otra manera? No pudo evitar recordar la primera conversación que tuvo con Suzanna von Petrova. «¿No le extraña que se me concediera un puesto de honor como este precisamente a mí? No soy duquesa ni condesa, tan solo soy una baronesa que no pertenece a ninguna de las casas más distinguidas de Austria. Mi educación deja mucho que desear y ni siquiera hablo bien el alemán, sino esa jerigonza que se habla cerca de la frontera húngara». A Sissi le parecía que entonces su dama de compañía le había dicho la verdad. Le había hablado de pueblos que vivían a la sombra de los Habsburgo y que eran tratados como naciones de segunda categoría. Sissi amaba la libertad y la igualdad, pero, si sus sospechas eran ciertas, había permitido que una persona peligrosa penetrara en su entorno más cercano.

La peluquera terminó su trabajo y se retiró. Sissi envió a un lacayo para que pidiera a su majestad que se reuniera con la emperatriz.

Franz apareció unos minutos más tarde, vestido con el uniforme de gala.

—¿Me echabas de menos? —preguntó él de buen humor mientras tropezaba con el borde de la alfombra, se tambaleaba hacia Isabel y se reía de su torpeza.

Cuando Franz más le gustaba a Sissi era cuando se mostraba desenfadado y alegre, como el muchacho que su estricta educación nunca le había dejado ser. Llevaba el fajín rojo-blanco-rojo sobre la chaqueta blanca, el sable en el cinturón y todas las condecoraciones húngaras que le habían sido concedidas. Según el protocolo, todas ellas relucían a la izquierda del fajín, en el lado donde latía el corazón.

—Me sorprende que todas esas condecoraciones no te hagan caer —rio Sissi.

—De hecho, mi médico sostiene que tengo una curvatura en la columna vertebral. —Franz tomó a su esposa entre sus brazos y la besó, despreocupadamente, ya que Sissi no llevaba maquillaje. Dio un paso atrás y abrió los ojos con sorpresa.

—Pero ¿qué significa… eso?

—Me gustaría poder explicártelo, Franz.

Isabel no le quería contar la verdad a su marido por nada del mundo, que llevaba los diamantes falsos para desenmascarar al ladrón de joyas. Porque el emperador, al tener noticia de ello, solo habría reaccionado de un modo: cancelando el baile. E incluso si hubiera permitido a Sissi asistir a la recepción, ella habría tenido que permanecer bajo una vigilancia continua, justamente cuando esa noche ella necesitaba poder actuar con libertad. Así pues, Sissi optó por una mentira piadosa:

—Franz, nunca he lucido tu regalo de boda en Hungría. El público en general no sabe que las estrellas de diamantes fueron robadas. Hoy me gustaría mostrarme así ante los dirigentes húngaros.

El emperador giró en torno a Sissi.

—¿De dónde has sacado esto? ¿Las piedras son auténticas?

—¿Lo ves? Incluso a ti te lo parecen. El joyero de la corte me ha proporcionado una copia.

Temió que Franz le fuera a hacer más preguntas, pero el emperador se limitó a contemplarla embelesado.

—Siempre se me olvida lo hermosa que eres. Gracias por tomarte la molestia de mostrarte hoy tan bella para mis húngaros, Isabel.

Según el protocolo, cuando la pareja imperial hacía acto de presencia debía sonar el himno. Sin embargo, en cuanto terminó la delicada melodía de Joseph Haydn, la orquesta estalló en sones húngaros. Sissi y Francisco José saludaron sonrientes a los presentes y la alta nobleza se inclinó en señal de respeto. En cuanto sus majestades se acomodaron, el conde Andrássy les fue presentando a los invitados.

Al mirar a los ojos de cada una de esas personas, Isabel se preguntaba si tal vez era quien ella buscaba. La ceremonia transcurrió según las muestras de cortesía habituales y luego se encaminaron hacia la mesa.

El banquete ocupaba todo el salón. Sentado a la derecha de

Isabel estaba el emperador; a su izquierda, el conde Andrássy, y ante ella, dispuestos en una larga fila, príncipes, duques y gobernadores, todos ellos ataviados con los resplandecientes uniformes húngaros.

A pesar del esplendor de los colores y de los alegres sonidos de la orquesta, la conversación era insípida y las charlas resultaban triviales. A ello se sumaba el calor de la sala y el contundente plato de ganso húngaro. La atención de Sissi decayó y empezó a aburrirse. ¿Acaso se había equivocado? ¿A pesar de las advertencias de Ildikó esa noche no cabía esperar nada más que otro baile agotador? ¿O debía imaginar malas intenciones y peligros tras la noble apariencia de los presentes?

Tras el plato de ave, se sirvió el plato de carne, que iba acompañado de una salsa oscura. Los lacayos encargados de asistir a los comensales vestían el traje típico de la zona: chaquetas blancas con cinturones decorados con adornos y pantalones bombachos. Llevaban, además, el sable de gala y el chacó tradicional. A algunos aquel sombrero no les sentaba bien y se les resbalaba hacia la frente. Era el caso del joven que servía detrás de Isabel. Llevaba patillas, bigote y tuvo que apartarse el chacó de la frente varias veces. Se encargaba de ofrecer la salsa del asado. Cuando llegó a la emperatriz, le hizo una profunda reverencia.

Entretanto, el conde Andrássy hablaba de sus caballos; para la cabalgata de la mañana siguiente había elegido una elegante yegua para la emperatriz.

—¿Cómo se llama?

—Por favor, le ruego que no se enfade, majestad.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa?

—La he llamado… Sissi.

Isabel se echó a reír.

—Es que en Gödöllö el espíritu de su majestad se respira por todas partes —continuó diciendo el conde—. El palacio, el jardín… Todo está bajo su hechizo. ¿Por qué los caballos iban a ser una excepción?

—¿De qué os estáis riendo los dos? —intervino el emperador.

—El conde Andrássy tiene un caballo especial para mí. Me

gustaría poder ir a verlo antes de acostarme. ¿Me acompañarás, Franz?

—No lo sé. Mañana… —Se llevó la mano al cuello del uniforme, que le apretaba—. No veo el momento de librarme de este uniforme.

—Dispondré que preparen la yegua, majestad —dijo Andrássy.

¿Por qué la mirada de Sissi se volvió a dirigir hacia el lacayo? Desde su más tierna infancia le habían enseñado que a los sirvientes había que tratarlos como si no estuvieran. Estaban presentes en la estancia, de pie, con el rostro inexpresivo, pero no oían ni veían nada. Si, Dios no quisiera, algún miembro del servicio osaba divulgar lo que hablaban los señores, lo despedirían de inmediato.

¿Qué de ese lacayo llamaba la atención de Isabel? ¿Era su modo de andar, cómo se inclinaba?

—A este hombre lo he visto en alguna parte —musitó.

Franz juntó los cubiertos.

—¿Cómo dices?

—Ah, nada.

Después del banquete, Isabel y el emperador inauguraron el baile. Francisco José se quitó el sable y llevó a la emperatriz al centro del salón. Como era de esperar, entonces sonó el *Vals del emperador*. A Francisco le divertía sorprender a los presentes bailando con giro a la izquierda. Para muchos caballeros de la corte, el vals a la izquierda resultaba demasiado difícil, pero precisamente en eso el emperador mostraba un ahínco especial. Hizo que Sissi diera una vuelta completa a la izquierda por la pista de baile.

Francisco José vestido con el uniforme de gala blanco, Isabel ataviada con el brillante vestido plateado, las estrellas de diamantes en el pelo: nadie dudaba de que aquel era el punto álgido del baile.

—¿Hay ahí un hombre con barba postiza y no eres capaz ni siquiera de tirarle de la barba?

¿Quién hablaba? ¿Quién se dirigía a la emperatriz? ¿Quién hacía una pregunta como esa?

A su alrededor, todo estaba a oscuras. En medio de la penumbra, Sissi preguntó:

—¿De verdad la barba es postiza?

—Te has dado cuenta al momento —respondió la voz.

Hacía unos minutos que Isabel se había retirado para refrescarse. La emperatriz había sido conducida al salón de descanso, donde se había dejado caer en la *chaise longue* y se había tomado una copita de licor. Al hacerlo, debió de quedarse traspuesta. Por unos segundos se había dormido… ¡y había soñado!

Abrió los ojos de par en par. El salón, la copa, la licorera… Todo estaba igual. ¿Quién le había hablado en sueños? Al caer en la cuenta, Isabel se asustó tanto que soltó un grito. Había oído la voz de un muerto.

Se abrió la puerta y la baronesa Von Petrova asomó la cabeza.

—Me ha parecido oír algo. ¿Está indispuesta, majestad? ¿Quiere que le traiga algo?

Sissi se esforzó por responder con serenidad:

—Gracias, no necesito nada.

—¿Su majestad va a descansar más rato?

—Volveré a su debido tiempo. —Una mirada fría—. Puede retirarse.

La puerta se cerró. Sissi se notó la frente sudada. Abrió la ventana e inspiró profundamente un par de veces. El hombre que le había hablado en sueños era el profesor Horváth.

—¿Hay ahí un hombre con barba postiza y no eres capaz ni siquiera de tirarle de la barba? —susurró Sissi.

Había abierto los ojos. Ahora lo veía todo muy claro. Era la única explicación posible. Tranquila, pero en un estado de máxima tensión, volvió a tomar asiento. Isabel ya sabía la verdad. Tenía que hacerla valer. La emperatriz mandó llamar al coronel Meinradt.

27

Mientras los lacayos le alumbraban el camino con velas, Isabel, vestida de blanco, bajó a las caballerizas. El conde Andrássy le presentó la yegua a la que había bautizado con el nombre de Sissi. Era un caballo esbelto, de mirada inteligente. Le palpó las articulaciones y el pecho, y dijo que tenía muchas ganas de montar al animal. Cuando regresó a sus aposentos, Francisco ya se había acostado. Isabel llamó a Elsie para que la ayudara a desvestirse. A la doncella le sorprendió que la emperatriz se quitara el vestido de baile y no hiciera lo mismo con el corsé. En vez de ponerse el camisón, se enfundó en un traje negro.

—Gracias. Eso es todo.

—¿Su majestad no desea ponerse más cómoda?

—Esta noche no.

Se acercó al tocador. Los diamantes falsos estaban alineados con esmero y refulgían como si fueran auténticos. Llamaron a la puerta. Se giró. El coronel Meinradt y tres oficiales entraron en el dormitorio.

—¿Todo dispuesto, coronel?

—Sí, majestad. Pero me gustaría volver a llamar su atención sobre…

—Respeto mucho sus consideraciones y se las agradezco. Pero ahora todos deben ocupar su lugar, coronel. —La emperatriz indicó a los oficiales, Meinradt incluido, dónde debían situarse. Acto seguido, Sissi volvió a quedarse sola y se tumbó en la cama.

La noche transcurría con una lentitud infinita. El amanecer estaba próximo y aún no había ocurrido lo esperado. De pronto, Sissi oyó un ruido en la ventana y esta se abrió sigilosamente. Alguien se deslizó entonces por el alféizar y se dejó caer dentro de la habitación. Isabel vio un destello bajo la tenue luz de la luna mientras el intruso se acercaba muy silencioso. Sissi, tumbada en el lado oscuro de la cama con dosel, dijo, desde la oscuridad:

—Hay un hombre con una barba postiza.

El intruso se quedó paralizado por un momento, y luego se abalanzó hacia la cama con el sable desenvainado.

—¡Ahora! —gritó Sissi.

Las cortinas se descorrieron y se abrió también una puerta disimulada en la pared. Unos hombres con luminarias irrumpieron en el dormitorio, agarraron al hombre y lo inmovilizaron. Se oyó un grito de desesperación. A Sissi le pareció que era como el aullido de un zorro tras caer en una trampa. Los hombres de Meinradt lo sujetaban mientras seguía gritando.

—Buenas noches, miss Horváth. —Sissi se inclinó, agarró el bigote y se lo arrancó del labio superior a la mujer.

Sophie Horváth se quedó petrificada.

—¿Lo sabía…?

Isabel contempló el mechón de pelo que tenía en la mano.

—Hasta esta noche, no. La barba fue un error, miss Horváth. Si se hubiera ocultado entre el personal como mujer, probablemente no la habría reconocido.

—Vamos a encarcelar a esta mujer, majestad —dijo Meinradt.

—Por supuesto que sí, coronel, pero permítame antes que miss Horváth me cuente unas cosas.

Isabel se sentó en una butaca y condujeron a Sophie Horváth ante ella.

—Hay una pregunta que no he podido responder aún, miss Horváth: si se iba a cometer un atentado contra mí en Windsor, ¿por qué el asesino se tomó la molestia de escribir algo en la pared? No ha sido hasta hoy que me he dado cuenta de que no fue usted quien escribió esos caracteres. —Isabel se inclinó hacia delante—. Fue su hermano, el profesor Horváth, ¿verdad?

Sophie Horváth guardó silencio.

—Entre los dos planearon mi muerte. ¿Por qué no la llevaron a cabo?

El coronel Meinradt intervino.

—Majestad, ese tipo de preguntas debería hacerlas la policía.

—En los últimos meses, coronel, he puesto mucho empeño en este asunto, así pues, permítame resolver ahora el misterio. Dígame,

miss Horváth, ¿por qué no ejecutaron el plan?

—Por su belleza —respondió Sophie con voz apagada—. Su maldita belleza hechizó a mi hermano.

—Prosiga.

—Mi hermano, como yo, odiaba a la hidra con todas sus fuerzas.

—¿Con la hidra se refiere usted a los Habsburgo?

—¡La hidra es la casa real que osa ostentar la corona de Hungría, que no le corresponde! ¡Mi hermano y yo amamos nuestra antigua patria! Él estaba decidido a decapitarla. Entró en el dormitorio de su majestad con la daga en la mano… —Sophie dejó escapar un grito lleno de odio—. Pero después de haber conversado con usted en la fiesta y de haber mirado a los ojos a su majestad, Denesch ya no era capaz de hacerlo. Le era imposible hacerle daño.

Sissi se estremeció al pensar que tan solo su belleza, su envoltura exterior, la había salvado de la muerte.

—Entonces, ¿a qué obedecían las palabras de la pared?

—Mi hermano sabía que yo nunca me rendiría. Por eso quiso advertir a su majestad.

Sissi se rio incrédula.

—¿Precisamente con caracteres griegos antiguos? ¡Qué complicado! Se podría haber limitado a despertarme y advertirme.

—Pero entonces lo habrían detenido.

—Vi a una mujer en el pasillo. ¿Era usted?

—Quise intervenir, pero llegué demasiado tarde. Denesch ya había abandonado su dormitorio. Como usted partió al día siguiente, aquel asunto parecía perdido. Pero, de repente, de la nada, llegó su invitación a Schönbrunn. ¡Volví a tener esperanzas!

—¿Acompañó a su hermano a Viena?

—No. Me lo prohibió.

—¿Pero usted lo siguió de todos modos?

En ese momento se abrió la puerta del dormitorio de Sissi. Un lacayo que sostenía una vela se apartó de un salto al ver entrar al emperador Francisco José, en camisa y tirantes, con la chaqueta del uniforme por encima de los hombros.

—Majestad —murmuraron todos y se inclinaron.

—¿Qué está pasando aquí? —Silencio incómodo—. Exijo una

explicación.

—Franz…

Sissi se levantó.

Antes de que ella pudiera seguir hablando, Sophie Horváth se levantó de un salto. En un santiamén alcanzó la ventana ante la cual estaba el emperador. Lo echó a un lado con un empujón y se encaramó al alféizar.

La habitación estaba en el segundo piso y, aunque era difícil imaginar un salto desde esa altura, Sophie lo logró. Isabel vio cómo caía en la grava. Se quedó tumbada y algo aturdida. Sin embargo, enseguida se puso en pie otra vez… y echó a correr.

Aquella noche nadie podía negarle nada a la emperatriz de Austria. La guardia de Meinradt y los jinetes de Andrássy emprendieron la persecución, y Sissi quiso acompañarlos. Ella contaba con que el emperador se opondría, pero nunca había visto a su Franz tan ardiente, tan entregado.

Él la asió por los hombros.

—No sabes lo orgulloso que estoy de ti.

—¿Orgulloso, Franz?

—¡Una emperatriz tiene que ser así! ¡Como tú! Intrépida, inteligente y decidida.

En ese momento, los nervios abandonaron a Sissi y las lágrimas le anegaron los ojos. Se echó a llorar de alegría, de felicidad, de agotamiento.

—¿No estás enfadado porque yo…?

—Al contrario. No fui capaz de ver que estabas en peligro. Tú misma has desenmascarado a la culpable.

Antes de que ella pudiera decir algo más, Franz hizo salir a Sissi del dormitorio.

—¿Adónde vamos?

—Eres la mejor amazona de Austria. ¿Adónde te parece?

—¡A las caballerizas! ¿Me das tu permiso? ¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?

Él le rodeó la cintura con el brazo.

—Yo te acompañaré.

—¿Tú quieres…? —Se detuvo—. Pero si eres el emperador.

—¿Acaso eso me impide montar contigo?

Llegaron a las caballerizas, donde el conde Andrássy los estaba esperando.

—Necesitamos dos caballos rápidos —dijo Franz.

Mientras el conde ordenaba ensillar las monturas, Sissi se secó las lágrimas del rostro. De una cosa estaba segura: nunca había amado a su Franz tanto como esa noche.

28

Isabel y el emperador estaban tumbados en la cama. En la de él: por nada del mundo ella habría podido dormir en la suya aquel día.

Había sido una noche digna de una pareja de recién casados. De arrebato, amor apasionado y tierna coquetería. De hecho, propiamente no se le podía llamar noche, pues, cuando despertaron, la campana de Gödöllö daba ya las doce del mediodía.

El emperador acercó la bandeja del desayuno, partió un cuernito de mantequilla y mojó un trozo en el café.

Cansada, Isabel apoyó la cabeza en su pecho.

—¿La atraparán?

—Pero si ya hemos atrapado a miss Horváth. La policía ya la ha detenido.

Dio un mordisco.

—Me refiero a la baronesa Von Petrova, la dama de compañía que me traicionó.

—Meinradt ha movilizado a toda la policía para buscarla.

—¡Si hubiera visto antes la relación! —Sissi se separó de él—. Miss Horváth solo pudo obtener la información necesaria a través de la baronesa.

El emperador tomó un sorbo de café.

—Pero cuando asesinaron al profesor, la baronesa Von Petrova aún no era tu dama de compañía.

—En Schönbrunn hay docenas. La baronesa estuvo todo el tiempo en palacio. Seguramente fue ella la que le abrió a miss Horváth el acceso a la escalera de debajo del tejado.

—Será mejor que esperemos a que el coronel Meinradt termine de interrogar a Horváth.

—¿Y después?

—La juzgarán.

—¿Y después?

—Es una asesina y una traidora. Ya sabes cuál es el castigo.

—No hace falta que esperemos a que termine el interrogatorio, Franz. Es evidente. ¿Quieres oírlo?

—Como hoy he cancelado todas las citas, me gustará oírlo con todo lujo de detalles.

Metió el dedo en la mermelada de albaricoque para tomar un poco.

Sissi se colocó una almohada en la espalda.

—El plan de los hermanos Horváth en Windsor fracasó.

—Según se dice, porque tú hechizaste al profesor.

—Vamos, déjalo. —Ella le dio un codazo en el costado—. Luego, yo, ajena a todo eso, invité al profesor a Viena. En Schönbrunn él habría podido llevar a cabo el atentado. En vez de eso, él… —Ella negó con la cabeza—. ¡La persona que quería atentar contra mí me acompañó a una taberna! Se veía a la legua que no sabía nada del robo de los diamantes. Sophie lo había seguido hasta Viena y la baronesa Von Petrova la dejó acceder al palacio. Pero seguramente el profesor sospechó algo. Esa noche intentó impedir que su hermana llegara hasta mí, y eso le costó la vida.

—¿Mató a su propio hermano?

—De lo contrario, él la habría desenmascarado.

El emperador frunció el ceño.

—Pero después de haberlo asesinado, ¿cómo logró robar los diamantes? O matas a la emperatriz o robas sus joyas. De algún modo, ambas cosas no encajan.

—Si me dejas terminar, lo sabrás, Franz. —Sissi cogió una servilleta y le limpió la mancha de mermelada de la comisura de los labios—. Aquí, como dices, me equivoqué: para mí estaba claro que el asesino también tenía que ser el ladrón de joyas. No se me ocurrió pensar en la baronesa Von Petrova.

—¿Ella es la ladrona?

—Y nadie más. Y cuando condenaste al exilio a la condesa Pallavicini, la baronesa ocupó su lugar.

—¿Acaso ahora se supone que yo soy el culpable de que tú…?

Sissi le puso un dedo sobre los labios.

—Yo creía que Von Petrova era una espía de Meinradt, pero sus

verdaderos planes eran cien veces más peligrosos.

—Así pues, la baronesa tenía los diamantes. ¿Y bien? ¿Por qué entonces los joyeros tuvieron que morir?

—Porque tiempo atrás ella había visitado a los señores Rozet y Fischmeister interesándose por las estrellas de diamantes. Lo irónico de este asunto es que, como el robo de las joyas nunca se supo, los joyeros tampoco se habrían enterado nunca.

—Pero entonces tú fuiste a verlos.

—Sí. Tras mi visita, Rozet y Fischmeister ataron cabos y sospecharon de la baronesa. Eso fue su sentencia de muerte. —Sissi se apartó el pelo de la frente—. Es asombroso.

—¿Qué es asombroso?

—¿Quién le enseñó a miss Horváth a trepar de ese modo? Primero en Viena y la noche anterior en Gödöllö… Saltar sin más por la ventana…

De pronto el emperador miró preocupado a Sissi.

—Estamos tomando café, y mermelada de albaricoque como si nada, pero lo que ha pasado esta noche, lo que has hecho, ha sido absolutamente irresponsable.

—Lo sé. Nunca me lo habrías permitido, por eso ni siquiera te lo conté. ¿Te vas a enfadar conmigo?

—No me enfadaré contigo, pero solo con una condición… —Señaló la cesta de la bollería—. Que me des el otro cuernito de mantequilla.

—Pero si es el mío.

—Esta noche me ha abierto el hambre —dijo con una mirada elocuente.

—A mí también.

Ella lo besó.

—¿Y tú no deberías cuidar tu figura?

—Eres un sinvergüenza.

Isabel le entregó el cuernito de mantequilla.

—Faltan tres piezas —informó el coronel Meinradt.

El emperador iba de un lado a otro detrás del alto escritorio en el

que solía trabajar de pie. Isabel estaba junto a la ventana. En el exterior, la niebla de noviembre cubría Schönbrunn.

—¿Solo tres? —preguntó ella.

—Al parecer, no era fácil vender unas joyas tan conocidas. La baronesa Von Petrova afirma que ya se ha gastado el dinero que obtuvo. Hemos recuperado el resto de los diamantes.

—Que Köchert haga copias de esas tres piezas —sugirió el emperador—. ¿Qué te parece, Isabel?

—Cuatro.

—¿Cómo dices?

—Faltan cuatro estrellas. Alfi se quedó con una en Windsor.

—Es verdad. El hijo de la reina, ¿quién lo hubiera imaginado?

—Me pregunto…

—¿Sí?

Sissi recordó la velada en que había lucido las joyas falsas en el pelo. Pesaban mucho menos que las auténticas. ¿Por qué no seguir así? ¿Quién iba a saber si las joyas eran falsas o no mientras la emperatriz las llevara puestas?

—Me pregunto cómo puedes aguantar un día tras otro en una estancia tan lúgubre.

Abrió las contraventanas.

—El emperador de Austria es una planta de la familia de las solanáceas.

Franz se colocó detrás de ella.

Ella se volvió y le dio un beso.

—No lo eres.

A sus espaldas, se oyó un carraspeo.

—Si sus majestades no tienen nada más que…

El emperador, asiendo de la mano a Sissi, se dirigió hacia Meinradt.

—¿Cuándo tendrá lugar la ejecución?

El coronel señaló el escritorio del emperador.

—Le he dejado ahí la orden, majestad. Solo tiene que firmarla.

Franz miró a Sissi.

—¿Debo ser clemente?

Isabel se acercó al escritorio y leyó la orden de ejecución de

Sophie Horváth.

—Miss Horváth no tuvo piedad ni de su propio hermano. No se merece tu clemencia, Franz.

El emperador asió la pluma y firmó. El coronel Meinradt recogió la orden y se retiró.

Permanecieron un rato junto a la ventana abierta.

—Me gusta la niebla —dijo Franz.

—Lo sé.

—Tú, en cambio, eres hija del sol.

—Sí, necesito calor, luz y sol.

Se apoyó en él.

—Me parece que vuelves a tener ganas de viajar —dijo él, rodeándole los hombros con el brazo.

—¡Qué bien me conoces!

—¿Adónde vas a ir esta vez? ¿Madeira, Corfú, Egipto?

—¿Por qué no me acompañas?

—¡Qué detalle que digas esto!

—En serio: ¿por qué no me acompañas?

Señaló su escritorio.

—Por eso.

—¡Montecarlo! —exclamó Sissi—. ¡Unos días en Mónaco! Subiremos a bordo del yate y…

—Me mareo con facilidad. De hecho, el mar es más bien tu elemento.

—Pues coge el tren, Franz. Ven a Mónaco en tren.

Él echó un vistazo al reloj de pared.

—Ya son más de las tres. El embajador de Serbia está esperando. Tengo que…

Ella lo abrazó con ternura, tristeza y alegría a la vez.

—Ay, Franz, eres realmente el más alto funcionario de tu imperio.

Él volvió junto a su escritorio y tocó la campanilla. Al otro lado de la puerta, Ketterl, su ayuda de cámara, sabía que su majestad se disponía a recibir al siguiente visitante.

Sissi salió de la oficina por la puerta disimulada, cogió su capa y mandó decir a la condesa Pallavicini que quería ir a las caballerizas a ver cómo estaban los caballos. Si Ildikó tenía ganas, luego podría

montar con la emperatriz en la niebla de noviembre.

A su majestad Sissi, brillante, audaz y rebelde, ningún misterio se le resiste.



Aburrida de la rigidez y el encorsetamiento de la corte vienesa, donde sufre una vigilancia asfixiante, la emperatriz Sissi viaja a Inglaterra. Oficialmente se trata de una visita de carácter diplomático, pero para ella es, sobre todo, una escapatoria. En Windsor se siente libre, puede cabalgar a sus anchas y disfruta de la compañía de su querido amigo Alfred.

Sin embargo, la mañana siguiente al baile organizado en su honor, encuentra un mensaje críptico compuesto por letras del alfabeto griego, y uno de los diamantes de su diadema ha desaparecido.

Entre intrigas políticas, humor y chispazos de pasión, Sissi, llena de energía, se lanza a investigar. Se juega mucho más que una joya: su propia vida… y el futuro del imperio.

Fritzi Von Wahl nació en Viena en 1982 pero en la actualidad reside en Berlín con su familia y su gato. Desde su infancia, las películas de Sissi forman parte de sus rituales navideños. Cuando no envía a la emperatriz a la caza de delincuentes o sale a montar a caballo por Brandeburgo, trabaja como periodista independiente.



Título original: *Sisi Ermittelt. Die diamanten der kaiserin*

Primera edición: noviembre de 2026

© 2025, Aufbau Verlage GmbH & Co. KG, Berlin
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Marta Mabres Vicens, por la traducción

Diseño de portada: adaptación del diseño original de www.buerosued.de
para Aufbau Verlage GmbH & Co. KG.
Algunos elementos de esta cubierta han sido creados utilizando tecnología de IA generativa

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

En caso de necesidad, contacte con:
seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-253-7621-4

Compuesto en leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @grijalbo_es

Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Sissi investiga. Los diamantes de la emperatriz
Índice de personajes
Lugares de la acción
Palacio de Windsor
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Schönbrunn
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Solo ante el mundo
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
La logia Zur Wohltätigkeit
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
La dama de compañía

Capítulo 18
Capítulo 19
Edimburgo
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
La conspiración
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Sobre este libro
Sobre Fritzi Von Wahl
Créditos